



AL PAPA

1596

IN VIRTUTE

IN VIRTUTE

IN VIRTUTE

IN VIRTUTE

IN VIRTUTE

IN VIRTUTE

AÑO I.

NÚM. IX.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

SEPTIEMBRE—1889

MADRID

IMPRESA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, 22

—
1889

*Para la reproducción de los artículos
comprendidos en el presente tomo, es in-
dispensable el permiso del Director pro-
pietario de LA ESPAÑA MODERNA.*

UN WATERLÓO

I.

TAN abstraído iba el Vizconde en su lectura, que no echó de ver que el tren amenguaba poco á poco en velocidad. La voz chillona de un mozo de estación, que gritaba :—¡Aljuzef, un minuto!,—como si pidiera socorro, le sacó de su ensimismamiento. Arrojó el libro sobre el asiento de enfrente, y se asomó á la ventanilla. Que la estación era pobre, bien claro lo decía el escaso tiempo que el tren permanecía en ella ; pero para el Vizconde, Aljuzef, con su insignificancia, era más digna de mirarse que Ilice, la célebre estación de aquella línea que venían expresamente á admirar los extranjeros y á copiar lor pintores, edificada en medio de espeso bosque de palmeras, y por la cual había pasado una hora antes el viajero sin dedicarle la más indiferente mirada, enfrascado en la lectura de *Le Rêve*. Aljuzef era otra cosa : su única vegetación eran unos miserables eucaliptus con todo el raquitismo y la palidez de una infancia anémica, rodeados de apretado círculo de cañas sucias, encarga-

das de inspirarles rectas intenciones: á la puerta del edificio no había más que dos mujeres mirando el tren con expresión entre asombrada y temerosa; el conductor del correo al pueblo vecino, llenando, á la portezuela del coche-correo, de buenas y malas noticias, un asqueroso saco, representante allí de la estafeta patria, con algunos agujeros para que las cartas cumplieran su primero y más estrecho deber, el de extraviarse; una pareja de guardias civiles, limpios y relucientes como si acabaran de estrenar el uniforme, y dos ó tres chiquillos zarrapastrosos asomados á lo alto de la verja que impedía el paso al andén y gritando con toda la fuerza de sus pulmones:— ¡Adiós, adiós!, — como si despidiesen á algún sordo muy estimado. Nada de esto tenía mucho que ver. Sin embargo, el Vizconde contemplaba á los chicos, á los guardias y al conductor con cara que revelaba tan íntima complacencia, que no era posible dudar que para él era uno de los más bellos espectáculos. Por fin, el mozo de estación volvió á dar sus acongojados chillidos, diciendo:— ¡Viajeros al tren!;—sonaron una porción de campanas y pitos, y la máquina volvió á emprender su interrumpida marcha.

Tornó el Vizconde á sentarse, y volvió á coger el libro. Mas no lo abrió. Aquellas seis letras negras del título, que se destacaban en el fondo amarillo de la cubierta, despertaron en él hondas y graves meditaciones. *Le Rêve*, el ensueño. ¿Quién no ha abrigado uno al menos en su vida? Ensueños de amor, de gloria, de opulencia, menos bellos quizá que el de la pobre Angélica, pero no menos acariciados ni menos dueños del alma en que hacen su morada. Espíritus hay tímidos y apocados que se contentan con gozar de esa vida interior é ideal en que la mente se finge el ensueño realizado y la eterna Galatea animada y viviente al lado de Pigmalión. Otros,

de voluntad arrojada y firme, no se paran á medir lo titánico de la empresa, y se lanzan á la persecución de la dicha soñada, entablado perenne lucha, que acaba con la victoria ó con la vida del combatiente. El Vizconde era de estos últimos. También él, como la pálida bordadorcilla del libro de Zola, tenía su ensueño; pero, en lugar de aguardar, como ella, que una milagrosa intervención de lo sobrenatural realizase sus deseos, iba, animoso y resuelto, en busca de ellos, convencido íntimamente; como Mahoma, de que la montaña no vendría jamás hacia él.

El ensueño del Vizconde era, ¿cómo había de ser á los treinta años?, de amor. Un amor que se había entrado en su alma calladito y humilde, como pordiosero temeroso de que notaran su presencia, y que hoy hablaba con voz de tirano y subordinaba todas las acciones del Vizconde á su despótico imperio. Cuando el Vizconde se dió cuenta de que la pasión que hoy era su vida comenzaba á echar raíces en su alma, luchó con todas sus fuerzas para ahogar en la cuna al naciente ensueño. Su voluntad, excitada por la razón, pintó una y mil veces ante su enamorada fantasía el cuadro de la rusticidad de Antonia, de su carácter áspero y zahareño, de la imposibilidad social de hacer de ella la mujer propia, y de la infamia de deshonar á aquella familia de leales servidores suyos, haciéndola su manceba. La conciencia del Vizconde, atargada por el placer, como la de todo buen Tenorio, despertó para oponerse con todas sus fuerzas al crecimiento de aquella pasión. Todo fué en vano. ¡Pobrecita conciencia! La larga inacción debía de haber debilitado sus fuerzas, porque lo único que pudo conseguir del Vizconde, fué que recurriera al más cobarde y contraproducente de los medios, á la fuga, á la ausencia pertinaz y

sistemática de la mujer amada, al olvido deseado y buscado, evitando las personas y las cartas que pudieran hablar de ella y mantener vivo aquel fuego sagrado, encendido en lo más íntimo de su ser por los ojos de Antonia. Interrumpiéronse las expediciones y cacerías á Casa-Leal; suspendió el Vizconde sus habituales temporadas de descanso en el histórico castillejo; cortó la correspondencia personal con el honrado tío Alfonso, el padre de Antonia, el que, á pesar del respeto y la jerarquía, recibía siempre al señorito con un abrazo.... Y todo esto durante un año. Pero también durante aquel año, la imagen enloquecedora de la hermosa Antonia flotaba ante sus ojos al abrirlos á la luz de cada nuevo día, y le acompañaba de continuo en la vigilia en forma de pensamiento constante y en el sueño bajo la de la más hechicera visión.

El Vizconde, que por carácter era lo que podríamos llamar un gran psicólogo inconsciente, cuando se trataba de escudriñar y analizar los más recónditos sentimientos y raciocinios de los demás, era torpe como un cerrojo cuando el problema que había que resolver se planteaba en el fondo de su espíritu. Él, sin darse cuenta de que sus observaciones é investigaciones, sus síntesis y sus análisis obedecían á los cánones de la más severa filosofía, planteaba y resolvía en lucianescos diálogos las cuestiones que atormentaban á un amigo estimado ó á un desdenado enemigo, induciendo á veces de insignificantes acciones la causa eficiente que las producía, y deduciendo otras los efectos probables ó consecuencias ciertas de algún hecho culminante y decisivo. Mas cuando se trataba de sí mismo, el Vizconde perdía la brújula. Tenía en él tan poderoso imperio la pasión, que oscurecía su exquisita perspicacia y le arrastraba á su capricho por el mar de las más audaces aventuras. La única vez que el

Vizconde había tratado de resistir aquel empuje ciego, al que obedecía siempre sin protesta, había sido cuando despertó su amor hacia Antonia: tras un año de lucha, volvía á Casa-Leal en busca de ella, vencido y engañado. Vencido, porque al fin doblaba sumiso la cabeza ante el grito de mando de su avasalladora pasión; engañado, porque creía de buena fe que amaba á Antonia con toda su alma y como no había amado nunca. Y no era así.

Lo que había en el espíritu del Vizconde era el primer deseo no satisfecho, era el soberbio arranque de orgullo herido que se disfrazaba de pasión, y exigía, sin tregua y sin reposo, combate y victoria. Era que Luis Osorio, vizconde de Casa-Leal, tenía dentro de sí un *Leporello* más sarcástico y zumbón que el de D. Juan, y que llevaba, como aquél, cuenta exacta de las víctimas sacrificadas en los brazos de su amo; y, pluma en ristre, el invisible lacayuelo esperaba impacientándose hacía un año el momento de inscribir en la lista el nombre de Antonia, como el de la más hermosa y apetecible de las *Zerlinas*. No razonaba así el Vizconde; no veía claro que, satisfecho su deseo, aquel amor pasaría, como tantos otros, á las páginas sabrosas de la crónica escandalosa de la corte, en la que figuraba casi casi como protagonista: creía en su amor, creía en la fuerza y poder del fuego que le consumía, le diputaba eterno, y sobre tan absurda base levantaba uno tras otro mil aéreos castillos.

Y preciso era que tal pensamiento revistiera para él caracteres de evidencia, cuando á los comienzos del verano, en los días en que su círculo de amigos calaveras y conquistas jubiladas emprendían la habitual expedición á las playas del Norte de España, más por seguir la moda que por curarse de la higiene, en los momentos en que recibía mil apretones de manos y mil tarjetas y esquelas

de despedida, citándole en cariñosos y breves renglones para San Sebastián, para Biarritz, para San Juan de Luz; el Vizconde, sólo y sin dar cuenta á nadie de su rápida é inesperada decisión, emprendía el camino hacia su castillejo de Casa-Leal, situado al Mediodía de la Península, sin temor á los ardores de Febo ni á la cursilería de visitar en época tan poco adecuada sus posesiones.

Luis Osorio era, por entonces, el hombre más envidiado de Madrid. ¿Limpieza de sangre? Podía echar á reunir sus pergaminos y ejecutorias con los de la casa más rancia y empingorotada de la nobleza española, seguro de que el juego quedaría, todo lo más, en tablas. ¿Riqueza? El Vizconde tiraba el dinero con prodigalidad no superada, y la caja de su administrador parecía acuñarlo complaciente para satisfacer los costosos caprichos de su señor y dueño. ¿Estimación pública? La disfrutaba grande: entre las mujeres, por su esbelta figura, su elegancia irreprochable, su fisonomía varonil y su trato, en que parecían revivir las olvidadas finezas de los antiguos galanes; entre los hombres, por su carácter osado é impetuoso, su especial manera de cultivar tanto aristocrático vicio como está de moda, su fama de duelista y su reputación de Tenorio. Una momentánea que hubiera vivido algunos meses á costa de Luis; un caballo que hubiera arrastrado sus charolados coches, prendas eran que se disputaban como un trofeo los más elegantes de la villa y corte. El Vizconde había caminado hasta entonces de triunfo en triunfo. Joven, inteligente, rico y huérfano, no hubo mujer que resistiera á sus melosas palabras ó á sus fabulosas dádivas, ni hombre á quien no ganara con su carácter franco y generoso, ó á quien no redujera al silencio y la rabia de enemigo impotente con la convincente razón de un tiro certero ó una estocada artística. ¡Ah! Las listas del Le-

porello invisible no hubieran podido cantarse con música de Mozart: hubiera sobrado letra. Pepe Alzola, uno de los inútiles más de moda en la corte, decía de Luis, que era un gran hipnotizador de mujeres; y Pepa Urrutia, una de las damas más hermosas de Madrid, célebre por su grajejo para apodar á todo el mundo, le llamaba Napoleón. En efecto: como la del audaz corso, la vida del Vizconde era una serie de victorias sin solución de continuidad.

Por esta razón, las causas que habían determinado su repentino viaje eran, por más que el Vizconde no lo creyese así, su propio carácter y su propia historia. Luis había contraído el hábito de vencer siempre y de no doblegarse nunca ante las circunstancias ó los fingidos imposibles. Aquel deseo que intentaba contrariar, habíase convertido en el más avasallador y despótico; como las fieras de buena raza, se había crecido al castigo. Y guiado por él atravesaba el Vizconde la pintoresca huerta de Orcelis, con la firme decisión de triunfar de Antonia, y tejiendo en los fantásticos rincones de su imaginación las telas de araña de mil y mil ensueños, que si por la parte que á él tocaba directamente eran confusos, vacilantes, erróneos, por la que se rozaba con la mujer deseada, llevado, sin saberlo, por su instinto de observador y de psicólogo práctico, eran ordenados, metódicos, fundados en más sólidas bases.

De dos maneras podía hacer suya á Antonia: ilegítima ó legítimamente. Ante todo, se decía el Vizconde, era preciso intentar el primer medio. Él estaba en lo más alto de la escala social; ella, en el último peldaño. ¿Cuáles no serían el asombro y la crítica de la corte si él olvidara tan seria consideración? Por otra parte, ¿no había dicho él mil veces que era una necedad eso de encadenar

la existencia á la de otra persona? Era preciso mantener incólumes dos cosas muy respetables : el ilustre apellido legado por sus abuelos, y las teorías sustentadas por él con tanta brillantez en muchas ocasiones. La mano de Luis, fina y sedosa como garra de tigre, no podía unirse con vínculos de parentesco con la callosa y dura del padre de Antonia. Los Osorios se hubieran levantado de sus tumbas en terrible falange, cubiertos de sus recias armaduras, en son de protesta. Ciertamente que los nobles caballeros también mostraban encallecidas las vencedoras diestras ; pero aquella piel no se había endurecido en el vil y miserable trabajo, sino ayudando como cómplices á algún bandido de coronas, á usurpar territorios, imponer leyes y escribir sus gloriosas depredaciones en la historia. Lo primero que había que hacer era, por tanto, seducir á Antonia. El Vizconde, no por fatuidad necia, sino porque sus repetidos triunfos le habían hecho concebir justa idea de sí mismo, no creía difícil este arriesgado paso. Sí : seducirla, envolverla en las redes de su ardentísima pasión, y volver á cruzar en sentido contrario aquel camino con la codiciada presa entre los amantes brazos, compensando con frenéticas caricias aquel año larguísimo de calenturiento deseo. Amarla siempre y hacer de ella una especie de sultana favorita, distinción suma á que podía llegar Luis con sus disolventes teorías. La desesperación de la madre, la deshonra del tío Alfonso.... Aún, aún se atrevía la conciencia del Vizconde á iniciar tímidamente estos temas; pero la pasión levantaba su orgullosa voz, y la conciencia volvía á su habitual mutismo.

Alguna vez, en medio de tan risueños y victoriosos planes, se atravesaba una pícara idea que los desbarataba. ¿Y si Antonia no caía enamorada en sus brazos, ni se de-

jaba seducir por sus embusteras palabras? ¿Qué hacer entonces? Entonces.... ¡Ah! ¡Adiós preocupaciones sociales, orgullos de raza, diferencias jerárquicas, teorías de Lovelace! Si Antonia no se prestaba á ser su querida, sería su mujer. ¿Y qué? ¿Á quién tenía él que dar cuenta de sus decisiones y voluntades? ¿Quién podía alegar derecho alguno para reconvenirle? Además, ni sería el primero ni el último que se casara por amor con una mujer inferior á su clase. Todos los días traían los periódicos noticias de un Lord que se había enlazado con una cómica, de un noble que se había unido á una bailarina. Inscribiríase también él en aquella lista de matrimonios por amor. Y luego, ¿qué duda había?, cuando vieran en la corte á Antonia, tan hermosa, con aquel aire regio y altivo que la caracterizaba, comprenderían que el nacimiento era quien había sacado á aquella mujer de su centro, y que él no había hecho otra cosa que volverla á su natural esfera. Antonia era discreta, y su educación era tarea sumamente fácil. Luis recordaba haberlo oído mil veces. La mujer tiene una facultad de asimilación tan grande, que con facilidad se armoniza con el medio ambiente en que la casualidad ó la fortuna la colocan. ¿De dónde salían tantas y tantas hetairas célebres, cuyo trato era ameno y hasta distinguido? De la última capa social. Y, sin embargo, ellas mismas se educaban, se afinaban, se hacían maestras en elegancia y en el difícil arte de conversar. ¡Cuán legítimo sería su orgullo al contemplar á su lado á aquella mujer, elevada por él desde la más ínfima clase al centro de la más aristocrática vida, viéndola brillar y despertar admiración por doquiera, y pudiéndose decir á sí mismo, como Dios: ¡Estoy satisfecho de mi obra! Preciso era, para llegar á tal fin, renegar de todas sus celibatarias doctrinas y pasar aquel espan-

table Rubicón del matrimonio con Antonia. ¿Lo haría?

Una de las infinitas veces que en la mente del Vizconde se formuló esta pregunta, el tren, sin vacilar, y siguiendo fatalmente el camino que le había trazado la ciencia, pasó el férreo puente tendido sobre las cenagosas aguas del Segura. Como el buho á César, el tren decidió al Vizconde. La pregunta tuvo contestación afirmativa y enérgica. Después de todo, ¿no se había él burlado cien veces de las conveniencias sociales, y las había atropellado mil por hacer su gusto? Pues á seguir el sistema, si fuese preciso, antes que renunciar á la posesión de Antonia.

Pero—y esta era la última hipótesis, y la que más atormentaba la imaginación de Luis,—¿y si, ya casados, Antonia resultaba trozo de tan dura piedra, que no fuera posible tallarlo con el cincel de la educación? ¿Y si era una hermosa estatua, muda como las que viven en los museos, ó estúpida como la amada de Becquer? Teníala él por discreta, pero posible sería que su discreción se desvaneciese como el humo apenas saliese del rústico círculo en que lucía. Entre tanto zafio labriego y tanta sencillota aldeana, no tenía nada de extraño que Antonia pareciese mujer de claro juicio. ¿Qué hacer si la triste realidad ponía de manifiesto la lamentable equivocación sufrida por el Vizconde? También la respuesta fué inmediata y resuelta. Vivir con ella en Casa-Leal; huir de los aristocráticos centros en que hasta entonces el vizconde Luis había sido astro con luz propia; renunciar al mundo y entregarse por completo al amor de su mujer. Este era el más romántico de los ensueños que el Vizconde forjaba. Recluirse en el vetusto castillejo; hacerse una vida de Nemrod; ser casi el guarda de su propia finca; todos los días, escopeta al hombro, salir á perseguir

las azoradas liebres, ó á esperar á las enamoradas perdices; olvidar sus hábitos de gran señor y sus exquisiteces de refinado caballero, y, ya que no había sido posible hacer de ella una dama, transformarse él, por obra y gracia del amor, en rústico patán. ¿Que en Madrid se comentaba su desaparición? Bien: que se comentase. ¿Que algún indiscreto amigo intentaba inquirir con empalagosa misiva la causa de su eclipse? El silencio por respuesta. ¿Que otro más osado se atrevía á venir en persona á Casa-Leal á hacer hablar al cartujo? Semblante hosco, en que se pintara claro el disgusto que le causaba la visita. Nada, nada: corte de cuentas. De un lado estaba el mundo, la sociedad, sus amigotes, sus queridas, sus trenes, su fausto, su nombre.... De otro, su pasión por Antonia. El platillo se inclinaba de este último lado. Todo, todo antes que renunciar á ella.

—¡La quiero tanto! (se decía el Vizconde mentalmente.)—¡La deseo tanto!—debió decir, y hubiera hallado la expresión exacta de la fiebre que le consumía.

Unos ú otros ensueños, como fantástica serie de cuadros disolventes, se sucedían en la imaginación de Luis, persistiendo sólo como fondo insustituible de todos ellos la imagen de Antonia, embellecida por el deseo. Cada kilómetro que el tren devoraba con su desatentado andar de gigante, parecía encender más y más la sangre en las venas del Vizconde. Maquinalmente volvió á coger el libro, y tornó á abrirlo para continuar la interrumpida lectura. Las letras bailaron ante sus ojos desenfrenada contradanza, obedientes á la voz de una idea que las formó en irreprochables filas, en las que se leía: «La verás pronto, la verás pronto». Tiró el volumen, y se asomó á la ventanilla: allá, en la cumbre de microscópico montecillo cubierto de pinos, se destacaba una torre, invis-

ble para otras miradas que no fueran las del Vizconde. Aquel era el término de su viaje. ¡Quizá en aquella torre estuviera ella espiando la llegada del señorito! La impaciencia de Luis ya no tenía límites. Paseó breves momentos en el coche como león con calentura; se asomó á la ventanilla del otro lado, y por fin el tren, describiendo graciosa curva, detuvo su carrera vertiginosa ante otra humilde estación.

Un mocetón alto, de rostro curtido por el sol y mirada dura, con el pecho cruzado por la banda y la placa de guarda jurado, adelantóse hacia el coche del Vizconde y abrió la portezuela, á tiempo que el mozo de estación gritaba:

—¡Benimeli, dos minutos!

II.

—¿Eres el nuevo guarda?— preguntó el Vizconde.

—Sí, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Tomás.

—¿Has traído al *Noble*?

—Á la espalda del tren está esperando á Vuecencia.

—Pues vamos.

Y entregando al fornido mozo el elegante saquillo de limpieza que tomó de la red del coche, el Vizconde dió la vuelta al tren por el furgón de cola, seguido de su respetuoso servidor. Allí aguardaba, en efecto, un hermoso caballo tordo rodado, que, al sentirse acariciado por la enguantada mano de Luis y oír su voz, lanzó prolongado y alegre relincho. Cabalgó en él el Vizconde, y emprendió

el estrecho camino que conducía á su castillejo de Casa-Leal.

Caía la tarde. El azul del cielo por la parte de Oriente, es decir, á espaldas del jinete, comenzaba á vestirse de esa niebla incolora que precede á la noche. En lo más alto, la luna semejaba una vaporosa bomba de jabón, lanzada á los aires por el tosco canuto de caña de algún travieso rapazuelo. La pinada en cuya cúspide se alzaba Casa-Leal, se ofrecía á los ojos de su dueño, cubriendo de espesa y oscura tinta verde la colina, ensombrecida más y más por la luz ya fugitiva, y arrullada por el rumor suave y triste de los pinos, mecidos por el vientececillo nocturno que comenzaba á imperar. Allá, en lo más elevado de aquel montículo, brillaba, herido de abajo arriba por el último rayo solar, el castillejo con sus dos torrecillas gemelas flanqueando la puerta, muy huecas, con sus caperucitas pizarrosas y su torre almenada á un costado, en cuyos muros, y en grosera é informe orla, estaban esculpidos los blasones del Vizconde.

Como el camino trazaba inesperadas curvas y rápidos zigs-zags, quedaba á veces oculto el castillo á las miradas de los que subían, y entonces acudía á los labios de Luis una pregunta, que moría en ellos sin llegar nunca á formularse. Por fin, asediado por su deseo, buscó el Vizconde el medio indirecto de obtener la contestación apetecida.

—¿Hace mucho tiempo que estás aquí?

—Diez meses hará pronto que sirvo á V. E.

—¿Y estás á gusto?

—Sí, señor.

—¿El tío Alfonso te trata bien?

—Muy bien, señor.

—¿Y con su familia, cómo te va?

—Ya, como si fuera la mía.

Tomás, intimidado quizá por ser aquella su primera entrevista con el señorito, hablaba en voz tan baja y respetuosa, que sus palabras resultaban sin valor ni intención alguna. El diálogo parecía una serie de preguntas y respuestas aprendidas con antelación. Debió pensar así el Vizconde, porque viendo el laconismo de su acompañante, cesó de preguntar, y fijó sus miradas en el castillo, que de nuevo se ofrecía á sus ojos, aunque ya sólo como negra silueta recortada sobre el fondo claro del horizonte. Caminaron así en silencio largo rato, hasta que, ya muy cercanos al castillo, al volver un recodo, el corazón del Vizconde dió un salto de alegría. Á dos pasos de él, sonriente y más hermosa que su imaginación la pintaba, adelantaba Antonia á recibirle, como si adivinase que era por ella por quien venía.

Paró el Vizconde su montura, y con tono en que se transparentaba su inmensa alegría, exclamó:

—¡Hola, Antoñeja! ¿Vienes á recibirme? ¿Cómo estás?

—Bien; ¿y V., señorito?

—Deseando verte.

Antonia contestó con franca carcajada á lo que juzgaba broma del señorito.

—¿Y tu padre?

—No está bueno. Tiene su dolor de las piernas, y allí en la puerta está sentao, deseando que llegue V. Por eso no ha bajao á esperarle á la estación.

—Pues aguarda.

Y el Vizconde, echando pie á tierra, entregó las riendas del *Noble* á Tomás, y, emparejando con la que miraba como su presa, siguió la ascensión y el diálogo, pareciéndole aquel momento uno de los más hermosos de su vida. Ya la sombra de la noche envolvía en tupidas

gasas los objetos, borraba las líneas y confundía los límites. Luis pensaba en que, si la presencia de Tomás no se lo impidiera, allí mismo hubiera comenzado su plan de ataque, estrechándola entre sus brazos y llenándola las frescas mejillas de silenciosos besos. Á veces estas brusquedades y atrevimientos le habían dado resultados magníficos. Pero exigían, como requisito indispensable, la soledad y el secreto. Vencedor ó vencido en aquella osada escaramuza, era preciso ocultar en el misterio la victoria ó el desastre. Imponíase la calma y la necesidad de espiar y aprovechar desde aquel momento la ocasión propicia para librar la batalla. Distráido con tales imaginaciones y el animado diálogo que con Antonia sostenía, lo que restaba de camino fué para el Vizconde un soplo, un instante. Aquella subida á Casa-Leal era como la de la vida : sonriente, halagadora, llena de promesas de dicha y de ensueños de ventura; la pasión precipitaba el curso de su sangre juvenil en las venas ; la noche comenzaba tibia y discreta, como precursora de otras cien de amor y de delicias ; los pinos se besaban entrelazando cariñosamente sus ramas ; la mujer amada venía á recibirle como ansiosa de inmolarse en el ara de sus brazos.... Esperanzas, ensueños, realidades, todo cantaba en el alma del Vizconde un *¡Excelsior!* triunfante y armonioso.

Llegaron, dió el Vizconde un apretado abrazo al viejo tío Alfonso, que se había levantado vacilante á recibirle, y subió alegre la ancha escalera, ordenando antes que le dispusieran la cena en el comedor del piso bajo. Breve rato después se sentaba ante una bien surtida mesa y alimentaba su desfallecido estómago con los manjares, y sus ávidos ojos con la contemplación de la que los servía. El comedor, amplio y fresquísimo, con oscuro y artístico artesonado de roble, tenía la entrada por el patio central del

:

castillo y grandes ventanas que daban á la parte exterior del mismo, en las que hacían el papel de persianas y transparentes, espesas cortinas de enredaderas, ora de jazmines, ora de flores de la cera, ora de inmortales. En el patio estaban sentados en torno del tío Alfonso los criados del castillo y algunos labradores de las haciendas cercanas, descollando sólo en el grupo la figura de Tomás, que permanecía en pie, atento, al parecer, á la conversación, pero sin pronunciar una palabra. De vez en cuando, sin embargo, lanzaba profunda é intensa mirada al comedor, como queriendo escuchar lo que en él hablaban en voz baja, durante la cena, el Vizconde y Antonia. El Vizconde, en cambio, no tenía ojos ni oídos más que para su hermosa sirvienta, y ni se había dado cuenta de la tertulia doméstica que se formara en el patio. Bien hubiera querido el impaciente enamorado empezar con algo más que miradas su asedio; pero las entradas y salidas constantes de la madre de Antonia lo impedían. La menor imprudencia podía echar á pique para siempre todos sus proyectos. Parecióle, por tanto, conveniente enterarse de la vida que se hacía en el castillo.

—¿Madrugas mucho, Antoñeja?

—¡Uy, señorito! Antes de que se haga de día, ya estoy yo de pie. Muchas mañanas veo salir el sol desde lo alto de la torre.

—¿Y no vas, como antes, á Benimeli algunos días á bailar y divertirte?

—Ya hace muchos meses que no he salío de aquí, señorito. Como el padre está malo....

—Pues antes no te hacía falta para acompañarte, porque ibas sola casi siempre.

—No; si no es que me haga falta compañía para ir, sino que no tengo gusto de dejarlo así como está.

—De modo que tú, que eres tan alegre y bailadora, pasarás ahora una vida muy triste.

—¡Cá! No, señorito. Si tenemos canto y baile casi toas las noches.

—¿Todas? ¿Y quién canta?

—Tomás. Si oyera V., señorito, qué malagueñas sabe.... ¿Le digo que las cante?

Molestó al experto Vizconde, tan ducho en lances mujeriles, la entusiasta admiración que Antonia mostraba por las habilidades de Tomás. Su instinto de observador le sugirió antipática sospecha, que cruzó como un relámpago por su mente. Pero no. El nuevo guarda tenía trazas de ser un hombre sombrío, taciturno, poco asequible á las dulzuras y debilidades del amor. Su vehemente pasión le hacía suponer un rival en el primer hombre que encontraba junto á ella. Rió interiormente de su infundado temor, y contestó á Antonia :

—Sí. Vamos á oír á ese Gayarre rústico.

Salió la muchacha del comedor, y se acercó al guarda. El Vizconde la siguió con la vista. No se paró ante él, sino que se internó, hablándole al paso, en las habitaciones del otro lado del castillo, de donde salió con una guitarra, que puso en las manos de Tomás. El guarda la tomó, la templó con esmero, y sentándose algo apartado del corro de hombres que tomaba el fresco en el patio, comenzó á rasguear unas malagueñas lentas, tristes, propias para entonar pesares y quejas. Tras breve preludeo, cantó. Tenía razón en entusiasmarse Antonia. La voz era el principal encanto de aquel mozo. Así lo reconoció el Vizconde para sí. Era una voz fresca, robusta, varonil, y al propio tiempo acariciadora y suave; sin afeites de florituras ni grupetos; con unos alientos largos y unas notas tenidas en que parecía cantar el alma misma del retraído mo-

cetón. Quien le hubiera oído sin verle, no creyera jamás que aquel hombre era el que entonaba tan apasionados cantos. Vibraban en la voz de Tomás todos los matices de la pasión: ora se apagaba, como si demandase humilde la correspondencia ambicionada; ora resonaba enérgica, como si quisiera cantar su victoria y su dicha; ora rugía tempestuosa, como si los celos pusieran en ella sus iras y sus rencores.

Tornó á temblar el Vizconde. La base en que se había fundado para desechar su sospecha se venía al suelo. Aquel hombre, tras de su cara fría y sin expresión, ocultaba un corazón tan ardiente y sensible como el suyo. Quien no sentía de veras, no podía cantar aquellas hermosísimas malagueñas. Más aún. En opinión del Vizconde, perito en la materia, preciso era estar enamorado para dar tanta expresión á esa celestial reminiscencia de los cantos árabes, tan propia para desahogar amorosos corazones.

—Tomás está enamorado, ¿verdad?—preguntó impaciente.

—Lo ha adivinado V., señorito.

—¿Y de quién?

—La palabra le temblaba en los labios.

—Eso él lo sabrá, señorito.

Luis respiró con desahogo. Si hubiera sido ella el objeto de las amorosas ansias del guarda, ¿qué cosa más natural que haber contestado: «Es mi novio»? Movido por esta lisonjera idea, acercóse el Vizconde á Tomás, y le felicitó, elogiando su voz y su maestría. Tomás dió las gracias con su habitual laconismo, y dejó la guitarra á un lado. Dióle el Vizconde orden de que le despertase con el alba para salir á cazar un rato, antes de que picase el sol, y la emprendió escalera arriba, deseoso de reparar

con el sueño el cansancio del viaje, y de madurar el plan de ataque que debía poner en práctica.

Subiendo y pensando, reflexionó que había surgido un inconveniente, fútil al parecer, y en realidad grave, para el logro de sus propósitos. Antonia, que se había criado con la libertad y el descuido de una Dríada de aquel monte, acostumbraba ir sola á la aldea cercana y á las casas de campo vecinas, y estas eran las ocasiones que Luis se proponía aprovechar. La enfermedad del tío Alfonso había hecho cambiar de costumbres y de ideas á la muchacha é imposibilitado las fáciles entrevistas que se proponía el Vizconde. ¿Cómo provocarlas tan frecuentes y sin testigos, como él las necesitaba para asentar en firme sus primeros pasos? No preocupó esto mucho al enamorado doncel; pues, como fiel imitador del burlador de Sevilla, fiaba mucho en que la casualidad y su buen sino le allanasen dificultades y le removiesen obstáculos. Mas, distraído con tales pensamientos, no advirtió que pasaba del primer piso del castillejo, donde estaban sus habitaciones, y que seguía subiendo maquinalmente. Cuando se dió cuenta de dónde estaba, vióse á dos pasos de la extensa plataforma almenada que dominaba el castillo y la comarca entera. Franqueó los pocos escalones que faltaban, y entró en ella.

El campo, á aquella hora, bañado por la plateada claridad de la luna, parecía vestido de luz. Los pinos, cuyas hojas brillaban como escamas de una cota de mallas, parecían legiones de gigantes que, agitando los descomunales brazos, se lanzaran á todo correr por la pendiente, á luchar con el titán de hierro que á todas horas pasaba junto á ellos lanzando su grito de desafío. Á la izquierda del castillo, una pequeña mancha blanca y roja; la estación en que el Vizconde había echado pie á tierra. Más lejos y en

la misma dirección, Benimeli, dormido á la margen del Segura sobre mullido lecho de flores y pámpanos, después de haber apurado la generosa sangre de sus célebres viñedos. Á la espalda Aljuzef, surgiendo como un toque de luz en medio de la masa de sombra que apiñaban en su derredor los olivos y cañaverales. Á la derecha, y ya en el confín del horizonte, la histórica Orcelis, con las puntiagudas torres de sus cien iglesias, que semejaban apretado montón de alfileres clavados en un acerico de seda verde. Y enfrente Torreantigua, flanqueada por sus dos inmensos lagos salados, y cuyas casas parecían, desde aquella altura, próximas á precipitarse en el Mediterráneo.

El Vizconde se apoyó en una almena, y fijó sus miradas en la azulada y brillante superficie del mar. Sobre ella, como bandada de blancas gaviotas que volaran en círculo presagiando la tempestad, creyó ver pasar la larga procesión de sus amadas: la duquesita Juana, con su eterno gesto de gatita perezosa; Rosa, la modistilla, enseñando al andar los menudos y bien calzados pies; Miss Ida, la célebre hetaira, ostentando indiferente su desnudez de estatua griega, sólo velada á trechos por el espléndido manto de sus cabellos rubios; Giuseppina, la renombrada soprano, que le enviaba descaradamente besos como desde la escena del Real, y cien más que, ora con aire de celosa ira, ora con tono de fingida compasión, preguntaban al pasar:—¿Y Antonia?

¡Antonia! Antonia borraría de su alma todas aquellas imágenes de venturas pasadas; desterraría de su memoria todos aquellos recuerdos de su larga carrera de triunfos. Pero el resultado inmediato de aquella interior evocación fué despertar en el Vizconde el natural orgullo de todo conquistador afortunado, y doblar en sí mismo la

conciencia de su propio valor; y la consecuencia de tales reflexiones fué la de reirse de sus ensueños matrimoniales de por la tarde, y afirmarse en la idea de que no sería preciso sacrificar su nombre y su libertad para conseguir la victoria ambicionada. Antonia, como todas las que la habían precedido, caería seducida en sus brazos apenas su constante fortuna le deparase propicia ocasión. Las mujeres, para él, eran inocentes pajarillos que se sentían atraídos por su hálito de serpiente. Recordó Luis que uno de sus amigotes, que solía llamarle coleccionista de mujeres, dijo una vez, á los postres de cierta cena:—Aquí tenéis á nuestro ilustre anfitrión, que se ha empeñado en la difícil tarea de reunir un alfabeto que sirva de amoroso acróstico á una lista de mujeres gozadas. Ya lo tiene casi completo, pero le falta lo principal, el comienzo, la cabeza, el introito. Entre sus víctimas no hay ninguna cuyo nombre empiece por *A*. Brindemos, pues, á la salud de Antonia, de Anacleta, de Artemisa ó de Águeda.—El brindis iba á tomar carácter de profético anuncio: el alfabeto iba á concluir por el principio.

Con estos pensamientos bajó el Vizconde á acostarse, y ya en el lecho, ocuparon sus últimos instantes la imagen cada vez más seductora de Antoñeja y el recuerdo de las malagueñas de Tomás. Hasta le pareció, un momento antes de dormirse, que las volvía á oír tan claras y sonoras como en el patio. Pero, ¡quía!; bromas de Morfeo.

Al rayar la aurora del día siguiente, el Vizconde y Tomás bajaban juntos la escalera del castillo, con sendas escopetas al hombro, dispuestos á recorrer los dominios de Casa-Leal, sembrando la muerte y el exterminio en su pacífica población de liebres y conejos. En la puerta encontraron á Antonia, que parecía esperarles para darles los buenos días. El Vizconde, alerta ya por mil zozo-

bras interiores, miró con disimulo al guarda : su actitud fué la misma indiferente y fría de siempre. No hacían mella en aquel semblante las emociones, si es que las sentía. Era el guarda una hermosa estatua de hombre, pero como estatua, sin animación, sin vida, sin alma que encendiese la mirada, siempre igual y siempre dura, de sus ojos negros. Á la luz naciente del nuevo día, el Vizconde y Tomás ofrecían el más vigoroso y extraño de los contrastes. Luis, con su tez pálida de Tenorio debilitado por el placer, sus maneras nerviosas, su ademán despótico de hombre acostumbrado á ver todas las cabezas humilladas ante él y todos los gustos sometidos á sus caprichos, sus ojos brillantados por el deseo, y sus manos blancas, delgadas y finas, como fabricadas para los halagos y las caricias, era la antítesis de Tomás, con su tez morena y curtida por el continuo beso del sol, su andar firme, reposado y tranquilo, su actitud respetuosa de siervo obediente, avezado á prescindir de la propia voluntad y plegarse al ajeno mandato, sus ojos negros, profundos y siempre silenciosos, y sus manos rudas y callosas, propias sólo para la lucha, como garras de numídico león. El uno era el hijo de la civilización moderna, con todos sus refinamientos, sus vicios y sus decadencias ; el otro el hijo de la naturaleza, con todas sus inocencias, rudezas é ignoradas virtudes.

Despidióse el Vizconde de Antonia, y, seguido de Tomás, emprendió el camino monte abajo, silencioso en apariencia, en realidad manteniendo dentro de sí animado diálogo entre sus temores y sus deseos. El medio, el medio necesario de entrar en conversación á solas con Antonia y comenzar sus intentos de seducción, no se ofrecía á su atormentada inteligencia. Desconocíase á sí mismo. Él, tan fecundo en planes y estratagemas cuando

tenía entre manos asuntos de este género, encontrábase esta vez torpe y desmañado, como soldado bisoño en combates de amor. Viendo la inutilidad de sus esfuerzos por despertar ideas, otras veces tan sumisas á sus órdenes, y ésta tan rehacias y desobedientes, volvióse á Tomás, y le interrogó :

—¿Y de dónde eres tú?

—De Tinieblas.

—¿Y dónde está ese país tan oscuro?

—En la provincia de Burgos, señorito.

—¡Ah! Vamos: eres castellano viejo. ¿Y cómo diablos has venido á parar aquí?

—Me llamó el tío Alfonso. Yo había venido á verle después de la guerra del Norte, para traerle el escapulario y la medalla que llevaba su hijo cuando lo mataron en San Pedro Abanto. Se lo prometí media hora antes de morir, y, aunque con muchos apuros, vine á cumplirlo.

—Hiciste bien. ¡Pobre Nicolás! Yo también le quería mucho. ¡Cuánto ha jugado conmigo aquí en Casa-Leal cuando éramos chiquillos!.... Y ya no te dejó marchar el tío Alfonso, ¿no es eso?

—No, señor. Me hizo quedarme una semana con él, y luego me equipó para el viaje de vuelta á mi pueblo, como si hubiera sido su hijo. Pasó mucho tiempo sin saber más de él; pero un día recibí una carta que me había mandado escribir, diciéndome que el guarda de este coto se había muerto, y que si yo quería venir en su lugar, él se alegraría tantísimo. Y como yo ya le conocía y sabía que era muy hombre de bien, y á mis padres les quedaban otros hijos en Tinieblas para hacerles compañía, le contesté que vendría, y vine.

—Pero, hombre, una cosa me extraña. ¿Cómo un burgalés como tú sabe cantar tan bien las malagueñas?

—Cuando uno es soldado, señorito, aprende antes á eso que á manejar el fusil. Y como en la guerra no hay más diversión....

Enmudeció el Vizconde, y su acompañante, como servidor respetuoso, ya no volvió á pronunciar palabra. Sin embargo, cualquiera que conociese bien el carácter adusto y seco de Tomás y su habitual costumbre de hablar poco, hubiera extrañado verle tan locuaz en la relación de su conocimiento con el tío Alfonso, y hubiera observado después que dos ó tres veces entreabrió los labios como para decir algo á su amo. Por fin, una de las veces llegó hasta á pronunciar apagado y entre dientes un— «Señorito», —al que contestó acto continuo el Vizconde:

—¿Qué hay?

—Nada: que lleve V. E. cuidado, que este es el sitio donde ahora se quedan más liebres.

No era esta advertencia lo que Tomás quería decir; pero en la necesidad de justificar su llamamiento, recurrió á tal expediente, arrepentido de su intento de formular en palabras sus íntimos deseos.

Y así siguieron caminando aquellos dos hombres. El uno huroneando en todos los rincones de su cerebro para encontrar el medio de seducir á Antonia; el otro pensando sin duda en aquella novia que le hacía cantar con tanto estilo las malagueñas.

III.

Retiróse el Vizconde aquella noche á su cuarto desasegado é inquieto. Nunca emprendiera con más bríos ni pasión más intensa una conquista amorosa; jamás ofrecieranle las circunstancias una resistencia, aunque pa-

siva, más tenaz y preñada de fatídicos augurios. Soñaba él con emular á César y pronunciar el famoso *Veni, vidi, vici* apenas pisara los dominios de Casa-Leal, y un día era transcurrido, y, no ya le había sido imposible hablar con Antonia, pero ni aun verla á su sabor y contentar al menos de esta suerte el voraz apetito que le consumía. Dicho se está que estas primeras contrariedades, halladas donde él creía encontrar caminos llanos y expeditos; esta cerrazón de horizonte cuando pensaba ver brillar el cielo sin nubes, no servían sino para encender más y más la hoguera de su deseo, atizándola con el tizón del imposible. Nada tiene, pues, de extraño que, atormentado por tan desapacibles ideas, no pudiese el Vizconde conciliar el sueño, por más que, creyéndole adecuada medicina para calmar sus alborotados nervios, le llamase con rendidas súplicas, y apretase desesperado los párpados, que parecían haberse jurado odio á muerte y obstinábanse en no unirse blanda y amorosamente como de costumbre. Oyó en tal estado los últimos ruidos que anunciaban que el castillejo iba á entregarse al descanso: pasos quedos que subían y bajaban la escalera, cerrojos que se corrían, llaves que rechinaban, puertas que giraban perezosas y dando agudos quejidos sobre sus goznes....; luego el silencio, amigo del descanso, imperó en absoluto.

¿Cuánto tiempo transcurrió así? Imposible fuera al Vizconde precisarlo. De pronto una fuerza interior, instintiva, poderosa, abrió sus ojos y le hizo incorporarse en la cama. No había duda. Llegaban á su oído, lentas, apasionadas, embriagadoras, las malagueñas de Tomás; la sospecha despertada la noche anterior en su alma, crecía, tomaba fuerzas, vida y aliento para atormentarle. ¿Á quién sino á Antonia podía dirigir el melancólico burgalés aquellas trovas de amor? Trocados estaban la

poética guzla ó el clásico laúd en vulgar guitarrillo; no vestía el cantor acuchillados gregüescos ni birrete en que luciera gentil airón sujeto con broche de ricas piedras, sino recio traje de paño pardo y ancho sombrero de fieltro, descolorido por la ardiente y continua caricia solar; pero si la indumentaria era distinta, el lugar de la escena era idéntico, y el impulso que movía al nocturno trovador á entonar su endecha al pie del almenado torreón era el mismo; el amor, el eterno amor, el alma del mundo.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, Luis se alzó del lecho, y á pasos silenciosos, con ese instintivo recogimiento con que se camina en la oscuridad, llegó á la ventana de su habitación que daba al campo, y la abrió. Vibró entonces más potente y sonora la voz del guarda cantando una copla, y, apenas acabada ésta, percibió el Vizconde el levísimo ruido de una ventana que se abría en el piso bajo. Desatendiendo el riesgo de ser visto, sacó medio cuerpo fuera del antepecho, y miró: la ventana abierta era la del comedor, que caía justamente debajo de la en que se hallaba el Vizconde. Calló el guarda, y se acercó á ella. La sospecha, en tan corto espacio de tiempo, había crecido, crecido, hasta convertirse en horrible y desesperante evidencia. ¿Á qué más datos? Y, sin embargo, el mísero, con la curiosidad malsana del dolor, concentró sus cinco sentidos en aquella reja abierta á sus pies y en aquella copia amorosa que, á través de sus hierros, cambiaba mil ternezas.

Las enredaderas que tapizaban la ventana del comedor subían festoneando la rugosa pared hasta la del Vizconde, y parecían llevarle entre sus penetrantes aromas el cálido efluvio de la pasión que abajo las abrasaba. El perfume intenso de los jazmines mezclábase y confundíase con el suave de la flor de la cera, como allí bajo se

perdían en una sola apasionada aspiración el aliento varonil del taciturno guarda y el dulce suspirar de la rústica labriega. El Vizconde ponía toda su alma en sus oídos, deseoso de escuchar el diálogo, ó sorprender al menos alguna frase que le pusiera al corriente de hasta dónde había ascendido el termómetro de aquella pasión. Sólo llegaba á él el cuchicheo sostenido y rápido de las dos voces que hablaban sin cesar, y á veces á un mismo tiempo, dificultando así más y más el logro de su deseo. ¿Quién ha dicho que la noche es silenciosa? ¿Qué poetastro chirle fué el primero que colgó ese adjetivo á la hermana del día, como si fuera nota distintiva de su especial carácter? Mentira, mentira y mentira. Merecedor era, según pensaba el Vizconde, de que le colgasen por ripioso y embustero de una almena del castillejo, como se acostumbraba allá en los tiempos feudales. La noche estaba llena de mil importunos ruidos, que impedían al Vizconde oír lo único que le interesaba en aquel momento. El rumor quejumbroso de los pinos, el lento y lejano ladrar de algún vigilante mastín, el canto monótono é insistente de los grillos, las fuertes patadas de las caballerías en los guijarros que pavimentaban la cuadra, mil y mil ruidos más, ora suaves y continuos, ora secos é imprevistos, desmentían el cacareado silencio nocturno y acrecentaban la rabia interior de que se sentía poseído el Vizconde. Por fin, á fuerza de concentrar su atención y de habituarse á despreciar tanto rumor molesto, las palabras de los enamorados comenzaron á llegar menos confusas, más articuladas á los oídos de Luis. La primera voz que oyó clara y distinta fué la de ella, la voz que cantaba dentro de su alma, aun en sus momentos de mayor soledad y ensimismamiento.

Antonia decía:

—¿Y no se lo has dicho? ¿Por qué?

—Porque no me he atrevido.. Dos ó tres veces he tenido las palabras en la boca, y luego no he dicho nada.

—No tengas miedo. Si es muy bueno, y muy....

Tornaron á confundirse las voces y á cortarse el hilo de la plática. El Vizconde se dió á pensar en las frases oídas. Clara le pintaban, á pesar de su laconismo, la situación de los dos enamorados. Tomás no se atrevía á declarar al tío Alfonso su pasión y á pedirle la necesaria venia para ostentarla á la faz del sol y santificarla luego á los pies de un sacerdote. La esperanza, que lucha siempre hasta el último instante, aprovechando el más ligero incidente para volver con redoblado empuje á la abandonada brecha, tocó de nuevo con su áurea varita el corazón del Vizconde, é hizo asomar á sus labios una sonrisa. Todavía era tiempo. Aquel amor había nacido y vivido en la sombra ; oscurecido moriría apuñaleado por la vencedora estrella del eterno conquistador. Las frases que llegaran á sus oídos manifestaban que el noviazgo de Antonia y el guarda estaba en su comienzo ; así lo interpretaba el Vizconde , deduciendo de aquí que no sería difícil empresa vencer á un rival que empezaba á serlo. La brisa le llevó de nuevo claras y distintas algunas palabras sueltas, y Luis tornó á atender con toda su alma.

—¿Me prometes que se lo dirás mañana?—susurró quedo la voz de Antonia, con inflexiones y dejos de mimosa, y dominante.

—¿Mañana? (balbuceó Tomás indeciso.) Bueno. Veremos si mañana me determino.

—Mira que si mi padre no se lo ha dicho, es porque tú dijiste que eso te tocaba á ti.

¿Cómo? ¿Qué quería decir esto? ¿Luego no era al tío Alfonso á quien había que poner en autos del compro-

miso? ¿Luego todas sus deducciones eran infundadas? ¿Luego el obstáculo no era estrecha zanja de hipódromo, fácil de salvar de un atrevido salto, sino entreabierto y pavoroso abismo en cuya sima se despeñaría el que intentase franquearlo? ¿Qué pensar, qué hacer, qué resolver? Por de pronto, escuchar, sin perder palabra, sílaba ni acento, á ver si ellas le daban la clave de la incógnita que le atormentaba. Y ya no se oía nada claro. Parecíale sólo al Vizconde que una de las voces—no sabía cual, ¡hablaban tan bajo!—suplicaba insistente y la otra negaba sin fuerza. Esto duró un breve rato, disminuyendo cada vez más el tono del diálogo, como en un perfecto regulador ejecutado por expertos violines al final de un andante clásico. Por fin cesó, y un momento después....., ¿qué oyó Luis, que brillaron en la oscuridad sus ojos como los de un tigre, y sus manos convulsas arrancaron y estrujaron, sin percatarse de ello, las frágiles ramas y los lácteos pomos de las flores de la cera que servían de marco á la ventana? ¡Ah! Destacándose entre todos los rumores de la noche, como el estampido de mortífero proyectil que le hiriera en lo más profundo de su pecho, llegó hasta él el rumor de un beso. Como por instinto, el Vizconde se separó de la ventana y empuñó con decisivo ademán la escopeta con que durante el día persiguiera á las liebres; sus ojos, habituados ya á la débil claridad nocturna, vieron perfectamente al guarda, que se alejaba con el paso resuelto y vivo del que lleva dentro del alma el amor y la felicidad; por un instante parecióle cosa natural apuntarle, disparar y acabar por manera tan expedita con el obstáculo que se alzaba ante su planta. Pasó pronto el homicida vértigo. Soltó el Vizconde el arma, y miró perderse entre los pinos al enamorado mozo, bien ajeno de sospechar

que la muerte había rozado su frente con sus negras alas.

El resto de la noche no fué para Luis de descanso, sino de angustia y desasosiego horribles. Por la primera vez de su vida, ideas lúgubres penetraron en su mente y ahuyentaron de ella la firme confianza que le alentaba y sostenía en sus amorosas empresas. Sintió decaer su ánimo; fué presa de desacostumbrado desaliento; presintió desdichas, y la luz de la mañana alumbró sorprendida sus azuladas ojeras, su pálido rostro, su actitud triste y resignada, como la del reo que se ve próximo á expiar su aborrecida culpa. En tal estado le sorprendió la voz del odiado guarda, que pedía permiso para entrar. Como si al sentirse herido por el acicate del recuerdo recobrara el Vizconde el vigor que la soledad y las tinieblas robaran á su espíritu, con voz entera y robusta otorgó la solicitada venia, y asomó en la puerta la varonil figura del burgalés.

Fué preciso que Luis le interrogara, porque Tomás se había detenido al dar el primer paso, sin pronunciar una palabra.

—¿Qué quieres? ¿Á qué vienes? Hoy no pienso salir de caza.

—Yo.... si....—El guarda no encontraba el modo de comenzar su discurso.

—Vamos, acaba: ¿qué?—interrumpió el Vizconde en agrio é impaciente tono.

—Si al señor.... no le molestara....; venía á hacerle una petición.

—Di.

Tomás volvió á sus dudas y vacilaciones; Luis palideció adivinando que iba á ver, por su mal, despejada la incógnita de la noche pasada.

—Pues.... el tío Alfonso no ha dicho nada á V. E....,

porque yo le dije que quería ser el que diera al señor la noticia, para hacerle al propio tiempo la petición. Como yo sé.... lo mucho que el señor quiere á la familia de Antonia, —el Vizconde sintió un nudo de sangre en la garganta, —y que se alegrará de su felicidad...., por eso quise ser el que le diera la nueva, para que V. E. me la pagase con un favor.

¿Se burlaba aquel hombre? El Vizconde se apoyó de espaldas en la ventana confidente de su infortunio, y esperó el fin de la trabajosa peroración del guarda.

—Cuando el tío Alfonso supo que el señor venía, se alegró muchísimo, y dijo: «Parece que lo trae Dios, para que sea testigo del día que yo más he deseado que llegara con felicidad y con salud antes de morirme.» Si V. E. no hubiera venido, le hubiera faltado al tío Alfonso algo para estar del todo contento y satisfecho. En fin, Antonia y yo vamos á casarnos el domingo que viene, y quisiéramos, si no es mucho pedir, que V. E. apadrinase la boda.

Ante aquellas palabras, reveladoras de la magnitud del obstáculo que á la consecución de sus proyectos se oponía, el Vizconde sintió como si unas candentes tenazas de hierro le apretasen el corazón hasta destrozárselo. La comprimida rabia surcó de pinceladas sangrientas é imperceptibles, cual si las trazase un nimio miniaturista, el globo azulado y límpido de sus ojos. Vibraron sus labios agitados por el huracán que rugía en el interior de su ser como cuerdas de violín heridas por la mano de hábil concertista. Pasóse la diestra convulsa por la frente, como si en ella hubiesen quedado escritas las frases de la arenga de Tomás y pretendiera borrarlas para siempre de su memoria. La injuria, el insulto, el reto asomaron su desgredada cabeza á los pálidos bordes de su boca; pero ésta

:

permaneció muda como la de una estatua que representase el asombro y el dolor.

No dejó de extrañar á Tomás el hosco silencio en que sumiera al Vizconde su petición; de suerte, que con voz apagada y temblona, en la que se advertía aumentada su timidez, sólo añadió:

—Si á V. E. disgusta....

—¿Á mí? (articuló al fin trabajosamente Luis.) No.... Consiento.... Vete...., y di á Antonia que suba.

Salió el guarda.

La suerte lo quería. Era preciso. La resolución del Vizconde estaba tomada. Á grandes males, grandes remedios. Su voluntad se agigantaba siempre ante la resistencia brutal de los hechos. Se había hecho necesario jugar de una sola vez el todo por el todo. Manos á la obra. Ya era tarea inútil y pueril andar acechando ocasiones en que dar uno y otro asalto al corazón de Antonia y gargarle paso á paso la voluntad; ya era tontería insigne aquel trabajo de zapa con que pretendiera meterse sin ser sentido en el alma de la confiada moza, y, una vez dueño de ella, arrojar la máscara al cantar el himno de victoria; ya no podía ni siquiera pensarse en la toma de aquella plaza por medio de una escaramuza misteriosa é imprevista, sino que la lucha tenía que ser inmediata, decisiva, terrible y á la clara luz de la fulgurante mañana. Con estos pensamientos y esta inquebrantable resolución, serenó su conturbado espíritu el Vizconde, y esperó la venida de Antonia.

No tardó ésta en aparecer. Y á fe que si el misero Luis no se sintiera tiempo ha abrasado de deseos por aquella hermosa criatura, en aquel punto y hora hubiéralos sentido nacer tan vivos y ardientes como los que le atenaceaban, á menos de no tener sangre en las venas.

Venía la moza vestida á la labradoresca usanza. El pelo, trenzado y recogido en amplio rodete sobre la nuca, brillaba con los tonos vivos y azulados del esmalte de la más pulida joya: ajustado corpiño de percal claro sembrado de florecillas encarnadas dibujaba indiscreto la perfecta curva del alto seno, y arremangadas hasta cerca del hombro las mangas, formaban allí un espeso y apretado bullón, semejante á los de algunos trajes históricos, de donde salía más artístico el brazo con su epidermis fina y sedosa, cubierta á trechos de invisible vello y sembrada por alguno que otro lunar chiquito y aterciopelado: la falda corta y airosa dejaba ver el pie grande y desnudo, calzado con blanca alpargata, cuyas azules cintas formaban á modo de estrecho brazaletes algo más arriba del tobillo. Los ojos de Antonia relucían como si en su fondo viviera encendida eléctrica lumbre; los labios carnosos y bermejillos sonreían entreabiertos como ansiosos de beber la vida y el placer en otros labios; á través de la tez morena aun transparentábanse las rosadas tintas que la edad y la salud extendían por sus mejillas; y, en suma, la zagala semejaba acabada encarnación de una Ceres moderna, exuberante de robustez y de fuerza, y prometiendo tantos y tan opimos frutos como la tierra que pisaba y simbolizaba.

Adelantó hacia el Vizconde, y le dijo:

—¿Qué quiere V., señorito?

No contestó el Vizconde. Cogióla una mano, la hizo avanzar hasta el centro de la habitación, y luego, soltándola, se dirigió á la puerta y la cerró cuidadosamente. Quizá á alguna damisela sensible y de imaginación novelesca, este misterioso preliminar de la entrevista la hubiera hecho prorrumpir en agudo chillido ó escandalizadora protesta: Antonia vió toda aquella maniobra con

indiferencia y sosiego, y sin que se borrara la tranquila sonrisa de sus labios.

—Me ha dicho Tomás que se va á casar contigo,—prorrumpió al fin el Vizconde en voz apagada.

—Sí, señor.

—Y que la boda es el domingo, es decir, pasado mañana.

—Sí, señor.

—Y que queréis que yo sea el padrino.

—Sí, señor.

—¿Y por qué no me disteis la noticia á mi llegada?

—Porque Tomás se empeñó en ser él quien se lo dijera á V. Bastante le he reñido el mucho tiempo que ha tardado en salir del paso.... Ni sé cómo el padre ha podido aguantarse sin decir ná. Pero ya me ha dicho Tomás que V. consiente en darnos gusto, y, ya que el muy torpe no se las ha dado, yo le doy á V. las gracias, señorito.

—Sí (balbuceó el Vizconde, como buscando una fórmula para comenzar á expresar sus osados pensamientos). Sí, yo le he dicho que consentía....; pero...., pero...., pero es preciso que tú no consentas.

—¿Yo?.... ¿en qué?

Y el asombro de Antonia agrandó más y más sus rasgados ojos.

—En casarte con ese hombre.

—¡Señorito!....

—Ya comprenderás, Antonia, que yo sólo quiero tu bien y tu felicidad. Nos hemos visto desde pequeños. Te tengo cariño, mucho cariño. Tomás no es la pareja que Dios echó al mundo para ti. Tú eres alegre, cariñosa, expansiva; él taciturno, reconcentrado, melancólico. No podéis hacer buenas migas. Créeme: no te conviene ese matrimonio.

—Pero, señorito (replicó Antonia, angustiada y mirando á su amo como se mira á un demente); si él me quiere....

—¿Y acaso (interrumpió Luis), será el único en el mundo que te quiera? ¿No habrá otro que le aventaje en riqueza, en educación, y sobre todo en cariño? ¿No adivinas tú en alguno de los que te rodean un amor más grande y más verdadero que el de Tomás, un amor que no mira obstáculos, diferencias ni categorías para fijarse en ti como en la única mujer que puede hacer su felicidad?

—Á mí, señorito, nadie me ha dicho que me quería más que Tomás.

—Pues hay otro hombre, Antonia, que está loco por ti, que sólo en ti piensa, que sólo por ti vive, que lo ha abandonado todo por venir á verte; que no puede resignarse á mirarte esposa de un rústico guarda de campo sin haberte dicho antes: «Yo también te adoro; yo también quiero ser tu novio, tu marido, tu amante y tu siervo», para que después elijas tú entre el que todo lo sacrifica por ti, y aquel por quien tú te sacrificas; entre el que te eleva á las glorias y triunfos en que tú, como toda mujer, habrás soñado, y el que te arrastra á la vida miserable y rastrera de mujer del campo, envejecida antes de tiempo por la ruda faena cotidiana; entre Tomás y yo.

El estupor en que tal declaración sumió á Antonia fué tal, que la impidió articular frase alguna. El Vizconde prosiguió:

—¿Te asombras? ¿Lo dudas? Haces mal. Te hablo con el corazón en los labios. Reconozco que esto es para ti inesperado, brutal.... Pero ya no puede ser de otro modo. Antes de que te unas á ciegas con ese maldito guarda, es

preciso que sepas que yo te quiero para mí, que he venido para llevarte conmigo con las condiciones que tú desees. Manda, ordena, dispón...., pero quiéreme.

Hizo nueva pausa el Vizconde; pero tampoco la aprovechó la moza para despegar sus labios.

—¿Callas? ¿Por qué no contestas? ¿Crees que es mentira lo que te estoy diciendo? Anda, ve, busca á tu padre, dile que ya no te casas con Tomás, sino conmigo, y que suba á hablarme y á preparar nuestro enlace, nuestra dicha.... Dile.... Pero antes dime á mí algo, no me hieles con ese silencio; contesta, responde, habla.

Y el acento del Vizconde vibró tan lleno de pasión y de deseo, que Antonia sintió que aquellas palabras le besaban impúdicamente el rostro, rojo de vergüenza y de confusión. Luis adelantó hacia ella, y cogiéndola una mano que la turbada muchacha no osó retirar, la condujo hasta la ventana de la habitación.

—Mira (la dijo, apoyándose en el alfeizar); desde aquí esta noche pasada he oído tu plática con Tomás y sus aborrecidas coplas. ¡Considera cuánto habré sufrido! Después he escuchado el ruido de un beso, y he cogido esa escopeta, y por un momento he acariciado la idea de matar á ese hombre. Pero la huella de ese beso yo la borraré con los míos, y el sufrimiento de la pasada noche yo lo olvidaré con la ventura de hacerte mía.

Al pronunciar estas palabras el Vizconde, ya fuera de sí y cediendo á inveterados hábitos de su vida, abrió los brazos, queriendo arrancar así un tácito consentimiento á la silenciosa labriega. Mas antes de que aquellos brazos abiertos la encadenaran, Antonia, como si descarga eléctrica la sacase de su inmovilidad y mutismo, dió rápido salto hacia atrás, asió á Luis con fuerza de ambas muñecas, y manteniéndole en aquella actitud de

crucificado, le dijo con voz temblorosa, pero reveladora de una resolución firme :

— Puede V., señorito, decir lo que quiera ; pero tocarme.... ni al pelo de la ropa, que eso no lo ha de consentir la hija de mi madre.

— No tengas miedo de mí.

— No lo tengo.

— Pues, ¿por qué te apartas?

— Porque á una moza honrá, no la abraza más que su padre.

— Entonces, ¿por qué dejaste anoche que te besara Tomás?

— Tomás va á ser mi marido.

— No lo será.

— Sí que lo será. Pues qué, ¿se ha figurao V. que porque es el amo de Casa-Leal, es el amo también de Antonia? Tomás se casará conmigo, y si á V. no le parece bien, nos iremos toos de aquí, que entre mi marido y yo sabremos mantener á mi padre y á mi madre.

— ¡Antonia!

— Y bastante hemos hablao, señorito. Déjeme V. salir....

— No, y no. (Y el Vizconde corrió á la puerta y la cubrió con su cuerpo). ¿No comprendes que yo no puedo avenirme á perderte? ¿No ves que estoy loco, que atropello por todo para decirte que quiero que seas mi mujer? Tú no sabes lo que es el amor que yo te tengo. Hace un año, desde que por última vez estuve aquí, y me fuí por ver si me era posible olvidarte, te tengo aposentada en lo más profundo de mi alma, y tu imagen me acompaña y me hace amable y apacible la existencia. Pienso en ti á todas horas. Tu voz me causa íntimo goce, imposible de describir. Tu presencia es para mí la vida, la alegría, la

felicidad. Sin la esperanza de que llegarás á ser mía, me parece que soy trasto inútil en este mundo, sin objeto que me atraiga, sin luz que me guíe, sin aspiración que me mantenga. Tú para mí lo llenas todo, lo eres todo. Eres la verdadera revelación del amor en mi alma, que hasta ahora sólo había sentido fútiles y pasajeros caprichos. No huyas de mí: no dudes de mí. Piensa en este amor profundo que siento, y respóndeme.... ¡Antonia!....

El semblante de la muchacha habíase ido iluminando con plácida sonrisa durante la apasionada peroración del Vizconde, y cuando éste concluyó, más bien como si se lo dijese á sí misma, que contestando á la ardiente súplica del mancebo, prorrumpió:

—Eso, eso que V. dice es lo que yo siento por Tomás.

Luis vaciló ante aquella puñalada, como si estuviese ebrio. Apartóse de la puerta, la abrió con nerviosa brusquedad, y con voz desfigurada y ronca, rugió:

—Vete.

Salió la moza, y el Vizconde se arrojó vestido sobre la cama, sepultando entre las almohadas el rostro. ¡Pobre Luis! Sobre la mesa de noche, á medio abrir, estaba su compañero de viaje, *Le Rêve*: la bordadorcilla inocente había sido más feliz que él; había llegado á traspasar el linde incierto y lejano que separa el ensueño de la realidad. Él, el esperto conquistador, había encontrado barrera infranqueable cuando quiso dar el primer paso. ¡Qué hermoso, qué alejado y qué imposible era su ensueño! La experiencia del Vizconde se lo repetía con insistente veracidad. Mujer enamorada es mujer invencible. Pasó la aguda crisis, y en el primer momento el apasionado Luis creyóse dueño de sí mismo. Reflexionó. Su amor propio le murmuró en voz baja que, si bien era su primera derrota, como quedaría ignorada para todo el mundo, no

había para qué tenerla en cuenta ni darle gran importancia. Su orgullo le dijo que debía mostrarse indiferente y tranquilo á los ojos de la desdeñosa mozuela, y llevar su energía y su entereza hasta cumplir la palabra dada á Tomás y ser el padrino de la boda. Su conciencia, desde el rinconcito á que las pasiones la relegaran, bajo, muy bajito, le susurró que Antonia había hecho muy bien en negarse á sus desatinadas pretensiones, y que lo caballero y lo lógico era marcharse y olvidarla. Su vanidad de Osorio le apuntó la idea de que debía deslumbrar con el fausto desplegado en el padrinzago á los que le habían elegido. Y guiándose por tan unánimes pareceres, con la tranquilidad de la muerte en el alma y la del despecho devorado en la faz, bajó á felicitar al tío Alfonso y á concertar con él los preparativos del fausto suceso.

IV.

Pero había olvidado el desdeñado aristócrata que en toda fiebre, así física como amorosa, tras un período de remisión viene siempre otro de reacción, y que á las veces, cuanto más apirético es el estado remitente, más se exacerba después la calentura, como si en aquella tregua recobrase nuevo vigor. Y así le sucedió en aquel día. Permaneció durante él tranquilo, y creyó con credulidad optimista en el poder de su voluntad para restañar en su alma la herida de aquel desdén, y borrar de su historia el recuerdo de tan ominoso desastre; mas cuando la noche se enseñoreó de las alturas del cielo y envolvió en tupidas sombras la pinada de Casa-Leal, sombras aún más espesas cayeron sobre su ánimo, y la hoguera de su

pasión revivió, abrasándole los sentidos. Y, ¡oh fenómenos eternamente incomprensibles del espíritu humano!: todos los amores del Vizconde, coronados por la victoria y la posesión de la mujer amada, habían sido no más que apetitos de la materia disfrazados y ennoblecidos por una razón servil y complaciente, y el deseo carnal que le inspiró la hermosa labriega, purificado en el crisol del imposible, despojábase de sus groseras vestiduras, y ascendía á amor, á amor intenso, profundo, jamás sentido. Á su impulso ya agonizaba en el Vizconde aquel escéptico egoismo que le llevaba á pensar en Antonia, haciendo de ella en su mente una querida más, y anteponiéndole las mil consideraciones de casta y de rango que su vanidad le enumeraba, y, en cambio, se levantaba brioso, potente, avasallador, aquel divino altruismo que le conducía á soñar románticamente en una existencia idílica, en el risueño castillejo, lejos de la vida cortesana y de los sirtes y recodos engañosos de sus caudalosas corrientes. Y toda aquella noche, el Vizconde, á solas con su pasión, devoró mil amarguras, trazó planes irrealizables, y vió pasar espantado ante sus insomnes miradas siniestra procesión de fatídicas figuras.

Con idéntica angustia que el espía que, á dos pasos del campo enemigo, acecha arrastrándose como serpiente, confiando su vida al misterio, y sintiendo los saltos temerosos del corazón y el arrebatado correr del sanguíneo torrente, atendió el Vizconde, apoyado en la ventana, anheloso de ver si se repetía la amorosa plática en que comenzara á conocer su desventura. Á las primeras luces del alba se arrojó sobre el lecho á dormir un sueño agitado é inquieto, sin que el rústico trovador hubiese venido á requerir de amores á la esquiva castellana.

Cuando despertó, halló sobre la mesa de noche una

carta. Reconoció la letra del sobre: era de uno de sus compinches y camaradas, de Serafín Alarcón. ¿Quién había podido enterar á aquel tronera de su refugio? Rompió impaciente el nema, y leyó:

«¡Hola, hola, Luisito! ¿Conque te has ido á Casa-Leal sin avisar á nadie, ni aun á mí, en vez de salir para las cantábricas playas? ¿Á qué? Déjame entrar en el escabroso terreno de las hipótesis. No será á convalecer en el sosiego de ese retiro de ningún mal, puesto que tienes una salud á prueba de disparates gastronómicos y eróticos. Ni á dedicarte á los placeres cinegéticos, que, si son higiénicos y agradables en otoño é invierno, son molestos en este tiempo, en que el sol nos abrasa con sus disparos estivales. ¿Qué resta, pues? La suposición más verosímil, tratándose de ti. Algún amor te arrastra á ese rincón. Pero.... ¡qué estúpido soy! Si hasta caigo ya en quién es tu....., tu nueva Filis. Recuerdo que la última vez que estuve contigo en tus feudales dominios me enamoré perdidamente de tu caserita. Antonia (¿ves?: no se me ha olvidado su nombre) era una *barbiana* en toda la extensión de la palabra. Y seguirá siéndolo, ¿verdad? ¡Ah, pillo! Apuesto á que te han avisado su casamiento, y has corrido á ejercer tu señorial derecho de pernada. ¿Acierto? Pues buen provecho, y vuelve en seguida. No prolongues ahí tu estancia y conviertas en temporada cursi lo que es hasta ahora una salida de mucho salero. ¡Que vengas pronto, so rata! Tu compañero,—*Serafín.*»

Apenas acabada la lectura, ya estaba la carta hecha mil pedazos. De la propia manera que el aire nos trae á veces entre sus ondas ráfagas de perfumes lejanos, así aquella cínica y desvergonzada epístola traía á Luis recuerdos de la vida que soñaba con sacrificar en aras de Antonia. Si á alguno de sus compinches le fuera dado

leer en aquel instante los pensamientos que se agitaban en la mente del Vizconde, ¡qué homérica carcajada brotara de sus labios, viendo á Epicuro disfrazado de Platón, al diablo predicando moralidad!

Pasado el primer impulso de rabia contra la carta de Serafín, cifra y compendio de su carácter y de su historia, el Vizconde reflexionó sobre su contenido. Bien claro lo veía. Así como habían adivinado la causa de su fuga, adivinarían la de su rápido retorno. Llevaría escrita en la faz con indelebles caracteres la derrota. Los que comentaban con los labios pálidos de envidia sus continuados triunfos, sonreirían satisfechos al verle llegar demacrado, maltrecho, decaído, con la primera herida en el alma y el primer bofetón en el rostro. No, no era posible volver á la corte, ni pasar el verano de balneario en balneario, sin haber conseguido á Antonia....

Pero cuando llegaba aquí con su mental discurso, y su amor propio y sus antiguas malas pasiones, despertadas y envalentonadas por la lectura de la carta de Serafín, le conducían á tan deshonesto consecuencia, su amor, evocado por el nombre de la hermosa muchacha, levantábase airado, fustigando sin piedad á todos aquellos depravados pensamientos, hasta relegarlos á los últimos y más tenebrosos rinconcillos del cerebro. Sí: conseguir á Antonia; pero no sorprendiendo su honestidad en la oscuridad de la noche, como tigre que se apodera por sorpresa de la víctima apetecida, sino á la faz del mundo, á la luz del día, haciéndola suya para siempre, en cuerpo y alma, que ya no satisfacía al antes sensual Vizconde la posesión material de aquel hechicero busto, si no iba acompañada de la voluntad y el profundo cariño de la moza.

En estas y otras análogas imaginaciones pasaron las

horas, y llegó la del día siguiente, en que debían ir á la iglesia del vecino lugar de Benimeli á celebrar el casamiento. El Vizconde mandó ensillar su caballo, y, montando en él, salió solo antes que la comitiva nupcial, dirigiéndose al pueblecillo con ánimo de presenciar la ceremonia. Tal era su deseo de ver con sus propios ojos la consagración de su derrota, que cualquiera pensara que iba en busca de un inmenso placer y no de un dolor tan hondo y grande como el que le esperaba. Y es que, á semejanza de los faquires indios, que prueban su fanatismo por el dios que adoran infligiéndose gustosos los más intolerables tormentos, Luis llevaba su adoración por Antonia hasta imponerse por ella el más cruento de los sacrificios. Á pasos lentos, mientras atravesó la pinada, caminó el mísero, descendiendo, hasta llegar á la estación, en la que unos cuantos días antes se había apeado lleno de esperanzas y soñando venturas. Salió de ella á saludarle el jefe, excusándose de no haber podido tener el honor de subir, como otras veces, á saludarle y ponerse á sus órdenes.... Pero, ¡ya se ve!, no tenía un momento suyo. Sus servicios le robaban todo el tiempo.... Y, como precisamente en aquellos días se había duplicado el número de trenes....; los había á horas extraordinarias para llevar y traer á los aficionados al arte de Montes á la capital, donde había tres famosas corridas. Aquel día era el último.... Ya tenía el pobre gana de que se acabasen, porque, ¡caramba!, eso de esperar hasta las doce de la noche, en que pasaba el tren descendente, era fastidiosísimo....

Oyó el Vizconde sin fijarse todo el patético monólogo del jefe, se despidió cortés, y ya sin temor á despeñarse, como por el agrio declive que dejaba atrás, lanzó al *Noble* á galope á campo traviesa. Aquella carrera vertigi-

nosa le hacía un gran bien. Como si la agitación material tuviera la virtud de calmar la que sentía en lo más profundo de su alma, el Vizconde, soltando casi las riendas al dócil bruto y clavándole sin compasión las espuelas, corrió sin tino hasta detenerse á la puerta de la casa del párroco de Benimeli. Allí esperó.

Media hora después, repartida entre una jardinera y dos ó tres carros de labor, llegó la comitiva con los futuros esposos. Tomás, aunque siempre con su semblante grave y serio, conocíase que venía radiante de felicidad. Vestía el traje característico de su país: la recia abarca sujeta, como en los tiempos medio-evaes, con correas cruzadas hasta media pantorrilla; el calzón corto y ajustado; la oscura faja; el chaleco cruzado sobre el pecho; el chaquetón largo y la picuda montera puesta al través: Antonia, en cambio, venía ataviada con las galas de colores chillones y alborotados propios del Mediodía; pudiera decirse más bien que su traje desaparecía y se ocultaba bajo los pliegues de un amplio mantón de Manila de fondo blanco, constelado de menudas flores, y en cuyas puntas se apretaba y confundía la dispersa vegetación hasta formar espléndido ramillete, sobre el que agitaban sus alas menudos colibríes y pintadas mariposas. Envolvíase en él la garrida moza como las odaliscas en sus aéreos chales, no siendo esta la única semejanza que pudiera sorprender un observador, porque también eran árabes su tez morena, pálida y sedosa, y sus ojos negros, perezosos y soñadores. Larga y expresiva fué la mirada que en ella clavó el Vizconde; Antonia apartó la suya como no queriendo contestar á la insistente súplica que en la otra leía formulada.

Entraron en la iglesia. Comenzó el sagrado rito. Arrodillado junto á la mujer amada, Luis, el temible galan-

teador, aquel cuyo nombre figuraba en casi todas las páginas de la crónica escandalosa de la corte, oía las oraciones que á media voz mascullaba el párroco, como si escuchara leer su propia sentencia de muerte. Había olvidado el poco y mal pronunciado latín que le enseñaron en el colegio francés en que se educó; pero aquel que zumbaba, como susurro de abeja, en los labios del cura, lo entendía perfectamente. ¿Qué, qué decía aquel hombre? Bien claro estaba.—Renuncia á esa mujer, mira en su desprecio tu castigo, en su desdén tu justísima pena. ¿Habías creído, por ventura, que tus depredaciones amorosas no tendrían término? ¡Conquistador de comedia! ¿No has aprendido en tu larga vida de repartidor de deshonras, que cada corazón femenino es un abismo insondable? Tú has tomado por asalto el de duquesas linajudas, artistas célebres, rameras distinguidas y románticas menestralas; creíste que el de la zafiota labradora que vivía en tus dominios había de ser la plaza más fácil de rendir, y te has llevado chasco solemne. Tus retóricas de Tenorio, declamador eterno de la escena del sofá, no hacen mella en la dichosa ignorancia que defiende de tales artimañas el honor de Antonia. Para tus osadías de perpetuo triunfador, tiene su vigor hombruno, que no te permite vencerla por la fuerza. Ni la impresionan las lágrimas que te arrancan tu despecho y tu amor, que su pasión por Tomás la abroquela contra tales tiros. Retírate con tus laureles, desdichado. El alfabeto de que hablaba tu camarada de crímenes y lascivia quedará eternamente acéfalo. Antonia es el imposible. En el reloj de los tiempos ha sonado la hora del eclipse de tu vencedora estrella. ¡Pobre Vizconde! Ve, ve; cuenta á los postres de alguna cena orgiástica, con la lengua trabada por el vino, la historia de éste que tú soñaste triunfo y ha resultado derrota insig-

ne. ¡Desengáñate, infeliz! ¡Todo Napoleón tiene su Waterloo.—

De estas mentales traducciones sacó á Luis una pregunta que el sacerdote dirigió á Tomás, en la que vibraba el nombre de Antonia. El guarda contestó con un *sí* sonoro y firme, que atravesó el corazón del Vizconde como puñalada dirigida por certera mano. Volvióse el párroco á la novia, y le repitió la sacramental pregunta. Luis entonces, sin ser dueño de contenerse, cogió la mano izquierda de Antonia, y en voz baja, más bien adivinada que sentida, y en la que se escuchaba tremular el ansia del que se siente próximo á traspasar la fatídica puerta del dantesco infierno, pronunció su nombre. En aquella palabra, mejor que en el más extenso discurso, iban expresados todos los anhelos, las promesas, las esperanzas y los temores que desataban invernal borrasca en el corazón del Vizconde: mas el huracán que tronchara y arrasará pasiones menos firmes y honradas, como anémicos arbolillos sin savia y sin raíces, se estrelló furioso é impotente contra el honesto y arraigadísimo amor de la moza al guarda. El *sí* con que la enamorada labriega contestó á la interrogación del sacerdote, vibró como el *no* más rotundo en los oídos del Vizconde. ¡Cuán cierto es que las palabras tienen mil significados y acepciones no previstos por academia ninguna del orbe!

Terminó la ceremonia. Salieron, y se organizó á la puerta de la iglesia el regreso á Casa-Leal. Luis entregó las riendas del *Noble* á Tomás, y subió en el pescante de la jardinera al lado de Antonia. El burgalés cabalgó obediente y tranquilo en el abandonado bruto. ¡Qué regreso! ¡Qué suplicio para la nueva esposa, que, á la cabeza de la comitiva, iba pálida y acongojada, oyendo las apremiantes y abrasadoras frases del Vizconde! Como vale-

roso general que ve al enemigo en la trinchera defendida con no igualado ahinco y allí lucha á la desesperada, prefiriendo la muerte á la rendición, así el Vizconde, mientras subían por entre los oscuros pinos que, agitados por el viento, se inclinaban al paso del carruajillo, saludando con cariño á Antonia y con desprecio á Luis, depositaba en los oídos de su pareja todo el amor que inundaba su alma, todo el odio que le inspiraba Tomás, toda la amarga hiel que sorbiera durante la pasada ceremonia. Y una y mil veces, como estribillo de aquellas desesperadas estrofas, repetía la misma deshonrosa proposición, olvidado de todo, de la inoportunidad del momento, de la probabilidad del escándalo, de la actitud de congoja con que Antonia le oía. Detrás de la jardinera sonaban, acomadas y recias, las pisadas del caballo que montaba el guarda, y la pobre moza intentaba volverse y mirar á su marido, como buscando en sus ojos fuerzas, ánimo para resistir aquel suplicio, y no le era posible, porque el carruaje subía con el ímpetu y la violencia del rayo, hostigado el tronco por los fustazos con que el Vizconde abraza sus lomos, descargando en ellos la cólera que hervía en su pecho. No pensaba el Vizconde que era un crimen turbar en tal momento la felicidad de la muchacha. No veía que la presa se le escapaba de entre las ensangrentadas garras, la única vez que las había extendido para acariciar, y no, como de costumbre, para desgarrar y abandonar á la víctima. No quería comprender que si respetos sociales, conveniencias, rivales, habían sido vallas salvadas fácilmente por su incontrastable voluntad, la que la virtud de Antonia levantaba ante sus impúdicos deseos era férrea, resistente, imposible de franquear. Y con la terquedad de la desesperación luchaba en el último momento, sin querer declararse vencido.

Llegaron al fin á Casa-Leal, y el Vizconde, abandonando al feliz matrimonio y á su regocijado acompañamiento, corrió á refugiarse en su cuarto, y se arrojó vestido sobre el lecho, después de haber cerrado herméticamente las ventanas. Sólo la oscuridad podía ser la compañera de las tinieblas en que estaba sumido su espíritu. Y allí, en medio de la negrura de que se rodeó como de un manto en que envolver y ocultar al mundo su derrota, brotó consoladora la idea amiga, única capaz de llevar la tranquilidad á su alma. Al principio porfiada batalla se trabó entre la idea salvadora y otras cien, viejas moradoras en el cerebro del Vizconde, que, aunque muchas veces combatieran unas con otras como irreconciliables adversarias, uniéronse en apretada falange para destruir al enemigo común. Ellas habían reinado como monarcas absolutos en el ánimo del joven aristócrata, y la advenediza presentábase con bandera negra, retándolas á guerra sin cuartel. Mas, ¡ay!, tras encarnizada pelea, unas tras otras maltrechas y lastimadas, fueron abandonando el campo, y la idea nueva, dueña y señora ya del espíritu del Vizconde, comenzó á dictar sus implacables leyes. Era preciso llevar á la práctica las consoladoras teorías que le habían dado la victoria en el terreno psicológico. Resuelto á obedecer ya como un autómeta á la idea vencedora, alzóse el Vizconde y entreabrió las ventanas. Muchas horas habían pasado: la noche oscura cubría el cielo, como si al abrir Luis su cuarto las tinieblas encerradas en él hubieran invadido presurosas las alturas siderales.

Bajó la escalera, y á su pie tropezó con el tío Alfonso, que se preparaba á subir á ver si al señor se le ofrecía algo antes de retirarse.

—Nada (contestó el Vizconde con sonrisa de plácida

tranquilidad en los labios). Retírate, y que me espere un mozo, que voy á salir un rato.

—¿Tan tarde, señor?— exclamó admirado el buen viejo.

—No tengas cuidado (replicó Luis, dándole cariñoso abrazo). Por Casa-Leal no hay secuestradores.

—Llamaré á Tomás para que le acompañe.

—Ni á Tomás ni á nadie. (Y por los ojos de Luis cruzó un relámpago de iracunda tristeza.) Quiero ir solo.

—Bien, señor.

Y traspuesto el dintel del castillo, bien pronto se perdió el Vizconde entre las medrosas sombras que proyectaban los pinos.

La noche era apacible, pero oscura. Allá arriba titilaban media docena de luceros, asomando sus cabecitas de luz por entre los desgarros y jirones del manto de negras nubes de que se había vestido el cielo. Rodeados de tinieblas, susurraban los pinos su monótona canción nocturna, despeñándose, como siempre, vertiente abajo, en busca del cíclope de hierro que hacía tres días lanzaba á aquellas horas su grito de combate. Sobre esta suave armonía bordaba la naturaleza misteriosa overtura. Lanzaban los grillos sus penetrantes notas de flautín, las perdices su reclamo vibrador y enérgico como toque de corneta, los perros de las cercanas aldeas su aullido lúgubre y prolongado como lamento de litúrgico fagot, y los ruiseñores sus trinos, escalas y arpegios semejantes á los de la cuerda en clásico concierto. Mas en la hermosa sinfonía de aquella noche de verano, predominaba un tono triste y quejumbroso, como si con su no escrita música interpretara al modo wagneriano algún luctuoso suceso.

Luis bajaba sin vacilar por angostos senderos, pisando las primeras hojas secas que el verano naciente co-

menzaba á abrasar, oyendo cómo huían al percibir sus pasos las parejas de lascivas liebres, y se arrastraban las culebras como raíces movibles de los árboles. Su idea le llevaba como falderillo atado á elegante cordón de seda. Y descendiendo por el agria pendiente, pensaba el Vizconde en que los sucesos de un día bastan á llenar la historia de un hombre. Pocos antes subía él aquel montecillo de comedia, lleno de esperanzas, de ilusiones, de ensueños; el viento de la realidad los había barrido todos, y ahora bajaba desarmado, herido, sin fuerzas y sin alma. Así es la vida, y en los anales de aquellas breves horas se encerraba su más exacto símbolo. Era, pues, preciso completarlo. ¿Qué hay al fin de la vida? La idea, la cariñosa idea que infundía ánimos al desesperado Vizconde, enjugaba el sudor de su frente y detenía la imprecación blasfema de su boca. Siguiendo las tortuosas revueltas del sendero, vió brillar de pronto ante sus ojos dos amarillentas estrellas que lucían allá abajo, como precipitadas por catástrofe cósmica en un abismo. Eran los dos faroles reflectores colocados á la puerta de la estación de Benimeli. Luis apretó el paso, sintiendo los acicates con que la idea le aguijoneaba, hasta convertirlo en carrera, á la que le acompañaban los pinos, agitando desesperados sus brazos nudosos. Así llegó al linde de Casa-Leal, y allí se detuvo.

Ante él, tendidas é inmóviles, frías y rugosas, dos sierpes de hierro dormían, trazando negra línea en el suelo. El Vizconde dió un paso, y se colocó entre ambas, cruzando los brazos, de cara al Norte. Los desgarrones del nublado, remendados con pedazos de otras nubes, no dejaban ya paso á luz ninguna que de las alturas viniese. Pero, como si el aire estuviera iluminado por millones de átomos estelares, destacándose en aquel fondo de oro

como una pintura bizantina, vió pasar, como en el torbellino fantaseado por el vate florentino, la larga procesión de sus amadas, mirándole con expresión de desprecio y burla. La duquesita Juana, con su perezoso ceceo de niña mimada; Rosa, la modistilla, con su gracioso parloteo de gatita madrileña; Miss Ida, con su acento desdeñoso y frío, siempre el mismo; hasta en los momentos en que el deleite debía alterarlo; Giusseppina, con su apasionada expresión de artista y de napolitana, y cien y cien más, todas pasaban zumbonas, preguntando:

—¿Y Antonia?

¡Ah! Antonia venía al final de aquella fantástica teoría, mas no sola como las demás, sino en brazos del guarda, como Francisca en los de Pablo.

Cerró el Vizconde los ojos, mas los volvió á abrir en seguida. Dominando todos los armónicos rumores de la noche, y poniendo en fuga á aquel ejército de fantasmas, desgarraba el aire un silbido agudo y estridente. Las sierpes de hierro se estremecieron en su sueño. Luis sintió que la última oleada de angustia ascendía hasta su garganta, inundándole de suprema congoja. Escarbó animoso en las más íntimas profundidades de su alma, buscando un argumento, un afecto grande que oponer á la vencedora idea. Sólo halló uno, inmenso, avasallador: el amor de Antonia; y este era el único aliado con que la idea contaba dentro de su ser. ¿Creencias? No las había: el Vizconde no tuvo tiempo de pensar en cosa tan secundaria durante su turbulenta existencia. ¿Cariños? Sí: todos los que se compran con un billete de Banco y desaparecen del alma como nombres escritos en la arena de la playa. ¿Ambiciones? Ni aun podía, como Fausto, desear la juventud, que era una de las causas de su tormento. Sólo su pasión por la rústica labradora podía

ligarle á la vida, y, por el contrario, le empujaba tenaz y porfiada á que se dejara caer en los brazos de la idea que le atraía con atracción de abismo.

El grito del cíclope sonó más cerca. Apareció el monstruo. Venía con su ojo de fuego en medio de la frente y su casco empenachado de llamas. Las sierpes de hierro vibraron como sacudidas por eléctrico impulso. Pasaron breves momentos. Los pinos elevaron sus murmullos como alentando al campeón que había salido de su seno al combate con el temido atleta. Llegó por fin: pasó con su rugido de fiera, sus canciones de chulos que volvían de la fiesta taurómaca, su rasguear de españolas guitarras y su aliento incandescente, y dejó entre las dos sierpes deshecho, ensangrentado, como asqueroso guiñapo, el cuerpo del desdeñado Vizconde. En los labios de él se había cortado con la vida el nombre de Antonia.

LUIS CÁNOVAS.

NIÑERÍAS



Sr. D. Manuel Tolosa Latour.

RESPETABLE señor mío y amigo de papá: Tengo cinco años (funesta edad de amargos desengaños), no estoy mal desarrollado, digiero perfectamente, corro casi tanto como un cerdo á la carrera, he pasado la tos ferina y el sarampión, y me he descalabrado once veces: contusiones he tenido muchísimas, pero si no hay sangre, las padezco con valor. Sólo la vista del rojo licor vital me crispa y me aterra, sin saber por qué. Cuando caigo, lo primero que pregunto á los que acuden á levantarme, es: «¿Sangro? ¿sangro?»

En la parte moral no ando tan bien. Los animales no me excitan compasión alguna. Les tengo guerra declarada. No puedo ver un gato, una gallina, un cerdo ó un pato, sin agarrar instantáneamente una piedra y zampársela donde buenamente puedo. Mi padre dice, que viéndolos huir á la desbandada, conoce que estoy yo cerca, como se sabe viendo llegar los peces á la arena que no está lejos el tiburón. Y me riñe, y me predica; pero es

inútil. Me encuentro por ahora ocupado en afirmar mi individualidad frente al mundo exterior, en despegarme de él como quien dice. Cuando llegue el momento de afirmar mi identidad, hablaremos. Entonces, el dolor de todos los seres vivos repercutirá en mi ser, y me abstendré de molestarlos.

Pues no digo nada de la parte intelectual. La instrucción me horroriza, señor Doctor: no comprendo para qué sirve. Los libros los utilizo, cuando no me ve nadie, para cargar un carro que me construyó Próspero el carpintero, y conducirlos desde el despacho á la cocina. Si tienen estampas, suelo pasar un rato contemplándolas: nunca es largo, porque prefiero ir con el criado á llevar las vacas al abrevadero ú ordeñarlas, ó meterme en casa de los vecinos y esparcirles por el suelo todos los enseres, ó bien clavar puntas de París en el sofá de la sala. ¡Esto último sí que es placer, señor Doctor! No comprendo por qué papá se enfurece tanto al verme hacerlo! ¡Cómo comparar tal deleite con la deshonrosa ocupación de cantar durante una hora en el colegio *b a-ba, b e-be* y otros absurdos parecidos! Y luego, si esto lo hiciéramos corriendo ó saltando, menos malo; pero la Hermana San Sulpicio (no la de mi padre, otra, maestra de párvulos) se empeña en que nos hemos de estar sentaditos, inmóviles, como si nuestro cuerpecito estuviese hecho de yeso y no de sangre y nervios. No extrañará V., pues, Doctor, que aproveche cualquier motín ó manifestación popular en favor de tal ó cuál puerto, tal ó cuál reforma urbana, para gritar con toda la energía de mi alma: «¡Mueran las monjas!» Y no importa que mi padre me llame asno y odiosamente me compare con Juanito, el hijo de la vecina, que ya sabe de memoria la fábula de *La Lechera* y la del *Perro del*

Herrero y multiplica números enteros. Juanito será todo lo sabio que quieran, pero en cuanto le doy un empujón, viene al suelo como si fuera de paja. ¿Para qué le sirve entonces la sabiduría?

Como V. ve, mi estado intelectual no puede ser más miserable, aunque repito que no me pesa de ello. Pues, con todo, mi padre se empeña en que sea yo quien escriba el juicio de su libro *Niñerías*. Dice él que está por la educación espartana, esto es, por proporcionar al niño, á manera de aprendizaje, gran número de pruebas duras y desazones, á fin de que se vaya acostumbrando, y no le hieran tanto las que en el curso de la vida tendrá forzosamente que experimentar. Y en este supuesto, opina que nada es más adecuado que el ejercicio de la crítica para saber lo que son disgustos y criar callos, y que si los espartanos hubieran tenido la fortuna de conocer la crítica literaria, seguramente no harían correr á sus hijos desnudos por entre la maleza de los montes. Además, le oí decir que, titulándose el libro *Niñerías*, siendo V. el médico de niños más afamado que hay en Madrid, y sintiendo hacia ellos tal cariño y predilección, nadie le puede comprender mejor que un niño. Me parece que algún reparo pudiera ponerse á todo esto, fundándose en los principios de la razón y de la experiencia; pero respetemos la lógica paterna, esto es, respetemos la cartuchera en el cañón, quepa ó no quepa, y empuñemos la pluma para trazar en plana del número 2 algunas breves observaciones acerca de su notable libro.

Lo primero que me ha llamado la atención en él es la cubierta, una cubierta azul bastante bonita, donde hay un niño durmiendo y otro rezando en camisa, y una niña muy coquetona apoyada en un diván. Es linda esta niña. Si fuese amiga de V., tenga la amabilidad de decirle que

hay aquí un chico de circunstancias, que no tendría inconveniente en cantar y bailar con ella el *Á Atocha va una niña, carabí urí urá*. Hay también una cabecita muy mona, y un *bebé* con la paleta de un volante, y dos zagalillos que marchan cogidos de la cintura derechos á estrellarse en cuanto pongan el pie fuera de la cubierta. Mi padre dice que el fijarse en estos pormenores es indigno de un crítico; pero yo sé que hay críticos en Madrid que se fijan en si el libro tiene muchas ó pocas páginas, si los capítulos son largos ó cortos, ó si en las palabras que pronuncia una madre al ver espirante á su hijo se descubre algún galicismo. Ya ve V. que entre ellos y yo no hay gran diferencia. Después de haber pasado largo rato en contemplación extática de la cubierta, comencé á hojear el libro, y poco á poco lo fuí leyendo todo, con el auxilio del maestro del pueblo, el cual se fijó muy especialmente en que los títulos de los cuentos están escritos en letra de Iturzaeta. No se ría V., Doctor. El pobre tiene de sueldo cada año 750 pesetas para él sólo, y no se las pagan. De su lectura deduje que es V. un hombre, no sólo muy inteligente, sino muy sensible también. Oí decir á mi padre que él sólo respetaba en el mundo á los hombres de sentimiento. No me lo dijo á mí, porque conmigo no se digna hablar de cosas serias, sino á mi tío Leopoldo, estando de sobremesa. Y lo explicaba en términos metafísicos que yo no entendí, hablando de conocimiento fuera de razón, superior por tanto á ella, conocimiento directo del mundo por encima de las limitaciones del tiempo, del espacio y la causalidad. Después de barajar mucho estos nombres y disertar un rato, deducía que los únicos que saben algo del misterio que guarda el universo son los hombres de sentimiento, esto es, los artistas y los que aman mucho. En cuanto á los hombres de ciencia,

decía que no pueden saber otra cosa que relaciones de causa á efecto; y como las causas y los efectos son puras apariencias, según reconoce hoy hasta un Sr. Spencer muy materialista, resulta que la ciencia se consumirá vanamente buscando una explicación de la existencia, sus pasos son pasos dados en el infinito, y caminar por el infinito es lo mismo que estarse quieto. «¿Qué es, en resumen, lo que conoce un sabio? (concluía diciendo bastante excitado y metiéndole la cucharilla del café por los ojos á mi tío.) ¡Relaciones, relaciones, y siempre relaciones!» Yo creo que papá parodiaba un poco á Shakespeare en esta ocasión, pero hay que perdonarle, porque lo hacía en el seno de la familia.

No extrañará V., pues, que yo le respete más, después de leer su libro, que antes. Corre por todo él una vena de sentimiento deliciosa. Se conoce que tiene V. un corazón muy sano y piadoso, y que en él, como en un nido tibio, encuentran acogida todos los suspiros de angustia que se escapan de la humanidad doliente. Principalmente se fija V. en los dolores de los niños, y hace V. bien. Nosotros somos seres desvalidos, estamos á merced de todo el mundo; con nosotros se pueden cometer, y se cometen diariamente, toda clase de injusticias; se nos tortura sin compasión; se nos priva del necesario alimento; se flagelan nuestras tiernas carnes, y sólo cuando se nos mata ó se nos mutila interviene la ley. ¿Por qué? Sólo por una razón; porque somos débiles. Si todos los hombres fuesen racionales, comprendo el poder casi omnímodo que la sociedad concede á los padres. Desgraciadamente, los hombres cultos, los hombres sensibles, los que obran con arreglo á los principios de la razón y la justicia, se encuentran en pequeña minoría. La mayor parte obra sin discernimiento, por el humor ó capricho del momento,

por las preocupaciones y supersticiones que invaden su espíritu, cuando no por nativos instintos de fiereza y barbarie. V. sabe bien, señor Doctor, porque ha pensado mucho en estas cosas, que la mayor parte de los padres no les llevan gran ventaja á los hijos en materia de razón, y que en algunos casos, cuando el niño ha nacido con talento, les son inferiores. ¿Por qué, pues, la sociedad nos deja enteramente á merced de ellos? Se contesta: porque nos quieren. En primer lugar, los grados del cariño son muchos, dependen de la naturaleza más ó menos sensible del padre. Cuando á éste no le dotó Dios de un corazón tierno, su cariño á los hijos es débil, insuficiente, y se parece mucho al vago instinto de protección de los animales, que desaparece en cuanto se pone en conflicto con sus apetitos. Después, puede un padre querer á sus hijos, y no obstante, por tener la cabeza llena de majaderías, atormentarlos con exigencias ridículas. La inmensa mayoría exige á sus hijos cosas contrarias á su naturaleza, v. gr., que se estén quietos, poseyendo un temperamento nervioso y necesitando la movilidad para el desarrollo; que sean previsores, que no tropiecen, que no apetezcan los dulces, cuando la naturaleza reclama el azúcar para el crecimiento de los huesos; que sean más aficionados al estudio que á divertirse, etc., etc., todas cosas imposibles. Y cuando no realizan lo que ellos quieren, y sí la eterna voluntad que palpita en el fondo de su naturaleza, los castigan y los torturan. Un padre azota á su hijo porque rompe el jarro yendo á la fuente, lo cual es un acto involuntario, un suceso fortuito. ¿Le azotan á él cuando va á la taberna, y se gasta el jornal de la semana y le deja sin pan, lo mismo que á su madre y á sus hermanos? ¡Ah, señor Doctor! ¡cuánta escena horrible de brutalidad y barbarie me toca presenciar ahora que me

han traído á recrearme unos días en un estrecho vallecito de la cordillera Cantábrica! ¡Cómo se reirán los hombres de los siglos venideros de nuestra cacareada civilización! Yo no puedo convencerme de que el progreso consista en procurarse necesidades para satisfacerlas con más ó menos trabajo. La necesidad es deficiencia, es dolor. Lo mismo da que el hombre necesite un hacha de pedernal ó una flecha, que un cronómetro Losada ó un carruaje de doble suspensión. El dolor es el mismo. La civilización en este sentido no hace al género humano más feliz. Los deseos no tienen término, y cada deseo representa un padecimiento. Sólo existe un progreso real; el que los hombres se amen unos á otros. Aquí existe verdadera y asequible finalidad. Cristo la reveló para salvar al mundo del dolor que constituye su esencia. Los hombres buscan la felicidad donde no existe, y se niegan á tomar la que tienen al alcance de la mano.

Observo que me elevo un poco. Cortaremos el vuelo, porque los amigos, si lo leen, van á llamarme *farol de retreta*, como á Juanito, el chico de la vecina. Digo, pues, señor Doctor, que V. y los hombres como V. son los únicos dignos de ser padres, porque saben respetar, dentro de nuestra débil naturaleza, la voluntad divina, que se manifiesta con más espontaneidad que en los hombres; porque saben extraer de nuestra inocencia y delicada sensibilidad, de nuestros vagos atisbos, de nuestra risa y de nuestra cólera, el jugo de la belleza. Bien se echa de ver en todas las páginas de su libro que los niños no somos para V., como para otros médicos, *anima vile*, sino alma muy digna de ser estudiada y respetada. Dios se lo premie. También advierto que en casi todos los artículos que componen la obra se desliza el recuerdo de su madre. Es el tema delicadísimo que se repite á cada paso

con variantes en la hermosa sinfonía que V. ha escrito. Yo creo que á este tema se debe el ambiente de hermosura y melancolía que trasciende de ella. ¡El amor de una madre! Yo no he conocido á la mía ; yo no la he llorado. Compádecame V., señor Doctor, ¡yo no he llorado á mi madre!; pero sobre mi rostro infantil han caído ya tantas y tantas lágrimas vertidas por otra persona, que me han dado una idea de lo que era. Confío en Dios en que algún día esta idea será más clara y podré llorarla como merece. V. me ayudará á formarla, porque ya sé que ha sido uno de los pocos que han ido á despedirla cuando se fué al cielo.

No sólo tiene *Niñerías* el mérito de ser un libro sentido (aquí donde tan pocos se escriben de este modo), sino que en él se revela V. como un verdadero artista, poseyendo todas las dotes esenciales y nativas que lo constituyen, unidas á las que se adquieren con el estudio y la observación. Hay cuentecitos, ó llámense esbozos ó bocetos, como el titulado *El traje de majo*, que parecen escritos por un consumado novelista. Y este es el mayor elogio que le puedo hacer, ilustre Doctor, pues para mí, quien dice novelista, dice el ser más admirable que se puede pensar. Verdad que soy parte interesada, por tener un próximo pariente del oficio. Tan bien me parece ese bocetito, que estoy en la persuasión de que el señor que le pone á V. el prólogo, amigo de papá, no se desdeñaría de firmarlo. Tiene V. asimismo, como los buenos novelistas, soltura y naturalidad en el lenguaje, despreciando con razón los afeites y retoques que lo afeinan, lo mismo que ese saborete arcaico tan fácil de dar, con que algunos aspiran á ocultar lo desgraciado y ramplón de su pensamiento. Por tenerlo todo, hasta tiene V. de los novelistas algunos de sus defectos, entre ellos el del *efectismo*. Para producir efecto, exagera V. algunas

veces la realidad, como en el primer cuento, titulado *La Noche-buena de un médico*. Hay aquí una madre completamente inverosímil, no por la perversidad, pues las hay más perversas, sino porque en la posición que ocupa no le era dable manifestarla de esa forma. No hay señora que dé un baile la noche en que se le hace la *traqueotomía* á su hijo, aunque sea tan monstruosamente infame que tuviese ganas de darlo. Perdone V., señor Doctor, que le haga este reparo; pero mi padre, al entregarme la pluma, me mandó ser verídico y sincero. Espero que V. no me la guardará para cuando caiga enfermo, y no me recetará medicinas amargas en castigo de mi osadía. Esto del efectismo es cosa que tiene papá entre ceja y ceja. Me parece que llegó ya á ser en él una manía.

Mejor que este cuento me parece el titulado *La gota de cloroformo*. Bien se conoce que aquello está visto y.... casi sentido. Y es tanto más interesante, cuanto que tiene una absoluta novedad. Hasta ahora no creo que se haya visto un médico novelista, y los médicos son los únicos que pueden iniciarnos en ciertos misterios de la realidad patológica. Un mundo que le queda por explorar al arte: el hombre enfermo. Algo se intenta por los novelistas franceses; pero les falta un verdadero y concienzudo estudio, y, sobre todo, la larga y amplia experiencia que sólo puede poseer un médico. Además, se les ve reducidos á estudiar la *neurosis*, cuando todas las demás enfermedades pueden ser igualmente materia de emoción estética. V., que reúne dichosamente en su persona la naturaleza del médico y la del novelista, puede mejor que nadie penetrar en ese mundo y mostrarnos sus maravillas; V. es el que en España puede convertir la *pathología* en *pathografía*. En el titulado *Mi despacho* resplandece un ardiente y sincero amor á la naturaleza dicha inanima-

da, aunque diste mucho de serlo. Es una preciosa página descriptiva, que produce el mismo efecto dulce y sedante que á V. le ha producido aquel fresco rincón de La Aliseda. El artículo bibliográfico acerca del *Cuore* de Amicis es muy notable, y en él expresa V. con valentía ideas tan justas como elevadas. El titulado *Al pie de la cuna* es una página que no puede leerse sin profunda emoción. Y aquí le diré que es V. más afortunado, como todos los verdaderos artistas, cuando expresa sencilla y directamente la belleza que palpita en la realidad, que cuando se lanza en pos de fantasmas. El corto relato que lleva por título *Corazón de oro* es tan delicado, tan tierno, tan hondo por la emoción y tan sencillo por la forma, que en español no habrá mucho que le supere en este género. ¡Ay, señor Doctor!; aunque lo ponga en boca de su maestro, á V. tuvo que pasarle algo parecido.

En resumen: su nuevo libro es primoroso como obra literaria, pero tiene otro aspecto que yo considero superior: es una descarga de vivos y certeros mandobles contra el egoísmo y la maldad, contra la injusticia y la barbarie. Con unos cuantos soldados tan bravos como V., pronto terminaría en el mundo el poder de las tinieblas. Permítame V. que me entusiasme al verle combatir por el mismo principio que en forma de lema desea mi padre que graben sobre su tumba: *El arte y la justicia; pero antes la justicia.*

ARMANDO PALACIO PRENDES.

LAVIANA, 20 de Agosto de 1889.

P. D. Querido Manolo: Acabo de leer con enorme

trabajo las planas en que mi hijo escribe el juicio de tu libro *Niñerías*. Lo encuentro deficiente, vago, irrespetuoso para ti y para mí en ocasiones, y seco. Sin embargo, me parece que en conjunto ha interpretado mi opinión. No podía ser de otro modo, pues me ha oído hablar mucho de él.

Un beso del *petit Saint-Beuve* y un abrazo de tu leal amigo

A. PALACIO VALDÉS.

TABARÉ

A D. Luis Alfonso.

Mi distinguido amigo: No puede V. figurarse cuán grande es mi gratitud á V. por las generosas alabanzas que ha dado á mis *Cartas Americanas*. Y, si bien yo soy algo egoísta, como cada hijo de vecino, no se lo agradezco tanto porque alabándome aumenta V. mi crédito de escritor, cuanto porque une V. sus esfuerzos á los míos en un trabajo que considero utilísimo.

España y las que fueron sus colonias en América, convertidas hoy en diez y seis Repúblicas independientes, deben conservar una superior unidad, aun rotos los lazos políticos que las ligaban. El importante papel que España ha hecho en la Historia del mundo, sobre todo desde que su nacionalidad apareció plenamente á fines del siglo xv, imprime á cuanto proviene de España, por sangre, lengua, costumbres y leyes, un sello exclusivo y característico que no debe borrarse.

Dicen que yo soy muy escéptico; pero creo en multi-

tud de cosas en que los que pasan por creyentes no creen; y entre otras creo (por manera vaga y confusa, es verdad) en los espíritus colectivos. Mi fantasía transforma en realidad sustantiva lo que se llama el genio de un pueblo ó de una raza. Lo que es figura retórica para la generalidad de los hombres, para mí es ser viviente. Y al incurrir en tan atrevida prosopopeya, no me parece que incurro en paganismo ni en hegelianismo. ¿Acaso no cabe mi suposición dentro del pensar cristiano? ¿No consta del Apocalipsis que tenían sendos ángeles tutelares las siete iglesias del Asia? ¿No es piadosa creencia la de que cada individuo tiene su ángel custodio? Pues entonces, ¿por qué no ha de tener cada pueblo y cada raza un ángel custodio de más alta categoría y trascendencia, que ordene las acciones de los hombres todos que á dicha raza pertenecen, en prescrita dirección y cierto sentido, para que formen, dentro de la obra total de la humanidad entera, una peculiar cultura? Ésta, combinándose con el producto mental de otras grandes razas y nacionalidades, constituye la civilización humana, varia y una en su riqueza, la cual, desde hace más de dos mil años, cinco ó seis predestinados pueblos de Europa han tenido y tienen la misión de crear y de difundir por el mundo.

Mi razonamiento, y le llamo mío, no porque no le hayan hecho otras personas, sino porque yo le hago ahora, me induce y mueve, sin el menor escrúpulo de que alguien me acuse de herejía, á dar adoración y culto al genio, ó, si se quiere, al ángel custodio de la gente española. Así es que yo, si bien deploro que aquel grande Imperio de España y sus Indias se desbaratase, todavía absuelvo á los insurgentes que se rebelaron contra el señor rey D. Fernando VII y acabaron por triunfar de él y substraerse á su dominio; pero no absuelvo, ni absolveré

nunca á los insurgentes contra el genio de España, y ora se rebelen en Ultramar, ora en nuestra misma Península, los tendré por rebeldes sacrílegos, y lanzaré contra ellos mil excomuniones y anatemas.

Disuelto ya el Imperio, no hay más recurso que resignarse; pero no debe disolverse, ni se disuelve, la iglesia, la comunidad, la cofradía, ó como quiera llamarse, que venera y da culto al Genio único que la guía y que la inspira. Todos debemos ser fieles y devotos á este Genio. Yo, además, me he atrevido á constituirme, al escribir las *Cartas Americanas*, en uno de sus predicadores y misioneros. ¡Ojalá se me perdone el atrevimiento en gracia del fervor que le da vida en mi alma!

Sea por lo que sea, pues no es del caso entrar aquí en tales honduras, la madre España, desde hace más de dos siglos, ha decaído, no sólo en poder político, sino en aquel otro poder de pensamiento que se impone á los espíritus y domina en el mundo de la inteligencia. Francia, Inglaterra y Alemania, son ahora reinas y señoras en esto, así como en las cosas materiales. De aquí algo como un vasallaje intelectual en que nos tienen. Van delante de nosotros por el camino del progreso, y como en la ciencia positiva y exacta no hay más que un camino, tenemos que seguir las huellas de dichas naciones. Esto ni puedo ni quiero negarlo yo. Ni negaré tampoco que, en todo lo que es *ciencia inexacta*, deslumbrados nosotros por los adelantamientos reales de los extranjeros, también solemos seguirlos ciegamente, y aceptar y aun exagerar sus sistemas, sofismas y especulaciones, los cuales acostumbra ellos á forjar con más primor, con más arte, y, sobre todo, con mayor autoridad, gracias al descaro, á la frescura y al aplomo soberbio que les presta la confianza de ser más atendidos por pertenecer á nación do-

minadora ó preponderante en el día. Parece, pues, inevitable y fatal que, desde hace dos siglos, nos mostremos como discípulos, como imitadores de los extranjeros, en teorías y doctrinas políticas y filosóficas. Las modas de todo esto vienen de París, como las modas de trajes, de muebles y de guisos.

Entretanto, el Genio de nuestra raza, ¿duerme, nos abandona ó qué hace? Aunque renegamos bastante de él, aunque olvidamos ó desdeñamos por anticuado y absurdo lo que nos inspiró en otras edades, yo entiendo que nos asiste y nos inspira aún, especialmente en todo aquello menos sujeto á progreso ó en que no se progresa; en todo aquello que flota, ó, más bien, vuela independiente y con plena libertad sobre el río impetuoso por donde van navegando los espíritus humanos.

Es cierto que cuando nos hemos puesto á filosofar en sentido racionalista, ya hemos sido volterianos, ya secuaces de Condillac, ya de Cousin, ya de algún alemán en Alemania apenas estimado; ya de Kant, ya de Hegel, ya de Renouvier, ya de Comte y Littré. Es cierto que, cuando no hemos politiqueado por rutina ó pasión, sin ser los principios más que vanos pretextos, hemos tomado los guías más extraños. Los conservadores, por ejemplo, á un protestante infatuado y seco, que nos despreciaba hasta el extremo de creer que se podía explicar la historia de la civilización de Europa haciendo caso omiso de España; los ultra-conservadores ultra-católicos, á los sensualistas elocuentemente desatinados De Maistre y Bonald; y en esto han llegado á tal delirio nuestros entusiasmos y nuestro afán de ser arrendajos, que yo doy por seguro, y creo no equivocarme, que si Proudhon no se hubiera mostrado federalista en uno de sus libros, tal vez por odio y celos de francés á la unidad italiana, y si

en España no hubiera habido un escritor y orador de valer y aficionadísimo á Proudhon, jamás en España le hubiera pasado á nadie por la cabeza que nos trocásemos en República federal, rompiendo la unidad nacional á tanta costa y después de tantos siglos apenas lograda.

Pero es más: tal es ó ha sido el descuido, el olvido ó la corta estimación de nosotros mismos por nuestro propio pensamiento, que para volver á ser escolásticos en la patria del Doctor Eximio, de Victoria, de Melchor Cano y de Domingo de Soto, ha sido menester que nos impulsen Kleutgen, Van Wëdingen, Liberatore, Prisco y otros tudescos, belgas é italianos.

Hasta en literatura, en lo que tiene de preceptivo, crítico y teórico, hemos recibido el impulso de fuera: hemos sido clásicos á la francesa desde Luzán; y luego románticos, porque el romanticismo vino de París; y luego naturalistas para remedar á Daudet y á Zola.

Por dicha, en medio de este vasallaje, se nota ya, desde hace años, cierto prurito de emancipación. Nuestro espíritu va como barco llevado á remolque, en el mar ó río del progreso; pero ya se siente agitado por el potente soplo del Genio de la raza, que tira á romper la cadena de los que nos van remolcando, y á dejarnos sueltos para que naveguemos por nuestra cuenta y riesgo.

Traigo aquí todo esto para rectificar varias sentencias que me atribuyen, sin motivo, los pocos periódicos franceses y anglo-americanos que han hablado de mis *Cartas*. Ni yo desconozco todo el valer de la ciencia y del ingenio de Francia, ni propendo con astucia diplomática, como cree la *Revue Britannique*, á separar á los hispano-americanos de la alianza intelectual francesa, ni los acuso de imitadores de todo lo francés, como si nosotros no lo fuésemos, y como si ellos en tal imitación no nos imitasen.

De este lado y del otro del Atlántico, veo y confieso, en la gente de lengua española, nuestra dependencia de lo francés, y, hasta cierto punto, la creo ineludible; pero ni yo rebajo el mérito de la ciencia y de la poesía en Francia para que sacudamos su yugo, ni quiero, para que lleguemos á ser independientes, que nos aislemos y no aceptemos la influencia justa que los pueblos civilizados deben ejercer unos sobre otros.

Lo que yo sostengo es que nuestra admiración no debe ser ciega, ni nuestra imitación sin crítica, y que conviene tomar lo que tomemos con discernimiento y prudencia. Y sostengo además que, en Francia y en otros países, los que prestan hoy alguna atención á nuestra literatura contemporánea, la consideran más de reflejo de lo que es, y apenas nos conceden ya otra originalidad que la grotesca y villana de lo chulo y lo majo. Piensan en España, y sólo ven, en lo pasado, autos de fe y hervidero de frailes; y en lo presente, toros, navajas y castañuelas. Lo restante es francés todo.

Mi protesta es contra esto. Á pesar de la ineludible imitación, existe hoy, y ha existido siempre, en nuestra literatura, un fondo de originalidad grandísimo, el cual ha dado y da razón de sí y luz brillante en la poesía.

Vea V. por qué me ha desazonado tanto la declaración de Clarín, de que en España no hay ahora sino 2,50 poetas. ¿Qué nos queda, si la poesía se nos quita?

Para consolarme, me explico dicha declaración de cierto modo, y entonces todo va bien. Para Clarín, el concepto de poeta es tan ideal y tan alto, que sólo dos españoles llegan hoy á él, y otro á la mitad de su idealidad y de su altura. Entendido así el negocio, no hay de qué quejarse en absoluto. Y si en lo relativo caben quejas, quien menos debiera darlas, con perdón sea dicho, es

Manuel del Palacio ; pues, poniendo aparte á Zorrilla, y sin calificar de ceros en poesía, y concediendo siquiera el valor de céntimos á Tamayo, Ferrari, Velarde, Rubí, Verdaguer, Alarcón, Fernández-Guerra, Teodoro Llorente, Miguel de los Santos Álvarez, Querol, Cañete, Narciso Campillo, Grilo, Correa, Cabestany, Echegaray, Menéndez y Pelayo, Molins, Cánovas, Cheste y otros, resulta que Clarín ensalza á Manuel del Palacio por cima de todos los citados señores, y le da cincuenta veces más valer que á cualquiera de ellos. Y como entre ellos no hay ninguno que pase por tonto, ni que no haya mostrado habilidad en otros asuntos en que se ha empleado, de presumir es que la ha mostrado también en la poesía, á no ser que sea la poesía tan sobrenatural y tan sublime, que sólo la alcancen dos, y uno medio la alcance.

Infiero yo de aquí, no diré contra el sustancial pensamiento de Clarín, sino contra los términos en que le expresa, que en España hay ahora muchos poetas ; que nuestra poesía de hoy importa más que nuestra filosofía y que nuestras ciencias naturales, matemáticas, históricas y políticas ; y que, tomando, no un momento solo, sino un período extenso, el siglo XIX, España no compite ni rivaliza por sus filósofos, sabios, historiadores, etc., pero sí compite y rivaliza por sus poetas, con Francia, Alemania, Inglaterra é Italia.

Hay, pues, en España abundancia de poetas que, lleguen adonde lleguen en el *poetámetro*, ó instrumento para medir poetas, que ha de tener Clarín, no quedan por bajo del nivel de los que en tierras extrañas se califican de buenos ; y algunos hay, pongo por caso Quintana, que bien pueden codearse con Chénier, con Manzoni, y con los más altos líricos ingleses, sin deberles nada, ni haberlos imitado, ni conocido acaso.

Lo que sí nos falta es público : lectores entusiastas. La plebe intelectual no lee, ó lee poco : le estorba lo negro, como se dice hablando con llaneza ; y nuestros doctos padecen bastante de desconfianza en nuestro valer y de cierto desdén á lo español, de que nos han inficionado los extranjeros.

En esta situación de los espíritus, es harto difícil mi empresa de agradar, interesar y persuadir con las *Cartas Americanas*. ¿Cómo va á creer quien apenas cree que hay algo bueno en Madrid, ó en Barcelona, que lo hay en Valparaíso, en Bogotá ó en Montevideo? Y ¿cómo, á no ser un santo, sin chispa de emulación, no se ha de afligir un poco el poeta de por aquí, á quien tal vez nadie hace caso, y á quien Clarín no calificaría de céntimo de poeta, de que yo importe tanto género similar ultramarino, que llegue á secuestrar la escasa atención y aprecio que pudieran concederle?

Á pesar de estos inconvenientes, como yo soy testarudo, he de proseguir en mi tarea. Y todo este preámbulo es para prevenir á V. favorablemente y darle á conocer á un poeta rioplatense, llamado Juan Zorrilla de San Martín, á quien, en mi sentir, no ha de tener en menos su tocayo español, nuestro laureado Zorrilla ; y así, si empezamos por poner á éste, añadimos á Campoamor y á Núñez de Arce, y, adoptando la severidad de Clarín, contamos por medio-poeta al Zorrilla montevideano, sumándole con Manuel del Palacio, para componer otro entero, tendremos en todas las Españas cuatro poetas vivos y sincrónicos, lo cual se puede entender de suerte que sea muchísimo, cuando, por ejemplo, en Italia se habla con orgullo de *los cuatro poetas*, no contando más en la prolongación de una historia de seis siglos.

Pero dejemos bromas á un lado; desechemos las me-

didadas arbitrarias y las siempre odiosas y con frecuencia injustas comparaciones. Hablando con seriedad, y en absoluto, yo no digo que es, porque no reparto diplomas, pero digo que me parece Juan Zorrilla un excelente poeta; muy original, muy español y muy americano.

La obra que me induce á pensar así, se titula *Tabaré*. Es un extenso poema, leyenda ó novela en verso.

El autor me ha enviado de presente un ejemplar, por el que le doy encarecidas gracias.

Antes de hablar del contenido del libro, conviene decir de su parte material que nos inspira envidia. En la Península ibérica jamás poeta alguno se ha visto mejor impreso, ni tan lujosamente, ni con tan buen gusto. *Tabaré* es un hermoso volumen de 300 páginas, excelente papel, impresión clara y limpia, y lindo retrato del poeta grabado en acero.—Fecha: Montevideo, Barreiro y Ramos, editor, 1888.

Hablemos ya del poema. Tiempo es, dirá V., después de tan larga disertación preliminar. Y, sin embargo, todavía lo preliminar no ha concluido. *Tabaré* es muy americano, y yo quiero decir algo del americanismo en poesía.

Empeñarse en buscar un sello especial y exclusivo que distinga una obra poética escrita en América, sería absurdo. Este sello, ó acude sin que le busquen, ó no acude. En esta ocasión ha acudido, y con omnímada plenitud. Quiero significar que *Tabaré* parece inspirado por el medio ambiente, por la naturaleza magnífica de la América del Sur, y por sentimientos, pasiones y formas de pensar, que no son sencillamente españoles, sino que, á más de serlo, se combinan con el sentir, el discurrir y el imaginar del indio bravo, concebidos, no ya por mera observación externa, sino por atavismo del sentido íntimo y por introversión en su profundidad, donde quien sabe

penetrar lo suficiente, ya descubre al ángel, aunque él esté empecatado, ya descubre á la alimaña montaraz, aunque él sea suave y culto. Ello es que en *Tabaré* se siente y se conoce que los salvajes son de verdad, y no de convención y amañados ó contrahechos, como, por ejemplo, en *Atala*.

Prescindiendo de novelas como las de Cooper, y de descripciones en prosa, en libros científicos y en relaciones de viajes, yo creía que, en poesía versificada, concisa por fuerza y en que no caben menudencias analíticas, los brasileños tenían hasta ahora la primacía en sentir y en expresar la hermosura y la grandeza de las escenas naturales del Nuevo Mundo. Leído *Tabaré*, me parece que Juan Zorrilla compite con ellos y los vence.

No hay en *Tabaré* las reminiscencias clásicas que en las epopeyas *El Uruguay* y *Carumurú*, y todo está sentido con más originalidad y hondura y más tomado del natural inmediatamente. Carece acaso Juan Zorrilla del saber de Araujo Porto-Alegre, ó, si no carece, tiene la sobriedad y el buen gusto de no mostrar que sabe, tan al pormenor y tan por experiencia y por ciencia, los objetos que le rodean: las piedras, las plantas y los animales; pero no nos abruma, como Araujo Porto-Alegre, aun cuando más le admiramos, ó sea en *La destrucción de las florestas*, con tan rica enumeración descriptiva. El poema de Juan Zorrilla no es descriptivo: es acción, y muy interesante y conmovedora, por donde sus rápidas descripciones, que son el cuadro en que resaltan las figuras humanas, agradan y hieren más la imaginación, aunque sean esfumadas y vagas y queden en segundo término. Al poeta brasileño á quien más se parece Juan Zorrilla es á Gonsalves Días.

En la forma poética, Juan Zorrilla es de la escuela de

Becquer, al cual, en ambos Mundos, y por dondequiera que suena ó se escribe la lengua de Cervantes, no se le ha de negar la gloria de haber creado escuela. No es fácil de explicar en qué consiste la manera *becqueriana*; pero, sin explicarlo, se comprende y se nota dónde la hay. Las asonancias del romance aplicadas á versos endecasílabos y eptasílabos alternados; la acumulación de símiles para representar la misma idea por varios lados y aspectos; una sencillez graciosa, que degenera á veces en prosaísmo y en desaliñado abandono, pero que da á la elegancia lírica el carácter popular del romance y aun de la copla; el arte ó el acierto feliz de decir las cosas con tono sentencioso de revelación y misterio, y cierta vaguedad aérea, que no ata ni fija el pensamiento del lector en un punto concreto, sino que le deja libre y le sollevanta y espolea para que busque lo inefable, y aun se figure que lo columbra ó lo oye á lo lejos en el eco remoto de la misma poesía que lee; de todo esto hay en Becquer, y de todo esto hay en Juan Zorrilla también.

Lo nuevo en Juan Zorrilla es que, con ser su *Tabaré* una narración, en parte de ella, en la primera sobre todo, narra y casi no narra. Parece el poema bella serie de poesías líricas, en las cuales la acción se va desenvolviendo. Cuando los personajes hablan, queda en duda si son ellos los que hablan ó si habla el poeta, en cuyo espíritu se reflejan con nitidez los sentimientos y las ideas que tienen los personajes de modo confuso, como quien no vuelve sobre su espíritu y le examina y analiza.

Esta manera de poetizar se adapta muy bien al asunto de *Tabaré*. Tratado en prosa, dicho asunto daría lugar á un sutil análisis psicológico; tratado en verso, y como Juan Zorrilla le trata, su poesía, que no analiza ni discurre, porque no sería poesía si tal hiciera, ó sería poesía

muy pesada, sobreexcita é inspira al lector para que él mismo haga los discursos y los análisis.

El argumento de la obra cabe en muy breve resumen. El tremendo cacique Caracé, allá en la época de la conquista, roba á una noble y gallarda doncella española, y la hace madre. La desventurada, á pesar del amor á su hijo, no resiste la situación horrorosa en que se halla, la abyecta servidumbre en que ha caído, y las inclemencias de la vida selvática, y muere pronto, dejando huérfano al mestizo. Este mestizo es Tabaré, héroe de la leyenda. Por sus venas corre mezclada la sangre del indio bravo, de la raza más feroz, más indómita, más despreciadora de la vida y más rebelde á toda civilización, con la sangre europea, donde van infundidos los refinamientos de una educación de dos mil años, transmitida por herencia: las virtualidades, gérmenes y aptitudes que, desenvueltos luego y llegados á su plenitud y madurez en el adulto, le hacen señor de la tierra, capaz de los más altos ideales y digno de alcanzarlos.

El poeta nos quiere pintar en su poema la desaparición irremediable de una raza, cuyo salvajismo enérgico, á par que la inhabilita para la vida civilizada, presta á su heroica lucha y á su final hundimiento el aspecto más trágico, excitando la admiración y la piedad. Esta raza es la de los *charrúas*, que combatieron fieramente contra los españoles hasta que no quedó un charrúa.

Tabaré es de esta raza, pero también es español: lleva en las venas, por misterio inexplicable, la civilización de Europa; inconsciente levadura ó fermento, que hierve y agita su organismo; savia que le remueve todo, sin acabar de brotar en flores y en frutos.

Tabaré quedó sin madre desde muy niño. No sabe nada; y, por lo aprendido, es tan salvaje como los demás

charrúas, mientras que, por lo no aprendido, por lo no formulado, ni hecho distinto y claro por virtud reveladora de la palabra, lleva en sí todos los elementos difusos é informes de las ideas y de los sentimientos más delicados y hermosos.

No entremos aquí á defender ni á refutar esta teoría de la transmisión hereditaria. Yo me limito á decir que ha de tener mucho de cierta, á mi ver, hasta donde no destruye la libertad y la responsabilidad humanas. No hay religión que no la acepte, admitiendo merecimientos y pecados originales. El vulgo la afirma con frecuencia en sus proverbios. La ciencia experimental del día va quizá más allá de lo justo en sostenerla, cayendo en determinismo y en fatalismo.

Como quiera que sea, pues no nos incumbe dilucidar la verdad científica del alma de *Tabaré*, el valor estético de la creación es grande, y el arte y el ingenio que se requieren para dar forma, vida y movimiento á esta creación, tienen que ser poco comunes.

Juan Zorrilla posee este arte y este ingenio. Ni el poeta penetra en lo profundo del alma de *Tabaré*, y se pone á analizarla, como haría un novelista psicólogo; ni *Tabaré* habla ni se explica á sí mismo, lo cual sería inverosímil. Y, no obstante, el lirismo de Juan Zorrilla, como un ensalmo, como un conjuro mágico, evoca el espíritu de *Tabaré*, y nos le deja ver claramente, en su vida interior, en el móvil oculto de sus acciones, en sus afectos, en su vago pensar y en su complicada naturaleza.

En la confluencia de los ríos San Salvador y Uruguay han fundado los españoles una aldea, fortaleza ó puesto avanzado. D. Gonzálo de Orgaz es el joven capitán de los valientes que mantienen allí la bandera de Es-

paña. D. Gonzalo, á pesar del peligro del puesto, tiene consigo á su esposa Doña Luz, y á Blanca, su linda hermana.

De vuelta D. Gonzalo de una excursión guerrera, trae á varios prisioneros charrúas. Entre ellos viene Tabaré. Tabaré ve á Blanca. Las raras emociones que al verla agitan su pecho están descritas con tal sutileza, con arte tan delicado, que se comprende y se admira su vaga intensidad. Su idealismo parece real, naturalista y vívido. Se diría que todo el elemento materno de hombre civilizado que había en el espíritu de Tabaré, surge, á la vista de Blanca, desde el tenebroso fondo de su ser de salvaje. Es sentimiento sin nombre, arrobó indefinible, recuerdo confuso de allá de la infancia, cuando su madre vivía y le llevaba en sus brazos. Todo esto no lo dice el indio, porque sería falso que se entendiese él por reflexión; y que se explicase la devoción, la pureza, la limpia castidad, el religioso acatamiento y la admiración que Blanca le inspira. Todo esto no lo dice el poeta tampoco, como si el héroe, mudo ó incapaz de explicarse, tuviese intérprete y comentador constante que le fuese traduciendo y glosando. Y todo esto, sin embargo, se ve y resulta de la poesía de Juan Zorrilla, por dificultad vencida y por arte pasmoso, que le dan, en mi sentir, extraordinario mérito y novedad inaudita. Es la más alambicada metafísica de amor puesta en cifra, y por instinto, en el estilo de los salvajes, y puesta con tal claridad, que la comprende el hombre civilizado capaz de comprenderla. No parece sino que el poeta guardaba en ánfora sellada el antiguo elíxir amoroso con que se embriagaba Petrarca, y que, depurado por los siglos, le derrama en las selvas primitivas y entre las breñas y malezas, embalsamando el aire del recién descubierto país uruguayo.

Tabaré, que está enfermo, infunde piedad y simpatía á Blanca y al P. Esteban,

«Encarnación de aquellos misioneros
Que del reguero de su sangre hacían
La primer senda en medio del desierto,
Y marcaban el sitio
Hasta el cual penetraba el Evangelio,
Con el cadáver solo y mutilado
De algún mártir sin nombre y sin recuerdo.»

Por intercesión del misionero y de Blanca, Tabaré queda libre, bajo su palabra de no fugarse de la colonia.

Como Tabaré anda melancólico y ensimismado, excita más la piedad y el interés de Blanca, que le habla á veces. Si responde el indio, rompiendo su obstinado silencio, ó si el poeta responde por él, interpretando su mirada y sus ademanes, queda en esfumada indeterminación lírica. Á la verdad que lo que dice el indio es el sentir y el pensar del indio; pero apenas se concibe que el indio pudiera expresarlo. El encanto de la poesía vence esta dificultad, y aun saca de ella más hermosura.

Blanca habló á *Tabaré*.

«Él se detuvo, sin alzar la frente,
Cual llamado á lo lejos;
Cual si la voz tardara largo espacio
En ir desde el oído al pensamiento,
Quedó fijo; temblaba como el arpa
Que ha sacudido el viento;
Como el corcel que en su carrera escucha
El bramido del tigre en el desierto.
Así como una piedra,
Al fondo del abismo descendiendo,
Despierta temerosas resonancias,

:

Voces lejanas, quejas y lamentos,
 La voz de la española
 Descendió al alma del salvaje enfermo,
 Y en ese abismo despertó la vida,
 La queja, el grito del dolor y el tiempo.»

Tabaré habla entonces á Blanca. Sus palabras carecen de orden y concierto. Brotan de sus labios como tropel de sombras y luces. El poeta es, pues, quien ordena este caos, y le trueca en bellas canciones americanas:

«¡Oh! ¡sí! Yo sé que acechas
 Mis horas de dolor;
 Sé que remedas alas de jilgueros
 Donde yo estoy.
 Yo sé que tú el secreto
 Conoces de mi ser,
 Y sé que tú te escondes en las nieblas....
 ¡Todo lo sé!
 Que gimes en el viento;
 Que nadas en la luz;
 Que ríes en la risa de las aguas
 Del *Iguazú*;
 Que miras en las altas
 Hogueras de *Tupá*,
 Y en las lunas de fuego fugitivas
 Que brillan al pasar.
 Tú, como el algarrobo,
 Sueño das á beber,
 Y das la sombra hermosa que envenena
 Como el *abué*.
 Yo, temiendo tu sombra,
 Tiemblo y huyo de ti,
 Y tú en el despertar de mis memorias
 Vas tras de mí.»

Luego habla el indio del recuerdo de su madre, que Blanca reanima en su mente:

«Era así como tú... blanca y hermosa ;
 Era así... como tú :
 Miraba con tus ojos, y en tu vida
 Puso su luz.
 Yo la vi sobre el cerro de las sombras
 Pálida y sin color.
 El indio niño no besó á su madre....
 No la lloró.

 Hoy vive en tu mirada transparente
 Y en el espacio azul....
 Era así como tú la madre mía ;
 Blanca y hermosa.... ; pero no eres tú.»

El amor singular del indio hace que despunte en el alma de Blanca, como en el cielo sereno y puro, una remotísima é indecisa aurora de amor, tan indefinida, que se confunde con la piedad, con la conmiseración, con la caridad cristiana.

En tal estado vaga *Tabaré* en silencio por la colonia; y, de día, le juzgan loco, y por la noche, la gente crédula le imagina alma en pena ó fantasma.

Varios soldados persiguen al fantasma y le acometen; *Tabaré* se defiende, y quiebra entre sus fuertes dedos el asta de la lanza de un soldado. Hubiera muerto entonces, si no acude el P. Esteban y le salva.

El lance ocurrido y la singular y sombría condición del indio, avivan las sospechas de Doña Luz y de otros sujetos de la colonia, que no creen posible que un charrúa se civilice y deje de ser una fiera, y, á pesar de la generosa y confiada resistencia de D. Gonzálo, éste cede al fin y despide á *Tabaré*, para que vuelva á los bosques, á su vida de indio bravo.

La compasiva Blanca ve al indio antes de partir. En la mente del indio, Blanca sigue siendo un ser ideal:

«Con alas invisibles en la espalda»,

y en los ojos, con la luz de la aurora,

«Que el seno oscuro de la noche aclara»;

pero la arisca fiereza del indio, y su ser de charrúa indómito, que lucha dentro de su pecho con la suave y amorosa condición que heredó de su madre, se oponen en esta ocasión á que Blanca comprenda que el indio la quiere bien. Blanca cree que la odia y que odia á todos los cristianos.

Después hay un momento supremo en el combate interior entre las dos naturalezas de Tabaré. Va á vencer la ternura, y el charrúa, el charrúa que nunca llora, ni se queja en medio de los más horribles suplicios, se abraza al P. Esteban y vierte en su sayal una lágrima. La reacción es más violenta entonces. La vergüenza, la ira de haber incurrido en aquel acto de debilidad, deshonroso para su casta, hace que Tabaré ruja como un tigre, se desprenda del fraile y huya á la selva.

Los cantos siguientes del poema tienen el carácter de una epopeya trágica y sombría.

La carrera frenética de Tabaré cuando vuelve ya á sus nativos bosques, es de gran riqueza de imaginación. Ni falta lo sobrenatural, como en los antiguos poemas. Juan Zorrilla llama á los espíritus, á los genios elementales del mundo americano primitivo, y todos acuden á su briosa invocación. Ellos, que son inmortales y conocieron y trataron la raza extinguida de los huraños charrúas, salen de sus cavernas, descienden de las nubes, se hacen visibles en el aire, y, sacudiendo las osamentas y los cráneos, hundidos

«En el profundo limo
En que tienen las algas sus amores,
Se arrastra el yacaré, duerme la raya,
Y la tortuga sus nidadas pone»,

revelan al poeta los ignorados pensamientos y sentimientos de aquellos salvajes. Es más: estos seres extra-humanos animan la naturaleza, intervienen como máquina en el poema y dan forma visible al delirio de Tabaré, errante por el bosque.

No gusto de citar, porque lo que se cita, aislado y deslocado, pierde toda la belleza que nace del acorde en que está con el resto de la composición. Afirmo, pues, sin citar casi, que todo el vagar por el bosque del indio Tabaré es enérgica poesía, y de un brío gráfico y fantástico notables, donde lo real y lo ideal, lo observado y lo soñado, se mezclan y se funden íntimamente.

«Al sentirlo pasar, las lagartijas
Hacia sus cuevas corren,
Y asoman las cabezas puntiagudas
Y el largo cuerpo sin calor encogen.
Y las ranas se callan un instante
Mientras pasa, y sus voces,
Como largos quejidos, á su espalda,
Cuando ha pasado, nuevamente se oyen.
Y los nocturnos pájaros lo siguen
En negras procesiones ;
El chajá dando saltos por el suelo,
Chirriando esos murciélagos enormes,
Que, como manchas de la misma sombra,
La oscuridad recorren,
Persiguiendo los átomos, ó huyendo
Atolondrados de invisible azote.
Detrás de cada tronco acurrucada
Parece que se esconde

Alguna cosa que, al pasar el indio,
Sigue tras él con movimiento torpe.
Él siente á sus espaldas ese mundo
Que su alma sobrecoge;
Mas no se vuelve, y apresura el paso,
Y sigue, y sigue sin saber adónde.»

Al fin, Tabaré se para rendido por la fiebre, y empieza su delirio, en que todos los espíritus de la naturaleza toman activa parte.

Sigue después otro cuadro, que excede acaso en belleza al anterior. La inspiración del poeta, lejos de menguar, crece, según adelanta en su obra. Es un cuadro del más pujante naturalismo. No puede imaginarse aquelarre más espantoso que la escena real y vivida que el poeta ofrece á nuestros ojos. Ha muerto el cacique supremo de los charrúas, y éstos celebran los funerales. El sueño frío se entró por las venas del viejo cacique, y en balde los médicos le chuparon el vientre para arrancar el dardo que causaba su mal. Muerto ya, le preparan para el último viaje, embijándole horriblemente la cara con jugo de *urucú*, para que asuste á *Añang* y á *Macachera* y á los genios del aire. Los indios danzan ebrios en torno de diez hogueras. La descripción de las mujeres es de mano maestra. Danzan y cantan las mozas: las viejas, de cuclillas, mastican entre sus mandíbulas sin dientes algo que echan en el brebaje que está fermentando. Los parientes del difunto se cortan dedos, ó se arrancan pedazos de carne ó túrdigas de pellejo para mostrar su pesar. Todo esto no se refiere: casi se ve. Se huele la sangre vertida; se respira el humo de las hogueras; se perciben los cuerpos desnudos; y se oyen los cantares bárbaros, los aullidos y el resonar de los pies que bailan, y el silbar de las bolas y de las flechas y el choque de las lanzas.

Los indios arman brava y fantástica pelea con los hijos del aire y de la noche, con los perros que roen las lunas, y con los vestiglos malditos que acuden á llevarse el espíritu del cadáver.

Como digno remate de las ceremonias fúnebres, aparece el indio Yamandú, reclamando que le eleven al cacicato supremo. Sus méritos y servicios son notables. Nadie hace muecas más diabólicas para espantar al enemigo; nadie da en la lucha alaridos más feroces. En su toldo cuelgan cien cabelleras de adalides muertos por su mano; su pecho está adornado con largas sartas de dientes y de muelas de los *arachanes* vencidos, de cuya piel retorcida ha formado la cuerda de su arco.

Elegido ya ó reconocido como jefe, Yamandú excita á los indios á una expedición contra los españoles. No puedo resistir á la tentación de copiar aquí parte de su discurso:

«¿Queréis matar al extranjero blanco?
 Seguid á Yamandú.
 Yo sé matarlo como al gato bravo
 De los bosques del Hum.
 Los cráneos de los pálidos guerreros
 Al indio servirán
 Para beber la chicha de algarrobas
 Y el jugo del palmar.
 Sus rayos no me ofenden, en su sangre
 Se hundirán nuestros pies:
 Sus cabelleras en las lanzas nuestras
 El viento ha de mover.
 Vírgenes blancas que en los ojos tienen
 Hermosa claridad,
 Encenderán en nuestros libres valles
 Nuestro salvaje hogar.
 En esos días de las horas largas
 En que canta el *sabiá*,

Y al pie de la barranca está el bañado
 Dormido en el juncal ;
 En esas noches en que se oye á ratos
 El canto del *urú* ,
 Las vírgenes esclavas del charrúa
 Brillarán con su luz.
 Sus cuerpos son más blandos que el venado
 Que acaba de nacer ,
 Y tiemblan como tiembla entre la hierba
 La verde *caicobé*.
 Sus cabellos parecen los renuevos
 Más tiernos del sauzal ;
 Sus bocas se abren como el dulce fruto
 Que da el *burucuyá*.
 ¡Vamos! ¡Seguidme! El extranjero duerme,
 ¡Duerme en el Uruguay!
 ¡El sueño que en sus ojos se ha sentado,
 No se levantará ! »

En efecto: Yamandú ha visto también á Blanca. Ha nacido en su pecho una pasión muy diversa de la de Tabaré y más propia del salvaje. El ansia de robar y gozar á Blanca y el deseo de matar á los españoles le inspiran el plan de una sorpresa nocturna y de un asalto á la colonia de San Salvador. Los indios caminan ya tácita y cautelosamente hacia la colonia, durante la noche, mientras duerme la guarnición descuidada.

« ¿No veis entre las ramas asomarse
 Los temerosos rostros de los indios ,
 Embijados de rojo , y dibujados
 Con trazos verdes , negros y amarillos?
 Las plumas de sus frentes se confunden
 Con las hojas del cardo ; el remolino
 Del viento suave , al agitar las ramas ,
 Descubre aquí y allá rostros cobrizos. »

Salen del matorral, por donde iban medio agachados, y dan ocasión para que el poeta nos nombre á algunos.

« Aquel es Ibipué. ¿Quién no conoce
 Al *tubichá*, tan fiero como listo,
 Que al avestruz alcanza y al venado,
 Y apresa entre las aguas al carpincho?
 Cayú es aquel que corre entre las chircas.
 Se le conoce en el profundo signo
 Que, con su hacha de piedra, le ha grabado
 En la cabeza el *arachan* Siripo.
 ¿También tú, Guaycurú? De los cristianos
 Tú te dijiste servidor sumiso;
 Ese casco que llevas y esa adarga
 De Garay los ganaste en el servicio.
 Tú fuiste el mensajero de tu tribu;
 Rompiste en la rodilla tu macizo
 Arco de *ñandubay*, y en tu piragua,
 Ó á nado, en son de paz, cruzaste el río.
 ¿No es esa una mujer? Es Tabolía.
 Sabe arrancar la piel al enemigo,
 Y ya más de una de ellas ha colgado
 En el movable toldo de sus hijos.
 Ella no exprime el fruto del quebracho,
 Ni recoge en la selva para su indio
 La miel del *guabiyú*, ni lleva el toldo,
 Ni entona el *yaraví* de triste ritmo.
 Tiene en su labio el signo del guerrero;
 Suena en la lucha su salvaje grito,
 Y en el desnudo seno apoya el arco
 En que viene la muerte á hacer su nido.»

La expedición tiene, al principio, el éxito que Yaman-
 dú deseaba. San Salvador es sorprendido. La lucha es
 terrible, y bien pintada. Arden muchas casas. Los indios
 dan muerte á no pocos españoles; pero éstos se rehacen,
 y ponen en fuga á los invasores.

Yamandú logra, no obstante, su principal objeto. En medio del tumulto, de la confusión y del horror de la batalla y del incendio, roba á Blanca, y se la lleva á la selva sagrada, donde tiene su guarida.

Sucédense luego la desesperada furia de D. Gonzalo al saber el rapto de su hermana, su idea de que es Tabaré quien la ha robado, y su inútil persecución para libertarla.

Entretanto, Yamandú ha llevado á Blanca á lo más esquivo del bosque, donde el terror impide que penetren los otros indios, que no son *payés*, como él. Él es hechicero, y no teme; antes bien domina á los espectros y genios que siguen á Añanguazú.

La situación es desesperada. Blanca yace en el suelo, sin sentido. Vuelve en sí, y se mira en el centro de la selva. En la oscuridad medrosa ve relucir las lascivas pupilas de Yamandú, que aguarda que vuelva ella de su desmayo.

Algo de inesperado ocurre entonces, sin que Blanca atine á darse cuenta. Oye crujido de ramas que se apartan con violencia; después pasos, después gritos ahogados, y al fin ruido como de una lucha muda y tremenda.

En suma: Tabaré ha venido en socorro de Blanca: ha caído sobre Yamandú, y ha logrado matarle, estrujándole el pescuezo entre sus dedos.

Contar, como quien escribe un índice, todos estos sucesos y el final desenlace, es destruir el efecto artístico que pueden producir, y que, á mi ver, producen. Menester es, no obstante, llegar al final rápidamente.

Tabaré salva á Blanca, que está casi exánime, y la lleva hacia la colonia.

D. Gonzalo, que sigue buscando á su hermana, ve al indio que corre teniéndola en sus brazos, y á quien cree

el raptor. D. Gonzalo, ciego de ira, se lanza sobre Tabaré y le atraviesa con su espada. Blanca, que comprende ya todo el amor, toda la sublime devoción del indio, se abraza estrechamente con él, moribundo; llora y le llama. Tabaré muere.

Así termina la acción de la leyenda, cuya trascendencia y elevación merecen que de epopeya la califiquemos. El poeta, como Hugo Foscolo ha dicho de Homero, aplacando con su cantar las afligidas almas de los vencidos, ha trazado con alto estilo la inevitable, la providencial desaparición de las razas, que llegan á ponerse con la civilización en indómita rebeldía. El poeta, español de raza, ensalza á los españoles vencedores, como Homero ensalzaba á los griegos; pero las lágrimas son para Tabaré. Las lágrimas son para Héctor y Príamo. No hay una sola página del poema de Juan Zorrilla que no esté impregnada de tierna y piadosa melancolía. Sobre el americanismo del poeta, están aquellos sentimientos fervorosos de caridad cristiana, de amor á todos los hombres, tan propios del alma española, y que resplandecían en los misioneros, en los legisladores de Indias, y á veces, cuando la codicia ó la ambición no los cegaba, hasta en los mismos tremendos conquistadores, por más que no todos fueran como D. Gonzalo de Orgaz, sino foragidos y desalmados aventureros.

Lo que América debe á España es tanto é importa tanto, que el poeta, exaltado por el fervor de la sangre que lleva en sus venas, da á veces á España tales alabanzas, que, al llegar á España, tan postrada y abatida hoy, la consuelan y la sonrojan á la vez. El poeta imagina que acaso, cuando en edad remotísima se hundió la Atlántida, no cabiendo su inmensidad en los mares, resurgió ó sobrenadó en parte, formando ambas Américas, y sepa-

rándose así de la parte capital, que no se hundió: de España, que había sido y había de volver á ser su cabeza.

El pueblo español es, para el poeta,

« El pueblo altivo que , en la edad sin nombre ,
Era el cerebro acaso
De aquel dorso gigante y misterioso ,
Ya sumergido en el abismo atlántico ;
Que , no teniendo en su profundo seno
Para el coloso espacio ,
Dejó asomar sobre la vasta tumba,
Miembro insepulto , el mundo americano. »

Sin pretensión pedantesca, sino del modo propio de la poesía, hay y se agitan en el poema *Tabaré* grandes problemas de libre albedrío, predestinación, determinismo y vocación de las razas: psicología, teodicea y filosofía de la historia. Al leer el poema, se levanta el espíritu del lector á estas altas especulaciones.

Después de lo dicho hasta aquí, de sobra está añadir que me parece muy bueno el poema; y que hasta el severo Clarín ha de calificar á su autor, no de medio poeta, sino de uno, y quizá de uno con colmo: colmo que no se atreverá á derribar su rasero, pasando sobre la medida.

Mi carta se va haciendo interminable; pero me asalta un escrúpulo, y aun exponiéndome á pecar de pesado, quiero discurrir sobre él, á ver si le desvanezco.

Á pesar de lo que he escrito y clamado contra el naturalismo, al fin, como soy un hombre de ahora y no de otra edad, y como las modas son contagiosas, yo, sin poderlo remediar, soy también algo *naturalista*.

Mi escrúpulo es, pues, sobre la verosimilitud, y hasta sobre la posibilidad, de *Tabaré*. El hechizo de la poesía le hace parecer verosímil; pero, ¿pudo ser *Tabaré* en la realidad de la vida? Aunque hubiera nacido de madre española,

¿no se crió como un salvaje? ¿De qué suerte, por lo tanto, aun concediendo mucho á la transmisión hereditaria, nació en su alma inculta pasión tan delicada, tan pura y tan fecunda en actos de heroísmo y abnegación, como en el alma de Don Quijote, después de leer todos los libros de Caballerías, ó como en el alma de sublime é ilustrado cortesano, ó caballero más ó menos andante, que ha estudiado á Platón, á León Hebreo, á Fonseca y al conde Baltasar Castiglione?

Halm, el dramaturgo austriaco, nos representa un milagro por el estilo en *El hijo de las selvas*; pero aquel milagro, ó no es, ó no parece ser tan grande. La verosimilitud de lo milagroso crece en nuestra mente, no sé por qué, en razón directa de la distancia de siglos que de lo milagroso nos separa. Y por otra parte, ni los galos eran salvajes como los charrúas, ni en el alma del galo rudo y bárbaro de Halm aparece la pasión delicada con la espontaneidad divina que en el alma de Tabaré. La joven griega le revela el amor por medio de la palabra: le explica los misterios celestiales de su espiritual pureza. Tabaré, con sólo ver á Blanca, lo adivina todo.

Esto es lo que se me antoja poco creíble. Y yo no me contento con responderme que, ya que el efecto es hermoso, debo prescindir de la realidad de la causa. No me basta exclamar: *Si non è vero è ben trovato*. El *quidlibet audendi* no me tranquiliza. Por último: lo caótico, confuso, inefable, y para el mismo Tabaré no comprendido, de los afectos de su alma, no me resuelve la dificultad.

Sólo la resuelve la teoría, expuesta ya por mí en otras ocasiones, acerca del poder revelador, religioso, suscitador de lo ideal, que ejerce la hermosura femenina.

Los clásicos griegos nos dejaron en sus fábulas los indicios de este poder de civilización repentista.

La hembra del hombre era abyecta, esclava, despreciada é inmunda. Se hace inventora de su propia beldad. Se pule, se atilda, se asea, y, añadiendo además un esfuerzo de voluntad artística é inspiradísima, crea el hechizo más grande y fascinador que cabe en los objetos materiales: crea á la mujer. Y la mujer es reina, es maga, es sibila, es profetisa desde entonces.

Su dominio sobre los hombres crudos y fieros, ya para bien, ya para mal, es desde entonces inmenso.

Yo creo en la *ginococracia* ó gobierno de la mujer en las edades primitivas. Dondequiera que la mujer se lava, se adorna y se pule, es reina y emperatriz de los hombres. En el país sabeo hubo reinas; reinas hubo en Otahiti. Cuando no hay reinas, hay musas que inspiran á los poetas, sibilas que columbran y manifiestan el porvenir, Egerias que dirigen á los Numas, Onfales que hacen que Hércules hile, Dalilas que cortan los cabellos á todo Sansón, y Circes que detienen, emboban y fijan á los Ulises vagabundos.

Cuando lo trascendente, lo divino, lo inmortal y puro no ha brotado aún en el alma del hombre, la mujer, que ha encontrado su hermosura física, se lo revela todo, al revelársela. Como los rayos del sol de primavera hacen brotar de la tierra fragantes rosas, las miradas de la mujer hacen que brote la flor de lo ideal en el alma de los hombres.

Así se explica la pasión de Tabaré, y queda firme como del más evidente realismo histórico, y no como ensueño vano de la poesía.

Corroboro mi creencia en este poder espiritualizante, catequizador, religioso de la mujer, ya elegantizada y bonita, merced á las artes cosméticas, al aseo y á la modesta y decente coquetería, que ha descubierto ella, un

singular fenómeno que hoy se nota y que nos admira.

El refinamiento, el exceso de la civilización conduce á muchos hombres eminentes y pensadores á un extremo donde sus espíritus tocan ya por un lado con los espíritus de los salvajes: á no concebir lo infinito desconocido sino como malhechor y diabólico; como el feo

.....

Poter che ascoso a comun danno impera ;

ó á negar su realidad para no tener que maldecirla ó blasfemar de ella.

En esta situación, sobreviene la mujer, y produce el mismo efecto, que en el salvajismo, en la viciada y ponzoñosa quinta esencia de la cultura. Leopardi vuelve á hallar, en las *donnas* que celebra en sus cantos, á todas las divinidades de su Olimpo: Ingersoll, el ateo *yankee*, ama y adora á las *ladies* y *misses* como el trovador más rendido; Augusto Comte niega á Dios, y funda nueva religión; inspirado por la mujer, cuyo ideal modelo de pureza y de amor es la Virgen Madre; Cousin, hartado de filosofar, y en su vejez, se enamora arcaica y retrospectivamente de Mad. de Longueville y de otras princesas y altas señoras de los tiempos de Luis XIV, y difunde su pasión amorosa en alabanzas tan tiernas, que suenan como amartelados suspiros; Michelet cae, en los últimos años de su vida, en un dulce deliquio, en un melancólico erotismo, que vierte en sus libros sobre el amor y sobre la mujer y Renan, descollando; entre todos, llega ya á dar á este erotismo, idólatra ó *hiperdúlico*, una fuerza frenética, profética y apocalíptica, que se nota en *La Abadesa de Jouarre*, y en el prólogo sobre todo de tan afrodisíaco drama.

Demostrado así y patente el poder milagroso de la

mujer para hacer que surja ó que resurja lo ideal en el alma del hombre, mis escrúpulos se disipan y la figura de Tabaré queda tan consistente y verdadera como las de los más históricos personajes.

Aplaudamos, pues, á Juan Zorrilla, sin el menor reparo, ya que ha sabido dar á luz tan amena leyenda ó poema, sin apartarse un ápice de la verdad y siendo al mismo tiempo naturalista é idealista en su obra.

Créame V. su afectísimo amigo,

JUAN VALERA.

EL INSTITUTO GEOGRÁFICO

I.

LO QUE CUESTA.

EN los presupuestos del año pasado, que rigen todavía, porque afortunadamente las Cortes no han tenido tiempo de aumentarlos, figura en la sección séptima (ministerio de Fomento) la partida siguiente:

«GEOGRAFÍA, ESTADÍSTICA, PESAS Y MEDIDAS.

Instituto Geográfico y Estadístico.

	<u>Pesetas.</u>
Capítulo xxix, artículo único : Personal.....	1.452,668
Capítulo xxx, artículo único : Material.....	1.383,575
Capítulo xxxi, artículo único : Gastos generales.....	54,000
	<hr/>
TOTAL.....	2.890,243» (1)

Cerca de tres millones. Dos millones y ochocientas noventa mil doscientas cuarenta y tres pesetas, moneda

(1) *Gaceta* del 10 de Julio de 1888.

oficial, que, convertidas en reales, unidad antigua, más popular y más usada, suman 11.560,972; es decir, once millones y medio largos de talle. ¡Todo esto consume anualmente el Instituto Geográfico y Estadístico! ¡Todo esto y algo más paga por estadística y geografía el pobre país contribuyente, para no tener geografía ni estadística!

Y digo *algo más*, porque, á pesar de la tan repetida prohibición de percibir sueldos dobles, la mayor parte de los empleados del Instituto Geográfico, que son los que principal y casi exclusivamente consumen la enorme cantidad que dejo apuntada, cobran además otros sueldos del Estado, comenzando por el Director, el general D. Carlos Ibáñez, que sobre los *cincuenta mil* que percibe del presupuesto de Fomento como sueldo de Director del Instituto, y los *cuarenta mil* que percibe por indemnización de un viaje al extranjero que suele hacer todos los veranos, y los *cien mil* que cobra como Presidente de la Asociación Geodésica Internacional, cobra todavía, como Mariscal de Campo en situación de cuartel, otros *treinta mil* reales del presupuesto de Guerra (1).

(1) En los presupuestos de este año que se han quedado en proyecto, queriendo el Ministro hacer alguna economía en el Instituto Geográfico, castiga la partida destinada á trabajos de campo, hasta dejar estos reducidos casi á la nulidad, y para hacer desaparecer el escándalo del doble sueldo del General por Fomento y por Guerra, hace una ensalada de Guerra y de Fomento, merced á la cual le quedan al Director del Instituto los mismos miles de duros que antes. En lugar de dejarle sencillamente el sueldo de Director general y suprimirle el de Mariscal de Campo de cuartel que le concedió en mala hora el conde de Toreno, le suprime el de Director general y le deja el de Mariscal de Campo, pero considerándole como en activo, de modo que el sueldo sean *tres mil* duros, que luego no se le pagan por Guerra, sino por Fomento (¡un General que cobra por Fomento!); y luego, los *dos mil* duros de indemnización por el viaje de recreo al extranjero, se los sube á *tres mil* el conde de Xique-

No estará descontento de su país el Director inamovible del Instituto ; no debe estarlo. Porque además de pagarle todos esos sueldos , que suman, salvo error, *once mil* duros , y con los *tres mil* del ferrocarril de Huelva *catorce mil*, más que el sueldo de dos ministros, además de otorgarle la cualidad de inamovible como Director, aquí donde todo se remueve y todo se muda con tanta frecuencia, además de haberle concedido llegar á General con muy poca fatiga, sin salir de las oficinas, como quien dice, mientras que sus compañeros de promoción en el cuerpo de Ingenieros, que han estado en dos ó tres guerras, apenas han pasado de comandantes ó de tenientes coroneles, además de haberle concedido el título de marqués de Mulhacen recientemente, además de todas estas concesiones, que bien pueden pasar por verdaderas gangas, se le concede todos los días en periódicos y revistas una fama de sabio aterradora.

Y bien se explica. En esta época de corrupción y de venalidad, ¿cómo no ha de haber revistas y periódicos que den el tratamiento de sabio á pasto común á un hombre que, sobre percibir tan buenos sueldos, que naturalmente le crean una posición espléndida y desahogada, dispone de un presupuesto de material de más de cinco millones para gastarle *ad libitum*, sin traba ni cortapisa ninguna? Porque ni siquiera la disposición legal que obliga á adjudicar por medio de subasta toda partida de gastos que llegue á 10,000 reales, reza con el Director del Instituto; y aunque rezara, con dividir y subdividir las parti-

na por una Real orden, á pretexto de que tiene que ir á la Exposición de París, donde este año es la vida muy cara. De modo que percibe *seis mil* duros como antes ; más los *cinco mil* de la presidencia de la Asociación Geodésica, los *tres mil* del cargo de Consejero del ferrocarril de Huelva , y las dietas de académico de la de Ciencias naturales.

das de gastos de modo que no tropiecen en la susodicha disposición legal, saldría del paso.

Se dirá que también en algunas revistas científicas del extranjero se llama sabio al general Ibáñez, y que la Asociación Geodésica Internacional le ha elegido Presidente; pero también hay que decir que la mayor parte de los directores de estas revistas suelen ser almacenistas ó propietarios de instrumentos, y como el general Ibáñez invierte cada verano una porción de miles de duros en instrumentos, es natural que quieran tenerle propicio. Tanto más, cuanto que luego algunos de esos instrumentos resultan inservibles; pero de esto no tiene toda la culpa el General, sino que le corresponde parte al Gobierno, por no nombrar una comisión que reconozca los instrumentos antes de pagarlos. Y en cuanto á la presidencia de la Asociación Geodésica Internacional, ya se sabe que se la adjudicaron á él por rivalidades entre Alemania y Francia.

Explicada ya la fama de sabio de que goza el general Ibáñez, fama que si en rigor no se puede llamar gratuita, por lo menos hay que llamarla injusta, y volviendo á los muchos y buenos sueldos que percibe, no se crea que en esto es él sólo; porque hay en el Instituto otros funcionarios amigos del General que también disfrutan más de un sueldo. Hace tres ó cuatro años, con motivo de haber preguntado un periódico cuántos sueldos cobraba en el Instituto un determinado Ingeniero, escribió este señor un comunicado, diciendo, entre otras cosas:

«Es en absoluto falso que yo cobre en la Dirección general á que tengo la honra de pertenecer (el Instituto) más sueldos ni emolumentos que los que como Ingeniero y geodesta me corresponden ó haya ganado en libre oposición.» Claro es que aquí el mismo Ingeniero, llamado A., confesó que cobraba más de un sueldo; pero, á mayor

abundamiento, el periódico aludido, después de consignar la confesión del Ingeniero aludido, formuló estas preguntas, que no se sabe que hayan sido contestadas negativamente:

«¿Es cierto que el Sr. A. cobra en el Instituto Geográfico un sueldo como Ingeniero de montes?

»¿Es cierto que cobra además una gratificación de seis mil reales en equivalencia de las raciones de pienso como plaza montada, calidad de que gozan los geodestas del Instituto?

»¿Es cierto que cobra otra gratificación de otros seis mil reales por saber traducir el alemán?

»¿Es cierto que hasta hace muy poco, y durante unos ocho años, ha cobrado otros doce mil reales de gratificación como jefe del negociado del Censo?

» Si hay algo de esto que no sea cierto, dígalo el señor A., y lo verá rectificado en este mismo sitio.

» Pero si es cierto, otra pregunta:

»¿No le parecen al Sr. A. demasiados sueldos para un hombre sólo, aunque sea Ingeniero y aunque sepa traducir el alemán, cosa que saben todos los Ingenieros, porque es una de las asignaturas de su carrera?»

El periódico añadía que debía suprimírsele al Sr. A. la primera gratificación, la de las raciones de pienso, por no parecer justo que se cobren sin salir nunca á hacer trabajos en el campo, y que debía suprimírsele también la segunda gratificación, la del alemán, porque con pagarle á un Ingeniero el sueldo de Ingeniero, ya está pagada la traducción del alemán, como está pagado el dibujo, si dibuja, y todo trabajo en que emplee los conocimientos propios de la carrera; pues aunque el reglamento del Instituto concede gratificación á los empleados que sepan traducir alemán, no era de imaginar que una dispo-

sición encaminada á fomentar el estudio de ese idioma se aplicara á los Ingenieros, que para serlo tienen que poseerlo. Y en cuanto al negociado del censo, concluía el aludido periódico, baste decir, que al mismo tiempo que de ese negociado, estaba el Sr. A. encargado de otro, y, francamente, ó los servicios de alguno de esos negociados no eran necesarios, ó no estarían muy bien atendidos.

Mas no se crea que sólo al General y á los altos funcionarios del Instituto que son sus amigos se extiende esta generosidad rayana al derroche : se extiende hasta á los más humildes protegidos del Director, hasta los porta-miras. Por cierto que en esto de los porta-miras parece que ya la generosidad es un derroche verdadero ; pues, no solamente cobran su sueldo de tres pesetas todo el año redondo, aunque no salgan al campo más que tres meses ó cuatro á lo sumo, sino que hay muchos que no salen nunca, como que son ochenta, y sólo hacen falta unos veinte ; si bien es verdad que no por eso dejan de prestar servicio, pues dicen que algunos ejercen de porteros, lacayos, cocheros, cocineros, etc. ; dicen que los hay que son niños muy pequeños, que si han ido alguna vez á las oficinas del Instituto Geográfico, ha sido para estudiar allí la lección al lado de sus padres, que también son empleados de la casa ; y cuentan que ha habido dos porta-miras que, además de ser niños, eran franceses, y estuvieron unos cuantos años cobrando sus tres pesetas diarias cada uno, es decir, ellos no cobraban, porque no servían ni siquiera para eso, pero cobraba su madre las seis pesetas de los dos, hasta que fué necesario para cobrar presentar el certificado de haber sufrido la quinta, y como no la habían sufrido, ni la podían sufrir por no ser españoles, no pudieron seguir cobrando.

Á cualquiera se le alcanza que los porta-miras, ni de-

bían ser tantos como son, ni debían estar cobrando sueldo todo el año para salir al campo dos meses de otoño y dos de primavera, sino que se debieran tomar temporalmente los necesarios cuando se sale á trabajar, y tomarlos de los mismos pueblos donde se hacen los estudios, lo cual, sobre ser mucho más económico, haría que á los pueblos les fueran más simpáticos los trabajos del mapa. Pero en esto, como en lo de las plazas montadas que cobran todo el año su ración de pienso para salir á caballo unos cuantos días, se conoce que preside la idea de hacer limosnas á cuenta del país contribuyente.

En fin: para ver á qué grado llegan las cosas, basta recordar que algunos periódicos han apuntado hace ya tiempo todas estas especies: Que en el presupuesto del Instituto Geográfico figuran dos conserjes conservadores de instrumentos geográficos y geodésicos, remunerados con *doce y trece mil* reales respectivamente y habitación, y uno de ellos no presta otro servicio que el de administrador de la casa del General, desempeñando las funciones que á él le correspondían, jefes de negociado de la Dirección, uno de los cuales, siendo jefe de Administración de tercera clase, está encargado exclusivamente de la compra de velas: que figuran también *ochenta* portamiras, que, como su nombre indica, son para auxiliar los trabajos de campo, y los *sesenta* prestan servicios puramente urbanos y domésticos, si prestan alguno, y de utilidad puramente particular, para lo cual les paga cada año el Estado *quince mil duros* de sueldo: que hay un individuo que ha disfrutado diez y seis años el sueldo de portamiras, lo cual da una suma de *cuatro mil duros* por un lado y *dos mil* por otro, sin haber prestado servicio ni un sólo día, y desempeñando otro cargo bien distinto en un círculo de recreo de esta corte: que hay otros

dos individuos que cobran ese mismo sueldo sin prestar servicio, uno por tener una hija institutriz de un retoño de un personaje, y otro por ser marido de una costurera: que se disfrutan á cuenta del Estado criados y casas, y hay quien tiene la suya organizada por el estilo de aquel General á quien llamaron *Rey de las afueras*, donde era militar hasta el personal de la cocina, con un sargento al frente: que hay un militar que percibe una indemnización de ocho duros diarios, sin saber por qué, y un astrónomo otra no pequeña, sin saber para qué; sin saberlo el público, pues ellos lo sabrán seguramente: que á un señor Ingeniero que es académico de casi todas, se le han dado ocho mil duros por firmar un proyecto de edificio para Instituto Geográfico que debía construirse en el Retiro, sólo por firmar, pues los planos se habían hecho en las oficinas del Instituto, con la particularidad de que después de hecho el proyecto y pagada tan espléndidamente la firma, resultó que no había terreno donde edificar: que el Instituto compró una imprenta muy cara y casi inútil á un periodista que había empezado á escribir artículos contra el Establecimiento: que el Instituto ocupa, ó por lo menos paga, aquí en Madrid, cuatro casas, tres en la calle de Jorge Juan, señaladas con los números 5, 7 y 8, y otra en la calle de las Urosas: que en Alicante ha construido el Instituto un edificio destinado á Mareógrafo, que ha costado, con una innecesaria conducción de aguas y con el mobiliario, que es lujosísimo, una cantidad fabulosa, y luego, lo mejor del edificio lo habita una señora francesa, que evidentemente no presta al Estado ningun servicio....

Se dirá quizá en descargo del general Ibáñez, que no es sólo en el Instituto Geográfico donde pasan estas cosas y otras parecidas, sino que en todos los centros oficiales sobra mucha gente, y en todas las oficinas hay

empleados que cobran y no trabajan ; pero esto , que no deja de tener algo de verdad , sin disculpar al Director del Instituto Geográfico , es ignominioso para los Gobiernos que se suceden en el mando , y patentiza la iniquidad y la desvergüenza con que explotan los partidos al país.

De todas maneras , aun dejando aparte estos detalles verdaderamente escandalosos , no se puede negar que el Instituto Geográfico en conjunto , y el general Ibáñez , su Director , especialmente , están retribuidos con lujo.

¿Y qué es lo que hacen el Instituto y el General tan lujosa , ó , si se quiere , tan despilfarradamente retribuidos?

Vamos á verlo.

II.

LO QUE VALE.

Hace unos cuatro años aparecieron en el periódico *El Correo* dos artículos sobre el Instituto Geográfico , en uno de los cuales se leían los párrafos siguientes :

«Desde luego sorprende la escasa influencia que el Instituto Geográfico y Estadístico ejerce en la marcha de algunos servicios importantes.... Llama la atención el absoluto aislamiento en que vive. De cuando en cuando procura dar señales de vida.... Y absorbiendo el Instituto crecidas sumas para sus trabajos (los geográficos y estadísticos), ¿no fuera de desear que su existencia se señalase en ellos ante la opinión *de una manera por lo menos tan poderosa como se señala en los presupuestos?*»

»Cierto es que cuantos Gobiernos han ejercido el mando desde que el Instituto existe , han eludido examinar

sus trabajos y ejercer sobre ellos la rigurosa inspección á que tan fácilmente someten servicios menos importantes; mas esto no es, á nuestro juicio, una razón para continuar así indefinidamente.»

Cierto que no lo es; pero así ha continuado, y así continúa. En cambio, *El Correo* fué el que no continuó haciendo justa oposición al Instituto Geográfico y llamando hacia él la atención del Gobierno, sino que á los pocos días mudó de tonada y comenzó á defenderle y á cantarle apasionados loores. El por qué, claramente no se ha sabido. Lo único que se sabe es que las repentinas alabanzas de *El Correo* al General Director del Instituto Geográfico y al Instituto mismo, las escribía un Ingeniero de montes llamado Álvarez Sereix, que por aquellos días entraba á formar parte del Instituto Geográfico con un buen sueldo, ó con varios, no precisamente como individuo de la *claque* facultativa del General, sino como Ingeniero y geodesta. ¿Sería también el Sr. Álvarez Sereix el autor de las anteriores censuras de *El Correo* al Instituto Geográfico? Muchos se inclinaban á creerlo, al ver su fervoroso celo posterior en alabar al mismo Instituto, y al verle apretar tanto en lo de las alabanzas, que, no contento con publicarlas en el periódico diario suscritas con sus iniciales, las reproducía luego en la *Revista Contemporánea*, con toda la firma.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que, no sólo en *El Correo* y en la indicada *Revista*, sino en otros muchos periódicos, salieron entonces, y continúan saliendo de cuando en cuando, artículos y sueltos en loor del general Ibáñez y de su dirección, pudiendo deducirse de la perseverancia en esta faena, que acaso la obra que más ocupa al Instituto y al Director es la de darse incienso.

Y defender la nómina; que ambas cosas hacen á la vez

los discípulos predilectos del general Ibáñez. Porque mientras se regocijan en su hartura y cantan con el pastor de Virgilio:

Deus nobis haec otia fecit,

y juran no tener más Dios que el General, lo mismo que el virgiliano personaje juraba no tener otro Dios que el César, es natural que miren un poco para adelante y hagan porque la felicidad les dure.

Sin embargo, de los mismos cánticos de alabanza que dedican al Instituto los principales beneficiados, se deduce claramente su esterilidad; porque si puestos en el empeño de inventariar y ponderar sus servicios, no citan más que algunos sin importancia, como la medición de la base de Aarberg, es porque no tienen otros.

Esta medición de la base de Aarberg la cantaba en *El Liberal* un amanuense del general Ibáñez en estos términos:

«*Otro triunfo de valor inestimable fué obtenido cuando marchó á Suiza el general Ibáñez para cooperar á la medición de algunas bases geodésicas que sirvieran de partida á ulteriores operaciones. Desechada la base central propuesta por los suizos, y habiendo modificado también el general Ibáñez la red especial de enlace proyectada, se procedió bajo su dirección y con su aparato á la doble medición de la base de Aarberg, en Berna, por el personal de nuestro Instituto. La tercera medición hecha por los suizos resultó de perfecto acuerdo con las dos anteriores. Plácemes y alabanzas se tributaron entonces al general Ibáñez por los delegados del Gobierno suizo y por la Conferencia Internacional de Geodesia, reunida á la sazón en Munich, felicitaciones que, dirigiéndose á*

un español, realizaban el buen nombre de nuestro país.»

Y aligeraban el bolsillo de los contribuyentes. Porque á este pobre país nuestro se empeñan los desinteresados panegiristas del Instituto Geográfico en obligarle á hacer el triste papel del cuervo de la fábula, que dejó caer el queso por querer cantar, envanecido con las alabanzas de la zorra, que buscaba el queso precisamente. Y aquí nuestro país, por esos plácemes y esas alabanzas de Suiza á la persona del general Ibáñez, dejó caer un montón de miles de duros. La cosa pasó de esta manera. Los suizos nos pidieron la regla de platino empleada en la medición de la base de Madrideojos, para medir ellos una base; y nuestro Gobierno, á propuesta y solicitud del general Ibáñez, que no quiso perder la ocasión de darse pisto, animándose á la vez, sin duda por el estado floreciente de nuestra Hacienda, ó por la conveniencia de dar salida al dinero que nos sobra, en lugar de enviar á los suizos la regla que pedían, les envió la regla y el General con todo su estado mayor y menor, poniéndoles tren para que fueran y vinieran y se divirtieran por allá; es decir, pagándoles espléndidamente el viaje de ida y vuelta en primera clase, aun á los porta-miras, y el gasto de la estancia en Suiza por una larga temporada, con dietas superiores. «Nuestro país gastó un dineral; los suizos se rieron interiormente, y creo que exteriormente también de nuestra quijotería; pero el general Ibáñez tuvo el gusto de leer aquello de «Otro triunfo de valor inestimable fué obtenido cuando marchó á Suiza el general Ibáñez», etc.

Después de esto de la medición de la base de Aarberg, el servicio con que más ruido meten los heraldos del General y del Instituto, es el gran mapa de España, que, realmente, si se llegara á concluir, sería cosa ópti-

ma; pero que sobre la contra de tardar tres siglos en concluirse, que viene á ser como no concluirse nunca, tiene la de ser fabulosamente caro. En cuanto á esto último, según los cálculos de personas peritas, el coste de cada hoja, sin contar los gastos de litografía, tirada, material de campo y gabinete, instrumentos, primer orden geodésico y otras partidas que representan sumas importantes, asciende á *un millón trescientos ochenta mil novecientos cuarenta y ocho reales*; de suerte que, habiendo de tener el mapa *mil ochenta* hojas, el coste total de la obra, sin contar nada de lo arriba indicado, será de *mil quinientos millones*. Y en cuanto á lo primero, lo de la duración, suponiendo que cada año se publiquen cuatro hojas, lo cual no deja de ser mucho suponer, puesto que en los trece años primeros sólo se han publicado treinta, con las *mil ochenta* tiene el Instituto tela cortada para *doscientos setenta* años. ¿No hubiera sido más serio y de más utilidad práctica haber comenzado á hacer un mapa menos grande y menos detallado, que se pudiera terminar, por ejemplo, en un cuarto de siglo?

Aparte de lo inadecuado y extravagante del pensamiento, tampoco parece que en la dirección de los trabajos hay siempre aquel acierto que era de desear, y hasta de suponer, dada la sabiduría que se ha convenido en atribuir al Director; citándose en apoyo de esta apreciación el hecho de que en Andalucía se hicieran trabajos topográficos sin estar hechas las triangulaciones geodésicas, lo cual viene á ser como empezar á construir una casa por el tejado; y cítase también el hecho de que á los topógrafos que habían estudiado la provincia de Sevilla se les mandara pasar á continuar los estudios en la de Jaén, y á los que trabajaban en la de Córdoba se les mandara trasladarse con igual objeto á la de Cádiz, teniendo éstos que

pasar por la de Sevilla, y los otros por la de Córdoba, cuando era mucho más sencillo y más económico, que los de la provincia de Sevilla se hubieran corrido á la de Cádiz, que está lindando, y los de la de Córdoba á la de Jaén, también lindera, sin necesidad de dar esos saltos de caballo, inútiles para todo, como no sea para gastar dinero en viajes.

Así, por esta falta de dirección, se explica que los trabajos del Mapa, sobre resultar muy caros, adelanten tan poco. Fué creado el Instituto Geográfico en Setiembre de 1870, y se le encargó de la medición del territorio, que había corrido á cargo de la Comisión de estadística, que después se llamó Junta. En aquella época estaba casi terminada la observación de la red geodésica de primer orden, puesto que de 285 vértices que comprenden las cadenas, sólo faltaba la de 75. También se había medido la base central. El relleno de cuadriláteros estaba más atrasado, pues sólo se había llevado á cabo en las provincias de Toledo, Córdoba y Madrid, la triangulación de segundo orden en la de Madrid, y las de los tres órdenes en las Baleares. Estas operaciones, y las catastrales, ejecutadas sólo en la provincia de Madrid, el plano de la corte y los de otras importantes poblaciones de la Península, ocupaban el escaso personal que tenía la Junta.

Decretada en aquella fecha la supresión de los trabajos catastrales por creer que, no llevando al día los cambios que sufre la propiedad, no darían aquéllos el resultado principalmente apetecido, que era la distribución equitativa de los impuestos, se ordenó emprender la formación del Mapa, sin perder de vista el estado económico de la nación, y teniendo muy en cuenta la necesidad de ayudar al mejoramiento de la Hacienda, descubriendo la riqueza oculta que no contribuía y facilitando datos im-

portantes para la confección de amillaramientos, que hacen tanta falta.

Conforme al decreto de creación, el Instituto comenzó las operaciones topográficas, y en 1876 se habían llevado ya á cabo en las provincias de Jaén, Sevilla, Cádiz, Málaga, Córdoba, Albacete y Madrid: siete provincias que miden 7.873,000 hectáreas. Desde su creación hasta 1876 se puede llamar el primer período del Instituto, y el plan á que entonces obedecían sus trabajos, aunque con errores indisculpables, se adaptaba al decreto de origen y cumplía los fines para que había sido creado.

Pero cuando, ya libre el Instituto casi por entero de los gastos que ocasionaban los trabajos geodésicos de primer orden, parecía natural que su actividad se concentrara en los de orden inferior, impulsando al mismo tiempo los topográficos, puesto que contaba con los mismos recursos de personal adiestrado y de presupuesto, sucede todo lo contrario: el Instituto comienza á dedicarse á trabajos de lujo, gasta lo consignado para trabajos geodésicos en la medición de alguna base, lleva su personal á Suiza á medir la de Aarberg á costa del Estado español, invierte fuertes sumas en el enlace de la triangulación de la Península con la de Argelia. Por cierto que mientras el Gobierno francés enviaba un capitán de Estado Mayor á hacer la observación de la estación de enlace, de aquí iba el General en persona á hacer al vértice una visita, que no tuvo por entonces otros resultados tangibles más que la concesión del empleo inmediato al jefe que hacía la observación y al teniente encargado de armar la tienda de campaña; pero que, andando el tiempo, ha servido también de pretexto para conceder al General visitador un título nobiliario. Y viva el rumbo.

Desde 1876, con un personal más numeroso que el que

había cuando se ejecutaban los trabajos geodésicos de primer orden, no se acomete el relleno de cuadriláteros ni se hacen apenas trabajos geodésicos, como no sean las triangulaciones de segundo y tercer orden en las provincias de Toledo, Ciudad Real y Albacete. Y en cuanto á los trabajos topográficos, en casi todos los que hace el Instituto se comete la grave falta de no apoyarlos en los geodésicos, efecto del atraso y del abandono en que están estos últimos, atraso y abandono que llegan al extremo de no haberse hecho todavía en parte de Andalucía la observación de la red geodésica de primer orden, al cabo de diez y ocho años que hace que el Instituto funciona, y atraso y abandono que son tanto más injustificables, cuanto que figuran en el Instituto un número respetable de geodestas, aunque algunos figuren para cobrar la nómina y ocuparse en cosas ajenas al Instituto.

Desde la misma fecha de 1876 comenzó á seguirse en los trabajos topográficos otro plan más costoso y menos útil, con la mira única de la publicación del Mapa, siendo el resultado de tanto desacierto el que no se hayan ejecutado en los últimos doce años más que los trabajos de las provincias de Ciudad Real y Toledo, y ésta no en su totalidad, en junto 3.477,000 hectáreas, menos de la mitad de los 7.800,000 y pico de hectáreas de los primeros cinco años. En mucho más de doble tiempo, mucho menos de la mitad de trabajo. ¿No es esto caminar á la perfección apresuradamente?

El Instituto Geográfico sostiene una litografía montada con extraordinario lujo, á pesar de lo cual, á veces se dan trabajos á hacer fuera. Verdad es que también á veces se ocupa la litografía de casa en hacer tarjetas, partes y algún título de esos muy historiados y muy caros, pero sin más utilidad para el país que la de satisfa-

cer el orgullo de una persona. Así se explica que el grabado y litografía del Mapa, que en el primer presupuesto anual figuraba con *veinte mil pesetas*, figure en el vigente con *noventa y tres mil ciento cincuenta*; y aún deben agregarse á esta suma los sueldos de bastantes topógrafos y porta-miras que prestan servicios en este ramo, desatendiendo los suyos propios; de modo que no bajará la verdadera suma de *ciento cuarenta mil pesetas*. Eso sí, las hojas del mapa son lujosísimas en escala de 1/50,000 y á cinco colores; pero sobre costar muy caras al país, cuestan también muy caras al particular que desea adquirirlas, mientras se regalan con profusión á senadores y á diputados, y en general á todos los que mejor podían pagarlas.

También sostiene el Instituto un taller de carpintería, presumo que con la disculpa de hacer ó de componer útiles de campaña; pero como sin duda no todos los días se rompen miras, ni trípodes, ó no se rompen bastantes para ocupar la actividad del taller constantemente, suele ocuparse en hacer muebles de lujo, ó en reformarlos; en poner, v. gr., coronas de marqués en todos los muebles del Director, recientemente agraciado con ese título.

Otro servicio que presta el Instituto Geográfico es el de pesas y medidas, que figura en el presupuesto con un costo de *treinta mil ochocientas ochenta y ocho pesetas*. Creada la comisión de pesas y medidas en 1849 para plantear el sistema métrico decimal, ha debido desaparecer después de planteado, dejando al tiempo el trabajo de aclimatarle, pues si con el tiempo no se aclimata por no reunir condiciones de adaptación al uso ordinario y por no haber sentado bien en el país la innecesaria y ridícula innovación, tampoco se aclimatará por las presiones oficiales. Pero caso de continuar existiendo la comisión, lo

natural era que ese servicio se cubriera con sus propios rendimientos, sin gravar el presupuesto con gastos de casa, personal y material de comprobación, para regalar los fuertes ingresos que producen las oficinas de Madrid y Barcelona al feliz mortal encargado de ellas. En las provincias de tercer orden, este servicio produce muy poco, no pasando en algunas de 1,000 pesetas anuales, por lo cual suele estar casi siempre vacante el cargo, ó desempeñado por un empleado de estadística. Pero en Madrid, Barcelona y demás poblaciones de importancia, ya es otra cosa. Antes en Madrid constituía este servicio de fiel contraste uno de los mejores recursos del ayuntamiento, á cuyo cargo estaba, produciéndole unos *diez mil* duros anuales. Pero sin duda al general Ibañez se le antojó un día ser fiel contraste, como luego se le ha antojado ser marqués, y el ministro inverosímil de Fomento, que sabía lo que eran antojos, porque también á él se le había antojado ser ministro y después ser duque, dió gusto al General, y pasó el fiel contraste al Instituto Geográfico, concediéndole al mismo tiempo la subida del Arancel; de modo que ahora, según cálculos que deben ser bastante exactos, produce al año unos *veinticinco mil* duros, que, por supuesto, no ingresan en el Erario, como parecía lógico. Y cuidado que hace ya nueve años que la cosa está así; de suerte que en nueve años lleva percibidos el Instituto por este concepto doscientos veinticinco mil duros; cuatro millones y medio de reales.

Tras de este servicio del Instituto Geográfico, que, para el ayuntamiento de Madrid en particular, y aun para el país en general, es verdaderamente un flaco servicio, viene el de la Estadística, que no es mucho más gordo. Organizado en 1870, figuraba en el presupuesto con *cuarenta mil* pesetas para personal y *setenta mil* para ma-

terial: *ciento diez mil* en junto. Estas cifras ascienden en el presupuesto vigente á *trescientas veintidos mil trescientas* la primera y *setecientas treinta y ocho mil* la segunda, ó sea en junto *un millón y sesenta mil trescientas*. Es decir, que nos cuesta la Estadística á los diez y ocho años, diez veces más que cuando empezaba.

Los trabajos del Instituto en este particular se reducen al movimiento de la población, emigraciones é inmigraciones, y á los censos verificados en 1877 y 1887. Debe notarse que los resultados de los censos de 1857 y 1860, hechos por la Junta de Estadística con muy poco personal fijo y sin precedentes desde el año de 1826, fueron conocidos á los quince meses; mientras que el resultado del de 1877, hecho por el Instituto con abundancia de personal y de recursos, como que costó al Estado y á las provincias *veinte millones* de reales, no fué conocido hasta 1883, es decir, á los cinco años, y el de 1887 aún no se conoce ni un avance.

Por lo demás, hay cuarenta y nueve oficinas provinciales permanentes de Estadística con carácter cuasi-independiente de los gobernadores, y dependientes del Instituto, que viene á ser una especie de cantón administrativo, las cuales, en la mayor parte de las provincias, apenas hacen más que coleccionar los estados de nacimientos y defunciones que remiten los jueces municipales.

En resumen: al Instituto se le conceden todos los medios necesarios, y aun algunos superfluos, para llevar la Estadística á la última perfección; no se le escatiman Reales órdenes para que pueda molestar á los párrocos y á los jueces pidiéndoles noticias que no suele pagar sino con notable retraso, y, sin embargo, todos los trabajos estadísticos que publica están plagados de inexactitudes, y

no se puede fiar de ellos para nada. En el año de 1876 publicó el Instituto Geográfico y Estadístico con muchas campanillas un *Nuevo nomenclátor de las ciudades, villas, lugares y aldeas de las cuarenta y nueve provincias de España*, y después de un título tan largo y, por decirlo así, tan portugués, hay en el libro muchos datos de población y de distancia equivocados, y hasta faltan radicalmente muchos pueblos. Hace poco fui yo á buscar en este *Nuevo nomenclátor de las ciudades, villas, lugares y aldeas*, etc., un pueblo de Asturias llamado *Pendones*, cuya existencia me constaba perfectamente, y no le hallé porque no le trae; pero le hallé con todos sus pelos y señales, ¡pásmese el lector!, en el humilde *Anuario del Comercio*, que publica la casa de Bailly-Baillièrè sin subvención y sin pretensiones.

Fuera de esto, la ocupación más frecuente del Instituto, ó dígase la afición más decidida del general Ibañez, es la de publicar tomos de memorias y otros libros lujosamente impresos, perfectamente inútiles y que nadie compra, pero que el General regala generosamente á los personajes políticos, los cuales, ó porque conocen su inutilidad, ó porque no tienen afición á leer, los envían á las librerías de viejo, donde toman asiento perdurable. El último de estos libros es una voluminosa *Reseña geográfica y estadística de España*, que, tanto por su importancia aparente, como por su real y verdadera inutilidad, merece capítulo aparte, en el cual se acabará de hacer patente que el Instituto Geográfico y Estadístico, con todo su general Ibañez, sin excluir ni siquiera la sabiduría de este señor, costando muchísimo dinero al país, para nada ó casi para nada sirve.

ANTONIO DE VALBUENA.

CARTAS SOBRE LA EXPOSICIÓN

III.

Sr. Director de LA ESPAÑA MODERNA.

YA estoy, ó cuando menos tengo obligación de estar, en mi elemento, puesto que voy á hablar de trapos y moños, conversación tan simpática para las mujeres, y en la cual, diga lo que quiera el profano vulgo, no sólo puede, sino que debe entrar una mediana dosis de sentimiento artístico, que es como la filosofía de estas frivolidades trascendentales.

Á la verdad, me alegraría mucho de salir con color del empeño, siquiera fuese solamente por desmentir la mala fama que tenemos las escritoras en materias de elegancia y gusto. En efecto: si el turbante de Mad. de Staël ha pasado á la historia, y las botitas con tacón fuerte y el tapabocas encarnado de Jorge Sand son ya únicamente un recuerdo típico del romanticismo, todavía asegura la gente que las señoras instruidas ó dadas al cultivo de las letras se llevan la palma en vestir charro, exagerado, an-

ticuado ó ridículo. Un recuerdo de mi infancia es la ilustre condesa de Mina, después duquesa de la Caridad, y no sé lo que se me ha quedado más presente de aquella gran mujer, si su despejo y discreción varonil, ó los guantes de algodón á lo carabinero y la cofia extravagante que usaba hasta por casa. Ello es que las mujeres sabias y cultas pueden y suelen tropezar en dos escollos igualmente peligrosos: el exceso de lujo y oropel, los trajes llamativos y vistosos en demasía, ó el estilo cuá-kero y marimacho, el zapato de oreja, el pelo en *chichitos* y el traje plano, color de ala de mosca, sin adornos ni vanas superfluidades. Este último tropiezo ha sido, en mi opinión, uno de los desaciertos de las nihilistas rusas, quienes cometieron la atrocidad de raparse las cejas y usar gafas azules. La mujer no debe prescindir jamás de presentarse bien aliñada y grata á la vista, y lejos de mermar los fueros de la estética, toda persona inteligente ha de aspirar á ensancharlos, haciéndolos extensivos al hombre, al cual nuestro siglo impone un traje tan grotesco y feo, que es inconcebible no haya sido desterrado ya.

En cambio, el de la mujer, desde algunos años á esta parte, se perfecciona y agracia cada vez más, habiendo alcanzado, en este año de la Exposición, un toque supremo y delicadísimo de sencillez exquisita. Las épocas históricas y literarias imprimen á los trajes y adornos, y hasta al tipo físico de la mujer, sensibles modificaciones, que la mirada escrutadora de un Balzac ó un Daudet advierte al punto. Bajo María Antonieta, la corte, deseosa de sacudir del todo la solemne y fastuosa etiqueta del pelucón de Luis XIV, —etiqueta ya muy relajada en los últimos años de Luis XV;— penetrada además por el ambiente de égloga y pastorela que las letras respiraban, se entregó á los dulces jugueteos rústicos de Trianon, y, fatalmente,

la moda trajo los sombrerillos de paja coronados de rosas, los cayados, los *fichús* de muselina, los primeros percales (hasta entonces no se concebía la dama sino vestida de seda), y otros mil detalles graciosos en que se reconoce la influencia de la elegante y desdichada esposa de Luis XVI. Vino la Revolución, y su mezcla de sensibilidad y estoicismo romano y griego se reflejaron en la moda también, según no ignora nadie que haya visitado los Museos franceses. La protesta aristocrática, en la época del Directorio, tomó forma de lazos de cinta, solapas exageradas y dijes chocarreros, gala de los petimetres y lechuguinos (*muscadins*). El Imperio, con sus alternativas de júbilo y susto, el orgullo de las victorias, la brillantez de sus uniformes y la forzosa rapidez de sus aventuras amorosas, dió á la mujer brillo y marcialidad, la coronó de plumas y pedrería (por entonces una diadema le caía á cualquiera del cielo), y la hizo aguerrida, fuerte, amazónica, de hermosos brazos, color fresco y resplandeciente mirar. Vinieron el romanticismo y la restauración, Chateaubriand y Lamartine con sus tristezas elegíacas, y la mujer palideció, prolongó el talle hasta los pies, desflecó el cabello en virutas, puso los ojos entornados y adoptó continente angélico. El segundo Imperio, con sus agiotajes y su sed de goces positivos, su cosmopolitismo y su música de Offenbach, trajo modas violentas y dispendiosas, las largas colas, los peinados monumentales y bizantinos, las botas altas y el miriñaque escandaloso. Época de menos sobriedad y gusto en el traje de la mujer, ni se ha visto ni verá. El conjunto de la gentil forma femenina desaparecía bajo postizos armatostes, de los cuales podía decirse lo que Alarcón en *La Verdad sospechosa*, acerca de los almidonados canjilones que en su tiempo ostentaban los galanes :

«Una valoncilla angosta
Usándose, le estuviera
Bien al rostro, y se anduviera
Más á gusto á menos costa.»

Sólo que ocurría á las damas modernas lo mismo que á los galanes arcaicos :

«Todos dicen que se holgaran
De que valonas se usaran,
Y nadie comienza el uso.»

Fué preciso un cambio político radical, una guerra que mudó la faz del continente europeo, para que el traje de la mujer cambiase de rumbo y tomase la dirección racional, simpática y artística que hoy lleva.

Á raíz de la guerra franco-prusiana, la multiplicidad de los lutos, la amargura del vencimiento, impusieron á la mujer francesa los colores oscuros y las hechuras sencillas. Siempre que predomina una corriente de sencillez, la moda se acerca al ideal del arte: vestir y engalanar respetando la forma natural del cuerpo, sin desquiciar el talle ni desfigurar las líneas. Yo no diré que esto se haya obtenido completamente, pero sí que á eso se propende, y este año más que nunca.

Así como en ciertos períodos literarios se distingue claramente una estela de ideas que procede de algún país extranjero, y se ve, pongo por caso, la filiación árabe del *Conde Lucanor*, ó el origen español del *Bachiller de Salamanca*, en la moda de este último cuarto de siglo se advierte, mezclada con la dominante influencia gala, la británica, que ha logrado imponerse en el mismo París, á despecho de la poca afición de los franceses á dividir con nadie el monopolio de cosa alguna. La moda inglesa se apoderó de la ropa de hombre, y luego se impuso á los

chiquillos, que ni son hombres ni mujeres, sino querubes: les prescribió cómo habían de cortarse el pelo, vestirse higiénica y pictóricamente, y calzarse con distinción; les ofreció el único encaje que pueden usar, porque resiste al juego y á las travesuras. Poco á poco fué insinuándose en el atavío de la mujer, no aspirando de pronto á dominar sino en las prendas prácticas y útiles: el impermeable, el *ulster* de viaje, que preserva del polvo, el traje de playa, la chaqueta de paño, el cuello, la pechera y la corbata masculinas que tan picaresco hechizo comunican á las doncellitas de quince á diez y seis años. Hoy el *chic* inglés ha triunfado: en las modas de este año, en las mangas ajamonadas y las telas candorosas, sobre todo en los sombreros de dimensiones descomunales, con puntillas que flotan y envuelven en un nimbo de dulce sombra el rostro, se advierte el influjo estético indudable de Kate Greenavay y sus originales dibujos.

Por los sombreros quiero empezar, puesto que la cabeza es la parte más noble del cuerpo. Los sombreros de este año demuestran que la moda está en un buen momento de poesía unida á la razón. Dos años hace, el sombrero capota se usaba altísimo, empingorotado, de tres pisos con entresuelo; lo cual era absurdo, porque la capota, que descubre la frente, debe ajustarse al tamaño de la cabeza y adornar y aureolar la cara. Así son los de ahora. Un casquetito que encaja perfectamente sobre el breve peinado actual; algunas flores ó una fina nube de arrugado tul; pocos cintajos, pocas plumas, ninguna bisutería, armazón ligera que no pese ni moleste, componen las delicadas capotas que he visto en el Campo de Marte y más aún en los teatros. El sombrero redondo, en cambio, es inmenso: mas no lo censuremos, porque tiene su razón de ser; el sombrero redondo cubre la

frente y resguarda del sol ; no hay que extrañar que le crezca el ala. La copa es plana, y la materia de que se fabrican estos sombreros levísima, por lo cual desaparece su inconveniente mayor, que sería el peso. Con la paja calada, el encaje y la supresión de los adornos metálicos y de las cintas de terciopelo, los sombreros mayores no pesan ni media libra.

Corren este año vientos idílicos y naturalistas, y se reflejan—¡quién lo diría!—en el adorno del sombrero femenino. Nótase en él una falta de simetría muy grata, que no carece de arte; un descuido con cuidado, que es la nata de la coquetería. En efecto: el sombrero más elegante de los que por aquí se ven es muy parecido al que podría armar una zagala deseosa de conquistar á algún Melibeo, enroscando una florida guirnalda de saúco ó madre selva alrededor de un capacho de paja. Quiero decir que sólo se adornan con flores, y á veces con rama de vid ó yedra, puesta al desdén, al caer de su propia hechura.

Sí, los sombreros de este año son floreales, y en las mismas capotitas reina la flor, haciendo corona. Y nótese un pormenor que evidencia más el carácter primaveral é idílico de las modas de la Exposición. Lo que domina es la flor blanca y la hoja verde pálido; la margarita, el espino albar, la lila blanca, la *bola de nieve*, la rosa blanca, también se llevan la preferencia. La moda se inclina al candor, á la modestia, á los tonos mates y frescos, y el colorido dominante es esa nota fina, gris ceniza, predilecta de los pintores de las Exposiciones recientes.

El colorido es muy expresivo. En las épocas trágicas de la Historia, durante el Renacimiento, v. gr., el color de las ropas es vivo, intenso, rico, entonado; las telas majestuosas, de pliegues opulentos, que realza el oro. La púrpura triunfa; el verde es metálico, el azul, turquí. Con

el fanatismo religioso, los Puritanos, vienen los tonos sombríos, apagados y lúgubres. Con la afeminación y la galantería, los colores bonitos, rosas y azules, la tonalidad fantástica de Watteau. Con una edad de individualismo como la nuestra, en que la aspiración de todos es pasar inadvertido en la calle y aparecer al mismo tiempo *correcto y distinguido*, si alguien se fija, tienen que predominar los matices limpios, discretos, que aparentan seriedad, y sin embargo no pueden confundirse con la librea de las clases trabajadoras.

Colores hay enteramente desterrados del traje de la mujer elegante en la Exposición. El granate y el lacre rabioso; el naranja, que hace cinco años se disfrazó de *color volcán*; el azul declarado; los canelas, chocolates y castaños oscuros, que tan injusta popularidad lograran últimamente; el rosa impúdico, y otros tonos que aún se pavonean en las fiestas provincianas, ni asoman por allí. Verdes hay muchos, y esto prueba, en mi opinión, que el idilio se respira; pero ¡qué verdes tan desleídos, tan velados, tan pasados, tan de transición al gris, tan semejantes á los que se ven en las cintas archivadas en los cajones de una abuela! Estos verdes, que desafinarían combinados con algún color fiero, se suavizan y funden al juntarse con el blanco, el ceniza, el lila. Del negro dicen siempre los cronistas de figurín que «se lleva mucho»: á la verdad, no en la Exposición, donde el gris le ha suplantado. El negro es un género de elegancia al alcance de todas las fortunas y de todas las imaginaciones; su mezcla con los bordados de azabache había llegado á ser nauseabunda, á fuerza de usarlo hasta las modistillas y las mozas del partido; á Dios gracias, ya en la Exposición el negro que se ve es mate y flexible, sin caparazón de vidrio ni colgantes de esos que van soltándose al andar.

El carácter esencial de las telas de este año es la flexibilidad: son telas gratas al tacto como á la vista, de pliegues muelles y fofos: si alguna seda ó tejido recio se pone, va por debajo, haciendo de armazón, y escondiéndose, como avergonzada de su esplendor, á la sombra de las muselinas, batistas y lanillas espumosas. El estampado de los géneros suele ser de flores. Los arabescos exagerados, los floricones churriguerescos que parecen una mueca del traje, han desaparecido, y ¡vayan benditos de Dios!; pero la flor natural, con su color y forma encantadora, hace el gasto. Sembrados de violetas, de margaritas, de *no me olvides*, de briznas, de lila, de convalarias, son el adorno de los fulares y sargas de seda.

Hay para el traje leyes de estética que no pueden desconocerse ni infringirse. Alguna vez el capricho de la moda impone que se estampen en los géneros objetos repulsivos ó vulgares: lagartos, culebras, moscardones, cabezas de negro, herraduras, látigos y hasta *jockeys* de cuerpo entero. Una señora discreta no incurrirá en semejantes deslices. Si los excusase la utilidad, anda con Dios; pero ¡engalanarse con un *deshabillé* sembrado de barómetros, ó bordando un sapo y una langosta en las vueltas de un abrigo! *Vade retro*. En cambio, las flores son el adorno más femenino y más seductor. Las damas japonesas usan en cada estación del año trajes recamados con las flores y plantas propias de la estación misma, costumbre que debiéramos imitar las europeas.

Los cortes y hechuras de los trajes son lisos, lisos del todo, sin un mal recogido, sin un encrespamiento de tela. Los *polisones* se han deshinchado tanto, que parecen obleítas: apenas señalan una curva que destaca la cintura. Suprimirlos del todo, sólo creo que lo habrán hecho las moradoras de algún poblachón, de las que toman las

cuestiones de figurín al pie de la letra. Una innovación advierto, que me parece muy acertada y muy linda: y es, la restauración de los escotes y de las mangas cortas, y la proscripción total de esos horribles cuellos-carlancas que tapaban y entiesaban la garganta de las mujeres, sofocándolas en el verano y quitándoles la gracia en todo tiempo. Estilo austero venido del Norte, de tierras donde el clima es frío, la religión gazmoña y los pescuezos largos, no convenía de ningún modo á nuestros países del Mediodía. Hoy, no sólo los trajes son derribados del cuello y entreabiertos por delante, sino que se ha renovado el estilo de usar telas transparentes, con forro escotado, para la calle. En cambio las mangas no son tan rabricortas como antes, y, por consiguiente, el guante no sube hasta tan arriba. Siempre los más finos son de Suecia: es la piel que más pronto se ensucia, y por consiguiente la más cara; pero es muelle y arruga bien, mientras la cabritilla ostenta un lustre desagradable, y la seda recuerda inevitablemente la media y el calcetín. No, no se puede calzar más guante que el de Suecia, ni de más color que de los tonos grises ó cuero que llaman *naturales*. Y para calzar bien la mano, guante flojo. El verdadero tamaño de la manecita no lo encubre el guante holgado, al paso que el justo la amorcilla y desfigura.

Metiéndome en interioridades, diré que tampoco el color de las medias puede elegirse á capricho, sino que ha de armonizar bien con el traje, y que el calzado prieto deforma el pie, por lo cual las señoras elegantes que se dejan pasear en sillón de ruedas á través de la Exposición, llevan bota ó zapato de hechura prolongada, de corte escogido, pero cómodo. Mas no es novedad especial de este año: hace bastantes que Inglaterra triunfa en cuestiones pedestres, imponiendo el zapato flojo y el tacón ancho.

Abrigos, no es en verano cuando se discurren más variados, y casi no he visto otros sino la chaquetilla de paño, recta por delante y ajustada por detrás, que ya va siendo prenda de uniforme para las salidas de trapillo y el mañaneo. No pecan de baratas si son—como deben—obra del sastre inglés, cortadas de un modo impecable, de paño de primera, forradas de tafetán tornasol riquísimo, y con algún atinado golpe de trencilla en pecho y bocamangas. Semejantes chaquetas parecen nada á primera vista, y sin embargo pertenecen á lo que podemos llamar el *lujo hipócrita*: no cabe en ellas término medio; han de costar por lo menos seis ú ocho libras esterlinas, y si no, no pueden llevarse. Ellas han desterrado la antipática *visita*, con la cual las mujeres se me figuraban pájaros bobos, sin poder menear los brazos. Hubo una modista que á principio de estación intentó aclimatar un género de abrigo muy feíto, dividido en pisos como la torre Eiffel, de tres esclavinas sobrepuestas; pero la cosa no cuajó: era desairada como ella sola.

Nadie ignora la magnificencia con que la joyería se ha presentado en la Exposición: hay instalaciones capaces de trastornar la cabeza á la mujer más formal; y, sin embargo, ninguna joya especial de este año, ninguna innovación importante como la de los pendientes de tuerca, se ve asomar por el horizonte. Nótase, eso sí, la misma tendencia que hace tiempo se ha iniciado, á relegar la joya á su puesto natural, el de *accesorio* de la mujer. Los aderezos ó *ternos* simétricos de hace veinte años, compuestos de pendientes, brazalete, alfiler, collar, diadema, agujas....., han pasado definitivamente á la historia. El ideal de la joya contemporánea es que no atraiga la vista, y no hastíe el espíritu con su uniformidad y la repetición de una misma nota brillante en orejas, garganta y pecho. Lo

imprevisto, lo caprichoso, lo poético, ha reemplazado á lo fastuoso y refulgente. La dama no llevará por nada del mundo pendientes y alfiler *que hagan juego*: una corona heráldica (si tiene derecho de usarla) se admite, aun cuando es demasiado solemne: mejor estará una mariposa ó libélula de esmeraldas, brillantes ó rubíes prendida con negligencia en un lazo; un agujón de pedrería sujetando el sombrero; un frasquillo de rico esmalte medio oculto en el guante y delatado sólo por su rica fragancia; unas hebillas de oro cincelado en el zapato *Molière*; un par de gotas de agua bien claras y gordas en las orejas, destacándose sobre el limpio cuello; un alfiler de oro rematado en una perla y clavado al desdén entre los encajes; una miniatura antigua orlada de diamantitos minúsculos; unos botones de turquesas abrochando el corpiño.... Como siempre en tiempo de Exposición, y en todo tiempo en París, asoma una novedad chabacana: la de este año es el *reloj-brazalete*. Digo de él lo que dije de las telas estampadas con patas de gallo ó rabos de lagartijas: la estética prohíbe estas ensaladas: lo útil no puede presentarse como elemento ornamental: el brazalete es un adorno, el reloj un instrumento de utilidad para saber la hora: puede enriquecerse, incrustarse, cincelarse, pero siempre debe ir oculto: por eso las *châtelaines* cayeron pronto en desuso, y á las pulseras-relojes les sucederá lo mismo.

Á imitación del siglo XVIII (que fué un siglo primoroso, no puede negarse), hoy se emplea la joyería en menudencias de tocador que antes no se juzgaban dignas de honra tan alta. Los cepillos, peines, limpia-uñas y frascos se blasonan, esmaltan y enriquecen con pedrería, y las *impertinentes* ó anteojos de tallo largo, más de moda que nunca, llevan sobre la rubia concha cifras de diamantes. Los gemelos de teatro son de oro ó plata cincelada, y

cifrados también. Hasta en las puños de los paraguas ha entrado la orfebrería. No escribiré, como los revisteros y revisteras al uso, que «he visto en el soberbio trousseau de la Marquesita X***....» un paraguas notable: prefiero decir con toda verdad que el paraguas es mío propio y que tiene el puño de oro cincelado, con inicial de brillantitos resaltando sobre una amatista. El puño es liso y sin rebordes, según conviene para no desflorar el guante ni arrancar los encajes de las mangas. La montura es de las que llaman *bastón Directorio*: una larga y gruesa caña, con un lazo al pie del puño: y la seda, tornasolada, con reflejos amatista. De bastones sirven hoy en realidad los paraguas: se llevan á todas horas, aunque no amenace lluvia ni pique el sol: apoyan el andar y hacen elegante la silueta. Su alzada es cada vez mayor, y recuerda aquellas graciosas caricaturas en que una señorita metida en un coche, deja asomar por las ventanillas á un lado y á otro media vara de puño y otra media de contera de su paraguas-sombrilla.

Para el final he dejado la moda de más miga y de menos aplicación real de este año: la única que pudiera, si no entrañar una revolución social, al menos cooperar á ella poderosamente. Ya comprenderéis, ¡oh severos lectores y lectoras asustadizas!, que hablo del *divided skirt*, ó sea del traje con pantalones.

Sólo se escandalizarán los pusilánimes. Yo no. Me parecerá siempre más escandaloso que la mujer se degrade y caiga en la abyección por no poder ganarse honradamente la vida, que ver expuesto en un escaparete un traje airoso y práctico, cuya creación, obra de eminente sastre inglés, se debe á la necesidad en que se ven muchas norte-americanas de andar aprisa y no enredarse en las enaguas cuando suben á tranvías, coches y barcos de

vapor. El pudor y la decencia (que son hijos de la civilización y no de la inocencia primitiva, aunque otra cosa se figure la gente rutinaria) quedan mil veces más á salvo con el *divided skirt* que con los provocativos faralaes, que en momentos de apuro, viajando y andando aprisa, se pasan de indiscretos. Si á esta condición de resguardar la honestidad se añade la de la baratura, abrigo, ventajas higiénicas y gusto estético, insisto en que no veo motivo de escandalizarse. ¿No tienen todas las señoras trajes muy distintos para las diferentes circunstancias de la vida? ¿No hay vestidos de *trote*, de *callejeo*, de *casa*, de *baile*, de *comida*, de *baño* y *playa*? ¿Pues por qué no ha de haber el de *viaje* y *trabajo*, y no ha de ser éste el *divided skirt*, con su gentil zuava, su bonito faldellín, sus pantalones bombachos decorosos y bien hechos?

Todo esto me parece muy obvio; existe contra el *divided skirt* el reparo que el personaje de Alarcón alega para sustituir los canjilones por el cuello á la valona: que «nadie comienza el uso». Dícese que un sastre ó modista ofreció premios en metálico á las primeras que se echasen á la calle con el pantaloncillo á la zuava. Increíble parece que de tanta mujer como anda por París deseando exhibirse, no haya tres que se concierten para hacerse en un día más famosas y nombradas que Edison y Eiffel. Es que salir así pide más valor moral que entrar en el cuarto de un varioloso ó ponerse ante la boca de un cañón cargado para recibir la bala. Yo creo que el sastre del *traje partido* es un genio que se adelanta á su siglo y á su era.

Me he extendido tanto, que ya no me queda sitio para tratar de los espectáculos propios de la Exposición. Lo aplazo para mi carta próxima. ¿Ven Vds. lo que tiene ponerse á charlar de modas?

EMILIA PARDO BAZÁN.

SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA

Plan de Congreso americano en los Estados Unidos. — Su probable tendencia. — Excitación á nuestro Gobierno, de acuerdo con las que ha hecho al suyo *Le Temps* de París. — Despecho que causa en algunos países la actitud de España con ocasión del próximo Centenario del descubrimiento de América.

Reformas proyectadas en Filipinas por el señor ministro de Ultramar. — El doctor *Blumentritt* y sus últimas publicaciones hispano-filipinas. — Las de *Quiouquiap* y *D. Wenceslao E. Retana*. — Movimiento lingüístico. — Trabajos de un *Misionero jesuíta* y del Sr. *Pardo de Tavera*. — Nueva Revista, LA ALHAMBRA.

LA circunstancia de dar comienzo á este artículo fuera de Madrid todavía, nos impide ahondar un punto, ó, dicho mejor, esclarecer una noticia, que no vacilaremos en calificar de trascendental para el porvenir de América y de Europa, comunicada por telégrafo el 1.º de Agosto. Según *Le Temps* de París, en el mes próximo de Octubre va á reunirse en Washington un Congreso, que puede tener gravísimas consecuencias para el comercio europeo, pues parece que será exclusivamente americano, y en él ha de tratarse de establecer un *Zollverein*, ó liga aduanera, entre todas aquellas naciones, excluyendo, por consiguiente, á las de Europa.

Alarmado con muchísima razón el periódico francés,

excita á los fabricantes á hacer toda clase de esfuerzos para evitar esa verdadera catástrofe mercantil, á la cual atribuye un carácter de lucha entre el sistema prohibitivo que hoy profesa la Unión americana, y el libre cambio que, con más ó menos oportunismo, profesan los Gobiernos europeos; aspecto que, en nuestro sentir, empequeñece la cuestión verdadera, que es más alta y más grave todavía. En el fondo se trata de una aplicación monstruosa de la doctrina de Monroe, sintetizada, como saben nuestros lectores, en aquella célebre frase: *América para los americanos*.

Hace tiempo que vienen los Estados Unidos, no ya prescindiendo sistemáticamente de Europa y de los intereses europeos, sino hostilizándolos de una manera abierta y declarada. El carácter irascible y tenaz de los antiguos puritanos, infiltrándose y compenetrándose con la soberbia de una mesticería joven, potente y desaforada, ha producido esa hibridez del *yankee*, que á todas las malas condiciones de las razas mezcladas, reúne el formalismo y el *savoir faire* germano con la cultura y la brillantez latinas. Servidas estas cualidades por una riqueza fabulosa, por un país exuberante de población y producción, y más que nada por las discusiones y el sempiterno estado crítico de los pueblos europeos, que no les permitieron en la guerra de secesión hacer la política trascendental que en la España del pasado siglo fué una torpeza insigne, pero que en la Europa del presente hubiera sido una habilidad consumada, al Gobierno de la Casa Blanca no le ha faltado, hasta cierto punto, razón para creerse objeto providencial de destinos excepcionales, y quizá llamado á contradecir las leyes históricas que rigen á la humanidad. La crisis que debió marcar el principio de su lógica decadencia, decidió, por lo contrario, de su des-

arrollo y engrandecimiento. Otra cosa hubiera sido, repetimos, si los Gobiernos europeos en la pasada guerra civil de los Estados esclavistas contra los abolicionistas, puestos de acuerdo para hacer una política previsora y unánime, hubieran evitado la reconstitución de ese imperio colosal, que puede ser un peligro para todos el día que su Gobierno crea más propicio á sus miras ambiciosas. No falta ya alguna corriente de opinión que las prepare, y la necesidad de gastar los enormes sobrantes de sus rentas traerá indudablemente la hora de las aventuras, que será también la de su decadencia ; pero agravando al mismo tiempo los peligros para la paz del mundo.

Entretanto, al fracaso de la empresa del canal de Panamá, amenaza seguir otra complicación no menos grave, si el futuro Congreso acuerda algo parecido á la liga aduanera de que se habla, que crearía al comercio europeo una situación desventajosísima en los puertos americanos. Apenas alcanza la mente á concebir que en el siglo XIX se realice tan absurdo proyecto, que sería la señal de una guerra de tarifas verdaderamente desastrosa y de una política de represalias tan funesta para Europa como para América. Porque la una necesita de la otra, como el cuerpo necesita de los brazos, en este admirable plan divino que rige nuestro planeta, como ya advirtió Fr. Luis de Granada al decir que Dios había hecho á las naciones desiguales en productos y aptitudes, para que, necesitándose unas á otras, pudieran con más facilidad amistarse y contribuir á la paz y la armonía, que es el primer fundamento de toda civilización ; de suerte que si América produce, en efecto, abundantes y valiosos frutos, de que no pueden prescindir hoy las naciones europeas, son, por regla general, primeras materias, que manufacturadas le devolvemos, cambio y comercio que no puede alterarse

sin un gran trastorno de los intereses mutuos, que tendría por término la guerra en sus aspectos más ruinosos y trascendentales.

Afortunadamente, no son tan homogéneos los intereses americanos que pueda el de los Estados Unidos sobreponerse y prevalecer en el futuro Congreso, pues las naciones de origen exclusivamente latino, las que fueron y siguen siendo exclusivamente españolas en su espíritu y en su lengua, carecen hoy por hoy de los grandes recursos necesarios para hacer frente á una situación que no tendría semejante en la historia. Puede hasta cierto punto el Gobierno de Washington repetir con Inglaterra el bloqueo continental y negarle sus primeras materias, siempre corriendo el peligro de que las traiga de la India, para lo cual se viene preparando con prudente previsión desde el siglo pasado el Gobierno de Londres; pero las circunstancias de la América española son tan distintas, por la similitud de sus productos con los nuestros, que el comercio podría sin grandes complicaciones prescindir de ellos ó buscarlos en otra región del globo. Sus tradiciones, además, rechazan semejante política, muy ajena por cierto al ideal de federación hispano-latina que acariciaba el fundador de su independencia, Simón Bolívar. Mire, pues, bien América lo que hace, que en el momento presente de la historia más que nunca se impone la solidaridad mercantil, y podría labrar su propia ruina torciendo violentamente el curso de la civilización, que buscaría antes de tiempo otras latitudes para desenvolverse. Ya el África y el Asia se disponen á recibirla, y la primera se agita en convulsiones que parecen predecir próximos acontecimientos.

Bueno será, entretanto, que los Gobiernos, por su parte, no desoigan las excitaciones del periódico francés,

y nosotros esperamos que nuestro ministro de Estado tendrá muy fija su atención en el Congreso de Washington, si llega á verificarse; pues sin pecar de suspicaces, podemos creer que á España ha de interesarle muy particularmente lo que allí se determine, bien sea esa cuestión mercantil, bien otra que ha apuntado más de una vez en la prensa norteamericana, cual es disputarnos la primacía en el centenario del descubrimiento de América, primacía que, tanto aquella nación como Italia, se muestran poco dispuestas á consentir.

Con este motivo, debemos lamentarnos del abandono en que nuestra prensa política tiene un asunto de tanto interés para la honra de España, que ni secunda las escasas muestras de actividad que da de vez en cuando la Junta central del centenario, ni se toma el trabajo de refutar ó consignar siquiera las indicaciones hostiles á nuestro propósito que la prensa extranjera hace muy á menudo, demostrando así una vez más que las altas cuestiones que afectan al patriotismo y á la dignidad nacional le interesan menos que las chismeras y las agitaciones políticas. En nuestra modesta esfera, nosotros recogeremos un día todas las protestas que se vienen haciendo contra la actitud de España, para demostrar su nulidad é impertinencia, y entretanto excitamos á nuestros hermanos los escritores de la América hispano-latina, para que acudan al *Certamen internacional*, abierto en el pasado Julio por la Junta que preside el descendiente de Cristóbal Colón entre nosotros. Sería doble lauro para España que ellos fuesen los vencedores en ese torneo.

Pensábamos consagrar la presente Revista á varias publicaciones importantes que hemos recibido del Archipiélago filipino, y á otras que con igual objeto se han hecho aquí; pero la circunstancia de no haber aparecido

todavía en la *Gaceta* las múltiples reformas en que se ocupa actualmente el señor ministro de Ultramar, y que, según la prensa periódica, abarcan los más interesantes ramos de la administración de aquel país, nos obliga á limitarnos por hoy á una sucinta reseña bibliográfica, que sirva como de prólogo y boceto á estudio más detenido. Cuando las anunciadas reformas hayan visto la luz pública, será ocasión de volver sobre los asuntos de un país, que parece próximo á hacer, más ó menos lógicamente, evoluciones trascendentales.

Por la debida cortesía á un extranjero ilustre, obtendrá nuestra preferencia el doctor austriaco Fernando Blumentritt, que ha tenido la bondad de dedicarnos un opúsculo que acaba de imprimir en Barcelona, en alabanza, ó, dicho mejor, en defensa de la novela de J. Rizal, *Noli me tangere*, libro que, como ya apuntamos en nuestro artículo-prospecto de esta *Sección Ultramarina*, aparece impreso en Berlín sin fecha, y á nosotros se nos antoja que no lo fué sino en la mismísima capital del Principado (1). Pero dejando aparte esta cuestión de cuna tipográfica, aunque tenga cierto interés, hoy aumentado para nosotros por circunstancias que en su día revelaremos quizá, nos duele ver al escritor austriaco, tan estimable por sus trabajos de lingüística hispano-filipina y por su manejo bastante cabal de nuestro idioma, interviniendo en una cuestión de orden interior político, para colocarse en actitud resbaladiza, inconveniente, en nuestro sentir, á un extranjero, alemán por añadidura. No es esto negarle en absoluto la competencia, según han hecho algunos periodistas filipinos, entre ellos el conocido por *Quioquiap*, por cuya razón arremete contra éste M. Blumentritt en cuantas oca-

(1) El autor firma la dedicatoria *Á mi patria*, « en Europa 1886 ».

siones le depara la fortuna, y aun publica en la *Solidaridad*, revista democrática de Barcelona, acres artículos saturados de sectarismo, que demuestran más ojeriza á las ideas profesadas por *Quiosquiap*, que al veto de incompetencia que hoy pone á su persona en los periódicos de Manila. No le imitaríamos nosotros, aunque tuviera el doctor menores títulos al aprecio de los amantes del Archipiélago; aunque no corriese por sus venas alguna sangre española, y aunque no hubiera defendido nuestros derechos en las cuestiones de Carolinas y Borneo, según recuerda en esta polémica muy á menudo, empeñando nuestra gratitud de españoles, pero no la de hombres políticos, que, respecto á Carolinas principalmente, abrigamos una opinión, ya indicada con bastante claridad en cierto artículo de *El Imparcial*, que fué ampliado y corroborado por la prensa manilense al examinar á fines de 1888 los gastos y complicaciones que la nueva colonia nos ofrece. Ni la competencia, ni la buena voluntad negaremos, pues, nosotros al escritor austriaco, ni menos la pureza de sus intenciones, sino la exactitud de los datos en que se apoya, y que han de ser forzosamente de segunda mano, toda vez que él no ha viajado nunca por Filipinas, y sólo conoce su organización interior por estudios de gabinete y por referencias, que pueden ser torpes ó interesadas, ó ambas cosas á la par. Cuanto á la oportunidad de alzar bandera un alemán, en nombre de su amor á España y á Filipinas, contra elementos que por lo menos son tan españoles y tan patriotas como los que él defiende, á nosotros no nos toca dilucidar cuestión tan delicada, que pertenece al fuero de conciencia del escritor. Ella le dirá si ha debido prestar su respetable nombre á una propaganda en que el editor empieza hablando de la *lucha presente en Filipinas*, lucha que en realidad no

existe, y acaba dándole por compañero á un tal *Pláridel*, cuyo escrito es una verdadera proclama revolucionaria.

Así vemos desde el primer momento á Blumentritt, sin duda mal ilustrado por deficientes informes, omitir una circunstancia importantísima cuando analiza el que acerca del *Noli me tangere* presentó al Gobierno general de las islas el Agustino Fr. Salvador Font, como individuo de la Junta de censura que funciona en el Archipiélago para la importación é impresión de libros; circunstancia por cierto muy singular, que consistió en el empeño de ahogar la voz del censor, hasta el extremo de que sólo pudo imprimirse su trabajo subrepticamente, como si se tratara de otra proclama revolucionaria, señal de que no corrían vientos del todo malos para las ideas de Rizal en aquellas esferas donde se supone dominante el monaquismo y la influencia de las Órdenes religiosas, que tanto excitan los enojos del doctor y demás escritores de su escuela. Si fué muy transitoria aquella *malaria*, ó no produjo todos los resultados que algunos esperaban, culpa fué de la imprudencia con que los autores de la tristemente célebre manifestación antimonacal de 1.º de Marzo de 1888, estamparon en la solicitud entregada á las autoridades frases y conceptos copiados del *Noli me tangere*, por cuya razón no es extraño que el autor, si andaba entonces todavía por Filipinas, según creemos, tuviera que abandonar prudentemente el país, á pesar de sus altos valedores, pues el caso de la manifestación y el escrito de los manifestantes pararon, como era natural, en los Tribunales de justicia, merced á la energía de alguna autoridad celosa, que se cansó de contemplaciones.

Ya ve, pues, el escritor austriaco que no hay exactitud absoluta en sus informes, y que las persecuciones

del libro y la persona de Rizal en Filipinas han estado muy lejos de revestir el carácter que él les da, apreciando los sucesos desde su gabinete de Leimerich en Bohemia. Ni pueden conocerse tampoco por interesadas referencias los términos de una cuestión tan complexa como la que se pretende existir en el Archipiélago. También á un escritor grave y concienzudo como él, le hubiera convenido fijar un poco más su atención en la rara coincidencia de la aparición en el país del libro de Rizal con los sucesos tumultuosos del 1.º de Marzo, hecho en Filipinas tan poco frecuente, que se presta á muy hondas meditaciones. Por lo pronto, allí donde las ideas políticas y las corrientes de opinión carecen de fuerza, ó, dicho en puridad, no existen, vemos á un libro, que, aunque no desnudo de mérito, está lejos de ser una obra maestra, influir en el orden público, y aun perturbarlo, entre gentes para quien es la literatura, y más en castellano que en tagalo, fruta vedada; dato que por sí solo hace sospechar á cualquier escritor imparcial que movieron el negocio causas más hondas y elementos muy ajenos á la influencia de Rizal y de su libro; y como esos elementos tampoco podían ser religiosos, puesto que contra ellos iba la manifestación, caen por su base todas las negras páginas que á este propósito escriben el doctor y sus colegas de *La Solidaridad* de Barcelona.

Otro punto gravísimo toca más de una vez el escritor hispano-alemán, en que nos parece también mal aconsejado ó aviesamente influido por sus corresponsales, y que nosotros en su día trataremos con la abundancia de datos que nuestra afición á los estudios históricos nos ha permitido adquirir sobre el teatro de los sucesos. Entretanto, y sólo por vía de amistosa advertencia, llamaremos su atención hacia la grave responsabilidad moral que echa

sobre sí un escritor de nación extraña, que por amor á la nuestra y por deseo de nuestra prosperidad, se permite defender á los autores de una sedición que, al grito de ¡muera España!, empezó asesinando á varios españoles, y aun glorificar y presentar como mártires del monaquismo á los infelices que expiaron aquel atentado en el patíbulo. Si el Sr. Blumentritt conociera á fondo los sucesos de Cavite de 1870, sabría perfectamente que allí el fanatismo religioso obró en sentido contrario á como él nos lo pinta ahora; sabría que los tribunales y la justicia española funcionaron tan serena y desapasionadamente, que hasta pudo llegar más de un acusado al Tribunal Supremo de Madrid con sus apelaciones; y sabría, por último, que es completamente inexacto que el recuerdo de aquellos tristes sucesos pese como un sambenito sobre personas y familias respetables del Archipiélago, pues no ha ido á él desde entonces una autoridad española verdaderamente ilustrada y digna que haya tenido en cuenta un hecho que, sobre carecer de novedad en la historia de Filipinas y de todas las colonias del mundo, afecta poco á la masa general del país, por lo común honrada, pacífica y gobernable. Mejor que desgarrando heridas cicatrizadas, envenenando llagas de suyo peligrosas, y fallando cuestiones de orden interior en contra de nuestros tribunales, para lo cual sí que carece un escritor alemán de autoridad y competencia, pensamos nosotros que demostraría el doctor Blumentritt su amor á España y á las cosas filipinas, poniendo de relieve las bellezas literarias del libro de Rizal, puesto que del *Noli me tangere* se trataba, y el progreso que revela de un país que carece de literatura, aspecto en que nosotros concedemos á esta obra cierta valía, dejando aparte su tendencia, más de una vez contradicha y aun elevada á la categoría de

absurdo por las mismas condiciones de la sociedad que nos pinta, donde los ideales políticos y las aspiraciones á un estado superior sólo caben metidas á mazo en la esfera fantástica de la novela. Si inicia, pues, una literatura; si Rizal es un apreciable escritor hispano-tagalo, cuyo ejemplo ha de estimular á otros y contribuir á la cultura de una raza que hasta ahora apenas había puesto el pie en ese camino, bien venido sea el *Noli me tangere*, á pesar de su tendencia, que á nosotros no nos asusta el afán de nuestros hijos por salir de curatela, como lo demuestren estudiando, haciéndose hombres de provecho, y buenos ciudadanos sobre todo.

Algo semejante debemos decir del libro, muy bello ciertamente, que con el título de *Filipinas, esbozos y pinceladas*, acaba de publicar en Madrid el Sr. D. Pablo Feced, más conocido por *Quioquiap*, á quien el doctor Blumen-tritt, entre sus muchas acusaciones infundadas, hace la de ocultar su nombre, justamente cuando lo acaba de dar al público á la cabeza de este volumen. Ni puede en justicia lanzarse tal acusación cuando se escribe en compañía de los redactores de *La Solidaridad* de Barcelona, que tantos nombres disfrazados gastan.

Pero volviendo al libro del Sr. Feced, cuyos principales capítulos habían llamado ya extraordinariamente la atención en Madrid, publicados como *Cartas de Filipinas* en el periódico *El Liberal*, por su estilo corriente y propio, sus atinadas observaciones, y el estudio que revela de las costumbres y las cosas filipinas, adolece un tanto del común achaque de los escritores europeos, que no aciertan á prescindir de las ideas y los principios aquí vulgares, tan por completo como es forzoso hacerlo para que la inteligencia se amolde bien al ambiente en que allí vive. Mundo antes exótico que nuevo, semillero

inagotable de razas y teogonías, horno en perpetua fusión de materia cósmica, y amasijo informe de informes protoplasmas, las más veces lo que aquí es realidad allí es idealismo, lo que aquí es ideal allí extravagancia y hasta locura, y ha menester el escritor de muy singulares dotes para distinguir con alguna claridad los linderos entre la vida práctica y la suprasensible, por hallarse también como en embrión los que separan al espíritu de la materia. Se observan y se estudian con relativa facilidad las costumbres, los hechos, los múltiples repliegues de la esfera experimental y positiva; pero cuando el pensador pretende elevarse desde ella á la abstracción y deducir de lo que ve y de lo que siente una filosofía, un principio general de aplicación humana, aquella sociedad en estado de nebulosa le impone su nebuloso estado; aquella tierra en perpetuo génesis le inspira la temeraria pretensión de creerse colaborador de la obra suprema, y darle nuevas formas, imprimirla distintos rumbos, combinar de otra manera sus esencias y elementos; y como el escritor no puede completamente despojarse de los prejuicios y las ideas europeas, que forman, por decirlo así, su idiosincrasia intelectual, cae frecuentemente en las más extrañas aberraciones, en las utopías más peregrinas, á par dominado por la fiebre creadora y destructora del budhismo, y por el nirwana sensual que respiran todas las obras de aquella naturaleza. Nada tan fácil como estudiar al hombre en los países intertropicales; nada tan difícil como estudiar la colectividad. Asalta á veces la duda de que esta colectividad sea una abstracción; un concepto puramente metafísico, porque se escapa en gases antes desvanecidos que formados, y dondequiera que el espíritu de observación pasa del detalle al conjunto, del hecho á la filosofía, tiene que meter el ideal á mazo,

como hemos dicho á propósito de la novela *Noli me tangere*, porque no hay fundente tan poderoso que haga solución de continuidad entre conjuntos y detalles.

No son, ni con mucho, las incongruencias de esta índole en que incurre el Sr. Feced, tan graves y trascendentales como las de Rizal, según comprenderán fácilmente nuestros lectores; pero algunos de sus arranques de idealismo están en oposición abierta con la vida práctica que nos pinta, con la manera de ser y de sentir del pueblo filipino, que tan á fondo ha estudiado. Pruebas de ello aduciremos cuando se trate la cuestión con más espacio en la Revista que pensamos consagrar exclusivamente á las cosas de Filipinas, donde estos libros y otros han de ayudarnos mucho al examen de las reformas preparadas en el ministerio de Ultramar y á la situación política que allí se está creando *a fortiori*.

Otro buen pintor de las costumbres de aquel país, Don Wenceslao E. Retana, que usa el nombre de guerra *Desengaños*, ha hecho en Manila la tercera edición de su curiosa y bien estudiada monografía *El Indio Batangueño*, repitiendo á la vez la impresión de otro estudio titulado *Transformismo: Diálogos con un bago*, que le valió muchos plácemes allá por los años de 1885 ú 86. Á nosotros nos agrada más la primera que la segunda de estas obras, ya por su mayor trascendencia, ya por la utilidad que prestan las monografías destinadas al estudio de una raza, aunque, por lo común, se reduzcan más bien al de un tipo. Las colectividades, según hemos dicho ya, se resisten al análisis, y fuera de sus circunstancias externas, que suelen ser comunes á todas las tribus indias, la observación no penetra una pulgada aquella epidermis correosa y resbaladiza. Así la descripción fisiológica del batangueño es lo más notable de este librito, mientras el

capítulo de las costumbres y preocupaciones ofrece muy escasa novedad. El destinado á la poesía y la literatura provincial también nos ha proporcionado cierto desengaño; que esperábamos del Sr. Retana más honda investigación. Los batangueños se distinguen por su afición á los cantos populares y á los bailes coreados, que no en balde parecen ser los inventores del *cundiman*, y hoy pasan por los mejores depositarios del *comintang* tradicional. Por cierto que el Sr. Retana ha conseguido reproducir dos estrofas de esta canción antiquísima, que permiten apreciar la exactitud con que la reprodujo en francés, acompañada de su correspondiente música, el inolvidable M. Mallat, bautizándola como *commintang de la conquête*. ¡Ojalá hubiera sido igualmente minucioso el Sr. Retana, dándonos siquiera algún índice bibliográfico de aquellos librotos que, según él, poseen muchos batangueños, llenos de *corridos* ó romances! Única literatura que tiene algún carácter indígena y que permite apreciar las condiciones intelectuales de las razas que pueblan el Archipiélago, aunque poco originales en su fondo, pues casi todos los *corridos* están tomados de nuestros romances y libros de caballerías, forman un objeto de estudio interesante, que se ha desdeñado hasta ahora, sin merecerlo. Finalmente: la descripción geográfica y estadística de la provincia de Batangas, una de las más ricas é importantes del Archipiélago, nos parece bien hecha y útil.

Capítulo aparte, y muy detenido, si nos lo permitieran las circunstancias, merecería el movimiento lingüístico, rama pujante de la escasísima é incolora literatura de Filipinas, principalmente cultivada por las Órdenes religiosas, que con ella se han tejido coronas inmarcesibles. En la actualidad, aunque menos profundo, el estudio que suelen hacer de los dialectos, porque ya no lo necesitan, pose-

yendo muchos y excelentes *Diccionarios* y *Gramáticas* de ellos, todavía les consagran tan importantes trabajos como el que acaba de imprimirse en Singapoore en casa de Koh Yew Hean, y lleva el título bilingüe (en árabe y castellano) de *Compendio de historia universal* y *Breve vocabulario en castellano y en moro Maguindanao*. Obra de un P. Misionero de la Compañía de Jesús, que modestamente oculta su nombre, no vacilamos en atribuirle á aquel excelente escritor, miembro de la Misión de Tamontaca, que en 1886 publicó en Manila un *Catecismo de la doctrina cristiana en castellano y en moro Maguindanao*, consiguiendo fervorosos plácemes de las personas ilustradas. Porque estos dialectos, que importaron en el Archipiélago las tribus arábigas del Mar Rojo en sus invasiones, que no ha podido precisar la historia, acaso aclararán un día el misterio hasta hoy impenetrable de su llegada á Mindanao y Joló, cuando un estudio comparativo de los dialectos tagalos permita asignar fechas siquiera aproximadas á su compenetración en los dialectos arábigos, que se pone de relieve en este *Vocabulario*, donde creemos ver, pese á nuestra incompetencia, mucho tagalismo, notoria asimilación á las más generalizadas lenguas del Archipiélago. Y es tanto más de celebrar que se profundice el estudio del dialecto ó los dialectos moros, cuanto que existe en el archivo de los franciscanos de Manila un códice nunca registrado, que lleva al parecer el título de *Alcorán de los moros de Joló*, donde acaso alguna alteración substancial de los preceptos de Mahoma, alguna observación, alguna sentencia del copista moro, que no dejan de ser frecuentes en estos códices, permita rastrear datos interesantes á la historia y la etnografía de aquellas razas caídas como aerolitos en el Archipiélago descubierto por Legazpi. Nosotros he-

:

mos excitado varias veces al intérprete joloano del Gobierno general de Manila á examinar este *Alcorán*, y compararlo siquiera con los textos de Mahoma que pasan por auténticos, sin conseguir otro resultado que la convicción de que la literatura seria hallará siempre muy escasos cultivadores fuera de los conventos.

Y plácenos, por cierto, hablar ahora de una excepción de esta regla, que nos ofrece D. T. H. Pardo de Tavera (si reside hoy en Manila), donde ha publicado unas *Consideraciones sobre el origen del nombre de los números en tagalog*, que con las de análogo título que publicó en Madrid ha pocos meses el sabio fraile Recoleta Fr. Toribio Minguella, deduciendo del sanscrito el origen de los números tagalos, ilustran un punto interesantísimo de la lingüística filipina. El Sr. Pardo de Tavera nos era ya conocido por otros trabajos del mismo género publicados en Europa, y aprovechamos esta ocasión para felicitarle por su constancia en tan difíciles estudios, que tanto pueden contribuir al verdadero progreso de su patria filipina.

Finalmente : los días 3 y 18 de cada mes ha comenzado á publicarse en Manila una excelente Revista, bajo el título de *La Alhambra* y la dirección de D. José Moreno Lacalle, hijo de nuestro ilustre é inolvidable amigo Don José Moreno Nieto. Los tres números que hasta ahora hemos recibido nos permiten calificar desde luego esta publicación como la más notable que de su género se ha hecho en Filipinas, y abrigar la esperanza de que se aclimate.

V. BARRANTES,

de las Reales Academias Española y de la Historia.

UNA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS

EN 1579.

EL 4 de Agosto de 1578, el islamismo africano había vencido á las armas lusitanas en los llanos de Alcazarquibir; portugueses, castellanos, italianos y tudescos, unidos en una caballeresca empresa, habían perecido á millares sobre el campo de batalla; entre ellos había sucumbido el noble Rey D. Sebastián, mártir en su honrado empeño de arrancar para siempre gran parte de la tierra berberisca á la barbarie musulmana, de asegurar las marinas portuguesas y las españolas contra las piraterías turcas y moras, y de implantar el Evangelio, emblema santo de la civilización europea, en aquellas fértiles comarcas y en aquellas ciudades ante cuyo nombre temblaban los navegantes y las poblaciones marítimas de la vieja Iberia.

La enseña de la Cruz, arrojada con vilipendio en el polvo de aquella fatal llanura; los millares de cristianos que en ella perecieron á hierro; los centenares de cautivos que gemían en deshonrosa servidumbre en Fez ó en Marruecos; el gozo y la ufanía de la morisma, enaltecida por el éxito, que acrecentaba su arrogancia y su brío de uno á otro confín de Berbería, dándole alientos para más altas empresas; la sangre real del noble mozo derra-

mada, todo parecía inclinar á la Majestad del Rey Felipe II, prepotente soberano entre los más prepotentes de su tiempo, á tomar dura venganza de aquel desastre: como monarca católico, eterno enemigo de turcos y alarbes, como deudo, como soberano, constantemente amenazado en sus dominios por las piraterías africanas, que alentaban las rebeldías de los moriscos, parecía que la religión, la política y los impulsos del corazón debían aunarse para emprender una acción decisiva en África; parecía que en aquellos momentos en que la opinión pública europea, asombrada, entristecida é indignada, clamaba venganza, él, con su incontrastable poderío, con el escarmiento de los daños que originaran las pasadas imprudencias y deficiencias, con sus buenos tercios y sus bravos generales, sobre todo con las bendiciones y el aplauso de España, no habría de dar paz á la mano hasta haber concluido con la barbarie africana, que hollaba su religión é insultaba su poder á las puertas de su casa.

Las empresas de Flandes, de Alemania ó de Italia se antepusieron entonces, como otras muchas veces, antes y después del desastre de Alcázar, á los verdaderos intereses españoles, que eran también los de la civilización, y quedóse sin reparación el sangriento agravio, la cruz hundida en el polvo de aquella llanura, los millares de muertos sin venganza, sin castigo la morisma, briosa, altiva y ufana, y los piratas berberiscos infestando el Océano y el Mediterráneo, ó saqueando, muchas veces á mansalva, las marinas de Portugal y de España.

La política mora, sagaz y astuta, cual siempre, asombrada de la propia victoria, temerosa de sangrientas represalias, aprovechando las ambiciones de los príncipes y las disensiones cristianas, halagaba el orgullo del gran monarca, coadyuvaba á sus intentos, y se le mostraba su-

misa, tratando con él de paces, entregando el cuerpo del Rey muerto, y devolviendo la libertad al Embajador español, que le acompañó en su desdichada empresa: mientras tanto, á los ojos del islamismo, en el ánimo de todo buen musulmán, la cristiandad había quedado tan humillada, que ni alientos tenía para aspirar á la revancha; habían vuelto los buenos tiempos de Zalaca ó de Alarcos; la prudencia ó las dilaciones cristianas en responder á las armas con las armas, era sólo miedo; la entrega de aquel cadáver, muestra de la humanidad muslim, generosa en el triunfo; los embajadores españoles, gente enviada á prestar la sumisión debida al mahometismo en auge, y los ricos presentes que traían al soberano marroquí, ¡mala mengua!, parias ó tributos con que los vencidos agasajaban á los victoriosos.

Una de estas embajadas fué la que, á raíz de aquellos sucesos, al siguiente año de acaecidos, encomendó el monarca español á Pedro Venegas de Córdoba, caballero que pertenecía á una de las más hidalgas casas de España; de cuyo viaje hizo especial relación en una carta (1) Matías Venegas, capitán de una galera, que acompañó á Pedro en su embajada. Relato es éste sumamente raro, en el cual, más que de asuntos políticos ó diplomáticos, se trata de lo que su autor vió y de sus impresiones de viaje; las cuales servirán de base á este trabajo, entretejiendo con ellas algunas otras noticias de aquel país y de aquella embajada, que nuestros historiadores citan con encomio, si no completas, á lo menos bien curiosas é interesantes.

(1) Carta de Matías Vanegas, capitán de una galera, de Marruecos á 5 de Agosto de 1579, sobre el recibimiento que hizo el (Rey) á Pedro Vanegas de Córdoba, embaxador de Su Magestad. (MS. de la Biblioteca Nacional de Madrid.)

I.

La embajada española, presidida por Pedro Venegas de Córdoba, se componía de varios hidalgos, entre los que se contaban el marino Matías Venegas, Pedro Venegas de los Ríos, Veinticuatro cordobés, y cierto caballero tudesco, que la carta designa sólo con el nombre *de el caballero alemán*: como intérprete fué el Beneficiado Diego Marín, y sirviendo á todos, pajes, oficiales de casa y boca, y otros criados.

En 11 de Julio de 1579 llegaron á Safi, población mora, independiente durante algún tiempo de todo poder central, conquistada después, y aun más adelante abandonada é incendiada por los portugueses, y reedificada, á los doce años de su ruina, en 1542. Cuando arribó la embajada, la población, en la cual se habían establecido muchos judíos, se distinguía por su activo comercio, que no podía, sin embargo, compararse al de los buenos tiempos de su independencia, antes de la dominación lusitana; pues entonces los mercaderes españoles concurrían frecuentemente á sus socos, cambiando en ellos telas, más ó menos ricas, por buenos cueros marroquíes, tan estimados en aquel tiempo, goma, cera, y otros productos indígenas.

Avisaron los recién llegados su arribada al alcaide de la plaza, quien mandó á su gente de guerra salir á recibir al Embajador con los estandartes reales, y hacerle todo género de mesura y acatamiento: conforme á sus órdenes, apenas Pedro Venegas llegó á la playa, en la *sibria* ó barca morisca que le enviaron, sin dejarle poner pie en

tierra, montáronle en un caballo ricamente enjaezado, colocáronle en medio de los estandartes reales, y entre las salvas de los espingarderos y de la artillería de la plaza, que *era mucha y buena*, aclamaciones, bullicio y regocijada algazara, con numeroso y lucido acompañamiento, en el que iba la gente principal de la población, por lo hidalga ó lo bien hacendada, lleváronle á aposentar á una casa, que era la mejor de la ciudad.

Avisó el alcaide de ésta al Sultán la llegada de Pedro Venegas y sus compañeros, reservándose discretamente visitarlos, hasta conocer bien el pensamiento de su soberano; pero, mientras tanto, proveía con fastuosa hospitalidad al mantenimiento y regalo de la embajada.

Gobernaba por entonces lo que llamamos hoy Imperio de Marruecos, Muley Ahmed, *Xerif* ó descendiente de Mahoma, por Fátima, su hija, casada con Alí ben Abi Tálib, primo del Profeta, y una de las más bellas y simpáticas figuras, si no la más bella, en la historia de los triunfos islámicos. Muley Ahmed acaudilló la caballería marroquí en la batalla de Alcázar, y fué proclamado Sultán por la muerte de su hermano Abdelmelic, uno de los tres reyes que fallecieron en aquel terrible día. No gozaba el nuevo soberano reputación de ser el que más valiese en la familia de los Xerifes; pero, bien fueran éstas hablillas del vulgo, bien que aprendiera mucho, cuando acosado, como una alimaña montés, andaba embreñado en los bosques ó fugitivo en las llanadas del Desierto para salvarse de las asechanzas de sus parientes, bien que le protegiera por todo extremo la fortuna, el caso fué, que su reinado de veinticinco años constituye la edad de oro de la dinastía Xerifí; que en el exterior se mantuvo en paz con los cristianos, y que llevó sus victoriosas armas más allá de los límites meridionales del Desierto

hasta el Sudán, según se cuenta; de donde se trajo tanto oro, que la tradición asegura que sus *zecas*, ó casas de moneda, establecidas á las puertas de su palacio, no se daban punto de reposo para acuñar *dinares* de excelente ley, por lo cual los moros, muy aficionados y muy sagaces en poner motes á sus príncipes, llamáronle el *Dahabi*, el *Dorado*; mientras que en el interior mantuvo duramente enfrenada la levantisca condición de sus vasallos, ahogando en la sangre de sus caudillos algunos pronunciamientos, á la vez que dejaba en los corazones de todos la memoria de justo é íntegro gobernante: cerca de tres siglos han transcurrido desde su muerte, y todavía su nombre resuena, rodeado de simpática aureola, en los relatos de los *medajs* ó narradores marroquíes en los socos, ó bajo las tiendas de los aduares.

Un correo de Muley Ahmed advirtió al alcaide de Safí, que pusiera empeño en atender y agasajar á los españoles; pues, *haciendo lo contrario, pagaría con su cabeza*: y como del dicho de un Sultán, por bueno que sea, al hecho, no hay trecho largo, el alcaide salió de su prudente y diplomático retraimiento, visitando al Embajador, y ofreciéndole su persona y autoridad lo mejor que pudo ó supo.

Otro correo del Sultán trajo al día siguiente una carta á Pedro Venegas, en la cual el soberano, después de darle la bienvenida, *con palabras muy amorosas*, le decía que enviaba por él y por su comitiva á Almanzor, alcaide de gran reputación y valimiento en la corte xerifiana.

Este alcaide llegó puntualmente, conforme á este anuncio, y asentó sus tiendas en las afueras de Safí, disponiendo para Venegas *una, que toda era de seda bordada de diversos colores, dentro y fuera, que dicen que el*

abuelo del Rey D. Sebastián la presentó á un Rey deste reino, que fué labrada en la India, y dizen que la estrenó el Embajador.

En busca de Almanzor y de su nuevo alojamiento salió de Safí Pedro Venegas, acompañado por el alcaide, seguido por su comitiva, y escoltado por los jinetes y peones que guarnecían la plaza. Salióles á recibir el recién llegado magnate, con el mismo bélico aparato, y al presentarle el de Safí al Embajador, exigióle éste que jurase ser efectivamente aquel moro el alcaide Almanzor, á quien se referían las cartas de su soberano, *no porque lo ignorase, sino por cumplir las ceremonias destes actos:* dió fe el alcaide de Safí con juramento de lo que se le pedía, los cañones de la plaza hicieron varias salvas, y el Embajador fué conducido por ambos alcaides á su tienda, donde, después de conversar un rato, se despidieron.

Tres días permanecieron los cristianos en su campamento extramuros de Safí, mientras que los moros que debían acompañarles se procuraban los necesarios bastimentos para el viaje, *por ser despobladas las veinticinco leguas que hay desde Safí á Marruecos.* «*I suoi contorni, decía muchos años después de esto, refiriéndose á Safí, uno de los escritores que mejor han conocido y descrito el imperio de Marruecos (1), sono quasi sterili, e non coltivabili, e gli abitanti mauri, e bedovini, gente aspra, poco trattevoli, fanatici e intoleranti.*»

Muley Ahmed había enviado seis caballos de su propia caballeriza, con lujosas monturas, para el Embajador y los hidalgos que le acompañaban, sesenta y cuatro caballos más para los sirvientes, y treinta y seis mulas de carga, con muchos camellos, para transportar el bagaje y la

(1) Graberg de Hemso: *Specchio geographico e statistico dell' Impero del Maroco*: Génova, 1834, pág. 56.

repostería ; todo ello bajo la escolta , dirección y responsabilidad del alcaide Almanzor , al frente de doscientos espingarderos.

Puesta en marcha la caravana , al cuarto día de viaje , llegados como á un cuarto de legua de Marruecos , Almanzor , por orden del Sultán , aposentó á la embajada cerca del camino que habían traído , en un delicioso sitio de recreo que nombraban el *Garadiz* , lleno de umbrosas arboledas , de entre las cuales las aguas , bullendo por acequias , dispuestas con el arte que siempre tuvieron los moros para distribuir sus riegos , derramaban alegría y vida entre muchos árboles frutales y aromáticas flores ; *en el cual* , decía Matías Venegas , *hay mucho que ver , entre otras cosas , un estanque de mil doscientos pasos en torno*.

En este delicioso verjel los viajeros debieron experimentar , recordando quizá las huertas de la tierra andaluza , de donde algunos procedían , y después de su penoso caminar , bajo el ardiente sol de África , por parajes cuasi siempre incultos y desiertos , la misma sensación de sosiego y bienestar , que después de sus románticas aventuras en las regiones meridionales del Imperio , sintió Cochelet (1) , al alojarse en un pabellón , cerca también de Marruecos , no menos poético y deleitoso.

Al que ocupaban nuestros españoles concurrió mucha gente principal de Marruecos á visitar y departir con el Embajador , mientras que el Sultán disponía su solemne entrada en la capital del reino.

Verificóse ésta al día siguiente , con inusitada pompa y aparato ; Muley Ahmed deseaba mostrar á los cristianos el caso que hacía de la prepotencia de su príncipe ,

(1) *Naufrage du brick français la Sophie* : París , 1821 ; tomo II , página 125.

y algo también de su poderío; alarde de fuerza y riqueza á que siempre fueron muy dados los califas musulmanes, y del cual puede servir de modelo la recepción, que, según Abulfeda, autor sarraceno de gran nota, hizo el Califa abbasí Almoktadir á los enviados de Zoé, emperatriz de Constantinopla, en la cual la fantasía oriental acumuló tesoros de fausto y grandeza.

Al ponerse en movimiento la embajada española para entrar en Marruecos, abrían la marcha *treinta y seis oficiales y mozos de oficio* á caballo, y veinticuatro acémilas con sus reposteros, vigiladas por otros tantos peones; seguíanles cuatro oficiales, rigiendo excelentes cabalgaduras, en pos de ellos los pajes, y tras de éstos dos caballos á la brida, ricamente enjaezados; luego doce caballeros, que ostentaban sobre sus pechos sendas cadenas de oro, y seis caballos con lujosas monturas, llevados del diestro por mozos á pie y armados con dardos: detrás caminaban, cabalgando en excelentes corceles, que Muley Ahmed envió expresamente para este efecto, Matías Venegas, el caballero alemán y Pedro Venegas de los Ríos; venía después de estos tres el Embajador, llevando á la diestra al alcaide Almanzor, y á la izquierda al intérprete y Beneficiado Diego Marín, todos también á caballo, cerrando la comitiva los caballerizos, y *tantos moros de á pie, que cubrían la tierra*.

Á dos tiros de mosquete del punto de partida, esperaban á la embajada española los mercaderes europeos, dedicados al tráfico en la corte xerifí, *muy puestos en orden*, y jinetes en las mejores monturas que tenían ó pudieron procurarse: de dos en dos fueron llegando á hacer su acatamiento al Embajador, quien los recibió benignamente, y cuando terminaron sus albricias y saludos, se repartieron á uno y otro lado de la comitiva: ciento

cincuenta eran entre todos, cantidad que demuestra la mucha contratación que Europa mantenía por entonces con tan remoto centro.

Presentóse á poco el alcaide Reduán, que gozaba de singular privanza con Muley Ahmed, y á quien éste había encomendado recibir en su nombre á la embajada; venía vestido lujosamente, con una ropa de brocado á la turquesca, rodeado de todos los alcaides reales, lucidamente ataviados, y escoltado por la guardia real marroquí, compuesta de alabarderos, espingarderos y arqueros.

Los diversos trajes, ricos unos, otros severos, las joyas que ostentaban los cristianos, los lujosos arneses de los caballos, las armas centelleando bajo los rayos solares, los vistosos ropajes de los moros, la variedad de razas, de colores, de matices, que á la vista se demostraban, ofrecían un cuadro, tan pintoresco como interesante, encanto y admiración para los artistas, que necesitaría un Fromentin ó un Fortuny para reseñarlo y dibujarlo: cuadro que nos refieren cuantos relatos de recepciones de embajadas se han escrito, y que debió ser más animado y rico entonces; admirándolo decía Matías Venegas, *fué muy hermosa vista, así de cristianos como de moros.*

Llegado Reduán, hizo gran medida al Embajador, dándole el parabién de su llegada en nombre de su soberano, al cual contestó el español con atentas razones, dignas de la proverbial cortesía castellana: hízose después atrás Diego Marín, púsose en su lugar Reduán, y llevando en medio de él y de Almanzor á Pedro Venegas, penetraron por las calles de la famosa ciudad que comenzara á labrar, siglos antes, Yúsuf ben Texufin, uno de los fundadores de aquella famosa dinastía almoravid, que tanta sangre y lágrimas hizo derramar en España.

Los marroquíes se apiñaban á uno y otro lado de la comitiva, hombres, mujeres y niños, atronando los aires con sus exclamaciones de júbilo, siendo la muchedumbre tan compacta, *que no fué poco romper la gente*, y tal la algazara, tantas las salvas de las espingardas, que el Embajador llegó, *cuasi sordo*, á su aposento; hasta el cual le acompañaron los dos alcaides, Reduán y Almanzor, que no se despidieron hasta dejarle instalado, marchándose después á dar cuenta al Sultán de los pormenores de aquella entrada.

La casa donde paró la embajada era muy rica, bella y hecha á maravilla para halagar los sentidos; sin duda al recorrerla observaría la gente cordobesa, que en ella moraba, su semejanza con algunas mansiones andaluzas, en las que había dejado impreso la vencida gente mora su peculiar sello de buen gusto, fastuosidad y elegancia: he aquí cómo la describe Matías Venegas:

«Es la posada la mejor de Marruecos, y tan bien adreçada, que cualquier Rey se podía aposentar en ella; las colgaduras y camas de brocado, muy bordadas; los suelos de la casa cubiertos con alombras de Levante, una de ellas tiene cincuenta y cuatro pies de largo y diez y nueve de ancho; tiene en medio del patio un hermoso estanque, con dos fuentes; á cada frente y lados muy hermosos jardines, y, arrimado á la casa, otro, muy grande, con dos norias, que sacan agua de día y de noche; que para la calor desta tierra es gran regalo. Pusieronnos guardias, para que cristianos y moros no hablasen hasta que el Embajador no viese al Rey, y porque de noche no suçeda desgracia, nos ponen alrededor desta casa treinta y seis moros.»

II.

Permanecieron los cristianos tres días en tan deliciosa mansión, descansando de las fatigas del viaje, y en el tercero Pedro Venegas pidió licencia al Sultán *para irle á besar las manos*; inmediatamente Muley Ahmed envió para acompañarle hasta su alcázar al alcaide Almanzor, con ocho alcaides más, *de los allegados á su persona*, toda la guardia real y seis caballos, *los mejores de su caballeriza*.

Entraron los nueve alcaides en el aposento del Embajador, é inclinándose ante él, Almanzor le manifestó que su señor estaba dispuesto á recibirle; acogiólos lisonjeramente Pedro Venegas, y acompañado por los alcaides y los españoles, fué á ponerse en un caballo muy bueno, suyo, *ricamente aderezado á la brida*; las guarniciones del jaez eran de terciopelo carmesí y la gualdrapa de tela de oro, muy guarnecida de pasamanos y franjas de tan costoso metal.

Vestía el Embajador fastuoso y elegante traje para honrar la alta representación que ostentaba: Matías Venegas se complace en diseñarlo con minuciosos pormenores: cubría su cabeza una *gorra aderezada con muchas perlas finas y piezas de oro*, y *por medalla una cruz de diamantes muy rica*, y *por pinjantes de ella tres perlas muy gruesas*; *esta cruz le caía sobre la frente*: llevaba sobre el pecho un collar *riquísimo de diamantes y muchas perlas orientales muy gruesas*, que *se estimaba en más de dos mil escudos*: vestía unos calzones de *brocado de tres altos*, con pasamanos de oro, y

un colete con escote de la misma preciada tela, con todos los remates con botones de oro, *embutidos de ámbar*; el escote del colete mostraba la camisa, con una guarnición labrada de oro y aljófar, y el *cabezón* y los puños con otra guarnición de oro y seda; traía por armas una espada y un puñal, con guarnición ostentosa, que la hechura y valor se estimaba en más de mil ducados: sobre el traje, como para dar más realce á tanto lujo y buen gusto, llevaba una ropa de brocado de tres altos, *hecha á la francesa*, forrada de raso carmesí, la vuelta de tela de oro, y los golpes y remates tomados con muy gruesos *hornazos de oro y embutidos de finísimo ámbar*.

Delante del Embajador, al dirigirse al regio alcázar, se pusieron, cabalgando en los caballos que les enviara el Rey, Matías Venegas, Pedro Venegas del Río y el caballero alemán, quienes no dejarían también de mostrar su nobleza y bizarría en el lujo de sus trajes; seguían á Pedro Venegas sus criados, á caballo, con sus libreas, *que todos dicen pareció aquel día muy bien*.

El concurso de gente curiosa, la algazara inseparable de todas estas recepciones, debió ser la misma, si no mayor, que el día de la entrada en la capital, y los moros, tan enamorados del fausto, debieron contemplar admirados el lujo que mostraba la embajada, indicio de la riqueza y poder de aquel soberano, cuyo nombre se pronunciaba con temor y con respeto en la corte.

En el mismo orden que salieron de su alojamiento llegaron á las puertas del alcázar; desgraciadamente, Matías Venegas apenas da en su carta alguna noticia de lo que en él vió; pero bien puede compensarse esta falta con el relato más circunstanciado de un testigo de vista, fiel y veraz, testigo de mayor excepción, el P. Fr. Francisco

de San Juan del Puerto, que recorrió sus elegantes patios, sus *tarbeas*, ó salas, decoradas con el mismo fausto y buen gusto que pusieron los alarifes moros en las encantadas estancias de la Alhambra; por más que el buen franciscano, que fué persona docta y grave, de mucha discreción y lectura, recorrió aquel edificio cuando su decadencia era manifiesta; cuando, menguando el poder y la cultura de los sultanes marroquíes, dejaban perderse todas aquellas joyas del arte, preciadas memorias de un pasado opulento, sobre las cuales caía la inflexible diestra de la destrucción y de la ruina (1).

«Á la parte del Mediodía, decía el P. Juan del Puerto, está contigua á la muralla la Alcazaba Real, capaz de más de cuatro mil casas, que fueron los primeros Palacios. Cércanla buenos muros con sus torreones, foso y rebellín. Desde este Palacio viejo toma el muro de la nueva Alcazaba, donde vivieron después los emperadores, y corre hasta la plaza de *El Cerec*. Tiene patios espaciosos y cuadras muy vistosas, con ricos aposentos, donde vivían sus mujeres; y siendo todas las viviendas interiores, como casas distintas, forman una populosa ciudad, y esto mismo observan en todas sus Alcazabas.

»Estos Palacios, que, á distinción de aquellos más antiguos, llamamos *nuevos*, aunque unos y otros, y cuasi toda la ciudad está ya perdida, tenían dos quadrados patios, por donde se comunicaban sus mujeres. En cada patio hay todavía hoy una caudalosa fuente, con sus pilas de alabastro, donde las criadas tomaban el agua para las domesticidades. El suelo de todos los patios tiene el piso de finos azulejos, que forman diferentes labores.

(1) Fr. Francisco de San Juan del Puerto: *Misión historial de Marruecos*: Sevilla, 1708, pág. 77.

Cada patio de estos dos tiene seis puertas, y en cada una asistían sus eunucos. Los suelos de todos los cuartos están enlosados con azulejos muy pequeños, tomados primorosamente con líneas de jaspe. Tiene esta Alcazaba un capacísimo cuarto baxo, y en él tres salas, con sus alcobas, que estaban estofadas con oro bruñido.

» En la sala de enmedio había tres bulliciosas fuentes, que con la elevación, se formaba del agua, al parecer en la copa y rizos, un penacho vistosísimo, aunque hoy está suspendido el curso de sus corrientes. Á los dos lados tiene dos puertas, que dan vista y entrada á unos hermosos pensiles, taraceados de rosas, jazmines, laureles y arrayanes; donde hay cuadros, con mucha variedad de otras flores, formándose, por los lados y encruzadas, calles de parras y otras plantas fructíferas, guardadas con cancelles de rejería, aunque hoy está inculto, lleno de malezas ó perdido. En uno de estos verjeles había un profundo estanque de cuarenta varas de longitud y diez de latitud, muy profundo, adornado en paredes y suelo de azulejos, trabados con jaspes finos. En otro sitio inmediato á estos jardines había dos bellísimas alcobas: en la una daba la audiencia, y en la otra hacía las juntas secretas: ambas con tan singular artificio, que, quitando unos escotillos, se descubrían unos corredores espaciosos y dorados, que volaban sobre enjardinadas calles de naranjos, cidras, toronjas y limones, con algunos laberintos y enredos de murtas, á quienes regaban cuatro cristalinas fuentes puestas en cuadro.»

En una de las puertas de este palacio encontró la embajada española al alcaide Reduán, con otros muchos cortesanos que estaban esperándola; acercóse aquel magnate al Embajador, á quien, luego como llegó, le fué á hacer gran *mesura*, y poniéndosele á un lado y al otro Almanzor, le

:

guiaron por el alcázar, seguidos de los demás cristianos.

Así, pasando de una en otra estancia, llegaron á una bien hermosa, en la que se hallaba el Sultán, la cual debió ser la que describe del modo siguiente el mismo P. Juan del Puerto :

«Todavía permanece el cuarto más principal, donde recibían á los embaxadores. Es en figura cúbica, y por todos sus lados tiene de longitud una carrera de caballo muy suelta, con dos calles, que forman una cruz, con que quedan, en las quatro esquinas, quatro quadrados, que, á modo de jardín, se vestían de olorosas hierbas, y en cada uno su fuente que las regaba, que remedaba todo un alegre paraíso. Son las calles, que forman la cruz, tan espaciosas, que por cada una se puede, á un mismo tiempo, picar tres caballos, sin embarazarse. En la mediación que cruza está una taza de alabastro, en concha marina, cuyos caudalosos derrames se vierten á los quadrados, estando el suelo de toda esta obra enlosado con mármoles de varios colores. Los quatro términos de las dos calles entran en quatro salas, fabricadas como grutas silvestres. Las dos tienen pórticos, sustentados en mármoles gruesos, con los chapiteles y basas de embutidos de muy fino oro ; aunque Muley Ismael ha quitado parte de ellos para otras obras. Los techos están tachonados con piñas de curiosos relieves y artificiosas molduras. Las paredes, hasta la mitad, están vestidas de azulejos finos, que fingen verdaderos doseles, rematando en una faja de mármol blanco de una tercia, y en ella embutidos unos caracteres arábigos de mármol negro, sutilmente nivelados. En una de estas cuebas (cubbas) estaba el baño de el Rey, donde se prevenía para la *zalah* (oración), y en la otra la *chema* (mezquita). Las otras dos cuebas labra la misma arquitectura, y en ellas

estaban las camas de respecto á su usança, con tapizes y alcatifas de matizadas sedas.»

Parece que por entonces no se usaba la molesta y denigrante costumbre, muy acepta al orgullo muslim, de recibir el Sultán á los enviados de las más poderosas naciones, á caballo, y á las puertas de su alcázar, obligándoles á esperarle, á pie y expuestos á todas las inclemencias del tiempo; costumbre que ha merecido los reproches de cuantos conocen bien aquel país, inspirando á cierto escritor (1) español estas discretas cuanto acertadas reflexiones: «.... terminóse con esto aquel variado y extraño ceremonial, en el que, si sale bien librado el principio de fuerza y bárbaro despotismo, que es la vida de la corte sherifiana, tampoco puede quejarse el espíritu de mansedumbre y perdón, que, por lo visto, anima á los embajadores de las potencias cristianas....» ¿Será porque tales actos, como todos los demás que á la etiqueta de la corte se refieren, nacende la sencillez y costumbres de los scharifes? ¿Significa esto la natural bondad y la ingenua deferencia con que aquel Gobierno trata á un Embajador cristiano? Si así fuera, pecaría, tal vez, de exigencia impertinente, aunque por otra parte disculpable y digna, cualquiera reforma en la aspereza y poco cortés manera de obsequiar á una embajada. Pero muy lejos de esa supuesta bondad y sencillez que algunos en su optimismo encontrarán quizá en cada uno de esos actos, hay, por el contrario, en todos, y esto se observa estudiando la manera de ser y gobierno de la corte y sus tendencias y relaciones con las potencias cristianas, un objeto y fin, que si en algo favorece las torpes y lamentables aspiraciones

(1) Lozano Muñóz: *Crónica del viaje de Tánger á Fez de la embajada española en 1877*, publicada en las *Memorias comerciales redactadas por el cuerpo consular de España en el extranjero*: Madrid, 1879, pág. 25.

políticas del Gobierno marroquí, ha de ser á costa de la respetabilidad y conveniencias de un embajador cristiano.»

Mas si en 1579 no se obligaba al enviado de Felipe II á sufrir la misma vejatoria é incómoda antesala que tres siglos después sufrió el representante de Alfonso XII, no se le dejó de someter por esto á otra no menor humillación, prueba evidente á los ojos de todo buen muslim de la preponderancia del Islám sobre la Cruz; pues cuando Pedro Venegas llegó á la estancia donde se hallaba Muley Ahmed, hubo de *dejar á la puerta sus pantuflos*, y entrar, según parece, descalzo, en aquella cámara: después hizo en la puerta una reverencia, otra al medio de la sala, y, aproximándose, al hacer tercera inclinación, púsose de hinojos, pidiendo la mano al Rey, *que estaba sentado en un estrado bajo, teniendo á cada lado una almohada de brocado*.

Al inclinarse Venegas, echóle Muley Ahmed los brazos al cuello, en ademán de abrazarle, *juntando, dice Venegas, su rostro con el del Embajador, tan amorosamente, que á todos nos dió gran contento*.

Hecho esto, presentó el español al monarca á Pedro y Matías Venegas, que con el caballero alemán habían entrado en la cámara real acompañándole, y pidióle por merced que les diera á besar su mano; mas cuando fueron ellos sucesivamente á tomarla, el Sultán púsose en las cabezas, haciéndoles muchas cortesías.

Á seguida mandó al Embajador que se sentara y cubriera, señalándole su asiento junto á su estrado, *en un paño de seda y sobre una almohada de las que estaban al lado; que esto fué en lugar de silla, porque allí no se acostumbra á dar, y túvose por más favor que si se la diera*.

No lo dijo á sordo, dice Matías Venegas, *gozó de la*

ocasión, y aprovechóse inmediatamente el enviado de Felipe II del gran favor que el soberano moro le concedía, resarciéndole de la humillación, que sin duda debió sentir, y templándole el enojo de descalzarse al entrar en aquella cámara, como se descalzaba cualquier cuitado judío al pasar junto á alguna mezquita ó al acercarse á un prócer del reino.

Comenzó en seguida Venegas á razonar, *con muy graves palabras*, manifestando á Muley Ahmed cuánto le había estimado la Real Majestad de su señor Don Felipe, la liberalidad de enviarle los restos del noble Rey Don Sebastián, su sobrino, y además de esto y otras cosas, la libertad que dió á su embajador Don Juan de Silva, cautivo en la batalla de Alcázar: indicóle después, recalcándolo bastante y acentuando la intención de su soberano, que éste, *en señal de amor*, le enviaba ciertas joyas de su recámara; las cuales no debían considerarse como presentes, *cual las gentes decían*, porque no le acostumbraba hacer á nadie, y que cuando se determinara á hacerlos fueran tan grandes como á lo que le obligaba su poderío; *que entre reyes no era bien ouiera intereses, y que así, no era esto sino una memoria*.

Mostró Muley Ahmed en la alegría del semblante, cuánto le agradaban las razones del Embajador, apenas se las tradujo en arábigo nuestro intérprete, y contestóle, *que su casa, persona y reino eran del rey Don Felipe, y que así lo decía y profesaba siempre*.

No quiso Pedro Venegas que en su presencia se descubrieran las joyas que traía, creyendo, con gallarda resolución, que no debía permitir las presentara el camarero que las custodiaba, *porque no pareciese que sólo á aquel efecto era venido*; mas añadió que consigo traía la carta de creencia, firmada por el Rey de España, y que

si el Sultán se lo permitía, se levantaría á hacerle la reverencia que le era debida; permitióselo Muley Ahmed, levantóse el Embajador, tomó la carta, besóla, púsola sobre su cabeza en señal de vasallaje y obediencia, y entrególa después de estas ceremonias al monarca africano; tomóla éste á su vez, y llegósela al pecho, demostrando así cuánto estimaba al poderoso Príncipe que le escribía.

Antes de despedirse los españoles, el Sultán preguntó al Embajador por su salud, algo quebrantada, sin duda con las molestias del viaje y el calor de la estación, manifestándole cuánto le pesaba su dolencia, y procurando averiguar si estaba contento con el trato que en su corte recibía; contestóle Venegas cumplidamente á cuanto le preguntó, y despidiéndose, salió de la cámara real en compañía de los dos alcaides Reduán y Almanzor.

No pudo resistir mucho Muley Ahmed á la codicia y curiosidad de ver el presente que le remitía Felipe II: inmediatamente que se fué el Embajador, hizo entrar á su camarero, que esperaba en la inmediata estancia con las joyas; el cristiano, puesto de rodillas, descubrió su precioso encargo: Muley Ahmed estuvo largo rato recreándose en aquellas valiosas muestras de arte y riqueza europeas, mirólas una por una, enseñólas á los alcaides que le acompañaban, y *haciendo demostración de contento y encareciéndolo, exclamó:*

—Esto más vale que mi reino.

En efecto: aquella expresión de liberalidad de Felipe II, que éste no quería que pasara por presente, valía, según apreciaron el mismo Muley Ahmed y sus alcaides, más de cuatrocientos y cincuenta mil ducados.

F. GUILLÉN ROBLES.

24 de Septiembre de 1889.

(Se concluirá.)

APUNTES

PARA UN

DICCIONARIO DE ESCRITORAS ESPAÑOLAS

DEL SIGLO XIX.

DESDE hace largo tiempo viene debatiéndose en las sociedades modernas un tema que podría enunciarse en los términos siguientes: «¿Es un bien ó un mal que la mujer se instruya, tome parte en el movimiento intelectual, y *escriba*? Y el debate, siempre oportuno y nunca agotado, lleva trazas de no terminar jamás ni llegar á conclusiones á gusto de todos.

Los enemigos de la mujer escritora repiten los argumentos eternos, repetidos hasta la prodigalidad por el francés Molière y por nuestro Vargas Ponce.

Los partidarios de la mujer docta vuelven á sacar á colación los nombres ilustres de Doña Beatriz Galindo, Santa Teresa, Sor Juana Inés de la Cruz, Sor María de Ágreda y Doña Isidra de Guzmán, doctora de la Universidad de Alcalá.

Pero ya he indicado que ni los unos convencen á los otros, ni los otros hacen que cedan un ápice los unos.

Dejando, pues, el tema como lo hemos encontrado, y fijándonos sólo en la cuestión de hecho, podemos asegurar que, ya sea un bien, ya un mal la mujer ilustrada y escritora, en nuestra patria existen señoras que escriben mucho y que escriben bien; y como tal vez no será

ocioso traer á la eterna polémica algunos materiales curiosos, hemos tenido la paciencia de formar unos cuantos centenares de papeletas, que pueden servir de provechosa guía á los que gusten ampliarlas, ó formar acaso, con ellas por base, un *Diccionario biográfico de Escritoras españolas del siglo XIX*. Allá van, con toda la concisión posible, para no privar de originales más gratos á los lectores de esta ilustrada revista.

A.

ACUÑA DE LA IGLESIA (DOÑA ROSARIO). — Escritora contemporánea. Muy joven aún, se dió á conocer en 1873 con su poema *A orillas del mar*, publicado en *La Ilustración Española*, y tres años más tarde, estrenaba en el teatro del Circo el drama *Rienzi el Tribuno*, que por sus tendencias políticas, más acaso que por su mérito como poema escénico, obtuvo un gran éxito. En dicha obra, la entonces señorita Acuña, ponía en boca de su protagonista el siguiente soneto :

« ¡Oh, libertad, fantasma de la vida,
Astro de amor á la ambición humana;
El hombre en su delirio te engalana,
Pero nunca te encuentra agradecida!

Despierta alguna vez; siempre dormida
Cruzas la tierra como sombra vana;
Se te busca en el hoy para mañana,
Viene el mañana y se te ve perdida....

Cámbiase el niño en el mancebo fuerte,
Y piensa que te ve, ¡triste quimera!,
Con la esperanza de llegar á verte.

Ruedan los años sobre la ancha esfera,
Y en el último trance de la muerte,
Aún nos dice tu voz: « ¡Espera! ¡Espera! »

Marcado con esta obra el carácter literario de la señorita Acuña, lo ha confirmado posteriormente colaborando en publicaciones de ideas muy avanzadas, lo mismo en política que en religión, publicando, ya con su nombre, ya con el pseudónimo de Remigio Andrés Delafon, el tomo de poesías *Ecos del alma*; los dramas *Amor á la patria* y *Tribunales de venganza*, estrenados en 1877 y 1880; los poemas *Morirse á tiempo* y *Sentir y pensar*; la colección de artículos, *Tiempo perdido* y *La siesta*, y los libros dedicados á la niñez, *Lecturas instructivas*, *Páginas de la naturaleza* y *Certamen de insectos*.

AGRAMONTE Y ÁVILA (DOÑA LORETO).—Es autora de un *Arte de cortar ropa blanca*, publicado en Barcelona en 1877. Pocos años más tarde residía en la Habana, traduciendo del inglés algunas novelas, con la colaboración de su hermana Doña Manuela. En 1880 dió á la estampa *La huérfana de Moscou*, cediendo dos mil ejemplares de la misma á favor de la piadosa asociación Hijas de María, constituida en Santiago de Cuba.

AGUADO (DOÑA DOLORES).—En 1879 fundó y dirigió en Burgos el periódico *El Pensamiento*.

AGUIAR (MARQUESA DE). V. GALLEGO (*Doña Bibiana*).

AGUIRRE Y ROSALES (DOÑA CAYETANA).—Escritora de principios del siglo. En 1813 tradujo y publicó en la Imprenta Real la obra *Virginia ó la doncella cristiana*.

ALDRICH (DOÑA TRINIDAD).—En 1887 fué premiada, en público certamen de la Academia Mariana de Lérida, por su oda *Á la Virgen María*, publicada el mismo año en un elegante folleto.

ALEU Y RIERA (DOÑA DOLORES).—En la Universidad de Barcelona siguió los estudios de medicina y cirugía, logrando en 1883 la borla de doctor. Ha escrito la obra: *Consejos á una madre sobre el régimen, limpieza, ves-*

tido, sueño, ejercicio y entretenimiento de los niños. También ha publicado su discurso de tesis doctoral.

ALONSO GAINZA (DOÑA MATILDE).—Novelista. En 1878 dió á la estampa la novela original *Leila ó pruebas de un espíritu.*

ÁLVAREZ MIJARES DE REAL (DOÑA EMILIA).—Nació en Oviedo en 1835, y las vicisitudes de su familia formaron su carácter soñador y melancólico. Desde muy niña escribió versos, y apenas adolescente, figuraron éstos en los periódicos de Asturias y otras provincias. Á la edad de veinte años contrajo matrimonio, y supo compartir sus deberes de esposa y de madre con sus aficiones poéticas. En 1857 dió á la estampa en Oviedo su libro *Recuerdos y esperanzas.* Ha sido colaboradora consecuente de *El Correo de la Moda, La Mujer cristiana* y otros periódicos, habiendo escrito también algunas composiciones dramáticas, que ignoramos si se han representado.

ÁLVAREZ DE SEGOVIA (DOÑA JOSEFA).—Ha traducido al castellano las obras *Franco Bretón* y *Veladas ó cuentos de una tertulia.*

ANDRÉS (REMIGIO). V. ACUÑA (*Doña Rosario*).

ANGUITA (DOÑA CONCEPCIÓN).—En los periódicos de Jaén de los años 1883 y 1884 hemos visto al pie de algunas poesías la firma de esta señora.

ANIORTE (DOÑA MANUELA).—Viuda de un reputado profesor dentista, el Sr. Sales, mereció de la Universidad de Valencia el título de dentista, en vista de su habilidad operatoria. Ha dado á la estampa un *Arte del dentista* (1883).

ANTÚNEZ (DOÑA BALBINA DE).—Ha traducido numerosos trabajos para *La Ilustración Católica.* (Años 1878 y siguientes.)

AÑÓN Y PAZ (DOÑA NICOLASA).—Poetisa gallega, hermana del poeta de su apellido, y que, falta de toda instrucción, ha escrito muy conmovedores y sentidos versos (1886).

APARICIO (DOÑA ISABEL).—Escritora cuya firma hemos visto en los periódicos de Albacete de los últimos años.

ARAUS (DOÑA MERCEDES).—Poetisa. Nació en la Habana. Publicó varias composiciones en *La Moda Elegante*, periódico de Cádiz.

ARCINIEGA Y MARTÍNEZ (DOÑA CASILDA y DOÑA ANTONIA).—Maestras superiores de instrucción primaria. Publicaron en 1882 la obrita *La aurora de las niñas*.

ARDITE (DOÑA MODESTA).—Ha escrito numerosas revistas de la especialidad en *El Correo de la Moda*.

ARENAL (DOÑA CONCEPCIÓN).—Distinguidísima señora que, con constancia impropia de su sexo, se ha consagrado al estudio de los más arduos problemas de la administración y de la beneficencia. Á ejemplo de la inglesa María Carpenter, nuestra compatriota ha consagrado muchos años de su vida á ilustrar la opinión con sus propios estudios, y hasta hubo un momento en que un gobierno, exento de necias preocupaciones, la asoció á sus tareas, nombrándola visitadora de las penitenciarías de mujeres en España; pero á raíz de haber presentado una luminosa Memoria indicando las reformas que aquéllas reclamaban, fué declarada cesante, y tuvo que retirarse á su hogar, no tan lastimada por la ingratitud de que se veía objeto, como por no prestar á los desgraciados los socorros que con su fecunda iniciativa podría llevarles. Trataremos de recordar sus obras principales: *Manual del visitador del pobre*.—*Cuestiones penitenciarias*.—*Á todos*.—*Fábulas en verso* (1849).—*Apelación al público*

de un fallo de la Real Academia Española (1861).—*Estudios penitenciarios* (1877).—*La mujer del porvenir* (1870).—*Á los vencedores y á los vencidos*.—*La Beneficencia, la Filantropía y la Caridad* (1864), Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias morales y políticas.—*Las Colonias penales de la Australia y la pena de deportación* (obra premiada por la Real Academia de Ciencias morales y políticas en el concurso de 1875).—*Eusayo sobre el derecho de gentes* (1879).—*La instrucción del pueblo*, Memoria premiada asimismo por la ya citada Real Academia de Ciencias morales y políticas en el concurso de 1878 (1881).—*La cuestión social: Cartas á un obrero y á un señor* (1880).—*Cuadros de la guerra* (1880).—*La mujer de su casa* (1883). La Sra. Doña Concepción Arenal ha colaborado activamente en *La Iberia*, *Las Escenas contemporáneas*, *La Voz de la Caridad* y otras publicaciones. Estuvo casada con D. Fernando García Carrasco, escritor muy digno también de estimación. La Sra. Arenal dice en una de sus obras: «El hombre hace cuanto puede por empequeñecer, por rebajar á la mujer, y luego quiere que, como madre, se eleve y sea grande, que es como privar á una persona del sustento necesario y pretender que levante pesos enormes». Á combatir este sistema se consagran, y ciertamente con éxito, las obras de la Sra. Arenal.

ARGÜELLES TORAL Y HEVIA (DOÑA ALEJANDRINA).—Poetisa. Nació el 20 de Septiembre de 1845 en Irún. Desde sus más tiernos años demostró las felices disposiciones que para el cultivo de la poesía, como para la música y canto, tenía. Á los cuatro años empezó su carrera literaria, que tuvo fin á los quince. Entre otras composiciones poéticas suyas, sobresalen las tituladas *Toma de Tetuán*.—*Al Príncipe de Asturias*.—*Á la muerte de Guz-*

mán y *Á la inauguración del Canal de Isabel II*. Á los doce años compuso algunas piezas para piano y para canto y piano, mereciendo ocupar una página de las *Efemérides de músicos españoles*, escrita por el Sr. Saldoni, profesor de la señorita Argüelles. Á su muerte, ocurrida en 1860^x, se formó una corona poética, en la que se veían las firmas de Fernán-Caballero, Sáez de Melgar, Trueba, Bustillo, León (Doña Rogelia), Hartzzenbusch, Rodríguez Correa, Grassi, Sinués, Palacio, etc.

* de 15 años

ARIAS DE ARIMÓN (MARÍA DE LA CONCEPCIÓN).—Autora de la Memoria que la Sociedad Económica Matritense distinguió con el primer premio en el concurso que convocó en el año de 1836.

ARMENGÓL DE BADÍA (DOÑA INÉS).—Escritora catalana, citada por D. Víctor Balaguer algunas veces en sus discursos. En el certamen del Ateneo Sabadellés de 1883 ganó el premio ofrecido por el periódico *El Diario de Sabadell* y el concedido por la Sociedad «La Piga». En 1879 el periódico de Nueva Yorck *Llumanera* publicó un número extraordinario dedicado á las escritoras catalanas, y redactado sólo por éstas. Dicho número insertó un escrito y un retrato de la señorita Armengol en unión de otros de las señoras de Valldaura, Monserdá, Massannés y otras. Como adición al *Llumanera* se ve una canción á la Virgen de Monserrat, letra y música de la señorita doña Inés Armengol.

ARMIÑO DE CUESTA (DOÑA ROBUSTIANA).—En 1821 nació en Gijón, siendo hija de modesta familia. Por sí sola, y casi ocultándose de su familia, estudió gramática é historia, así como el francés, el inglés y el italiano, y estuvo casada con el médico D. Juan Cuesta, de quien ha tenido varios hijos. Desde 1835 figura su nombre al pie de numerosos trabajos literarios; pero, á partir de

1859, en que vino á residir en Madrid, su laboriosidad no se ha interrumpido. Es autora de las obras : *Colección de poesías*.—*Colección de novelas morales*.—*Flores del Paraíso* (libro para niños).—*Las Almas gemelas*, novela.—*Historia de la pintura en la antigüedad*.—*Historia de los pintores*.—*La vida de los pueblos*.—*Fotografías sociales*.—*Un momento lúcido*, novela.—*Marietta Tintorella*, íd.—*Una corona de encina*, íd.—*El autómata*, íd.—*El bañero*, íd.—*La envenenadora*, íd.—*Tres mujeres célebres*.—*El Bautismo*, traducción del poema de Delavigne.—*El Ánima sola*, novela.—*Juan Espada*, íd.—*Los Condes de Gijón*, drama.—*Dos coronas*, zarzuela.

ARNILLAS DE FONT (DOÑA MARÍA DEL AMPARO).—Escritora catalana, de quien conocemos las siguientes obras: *Pascual y los saboyanos*, comedia de niños (1878).—*El ejemplo*, íd. en dos actos.—*San Dominguito de Val*, drama en un acto.—*El Cristo de Mont Calvari* (1887).—*Al borde del abismo*, un acto (1887).—*Saúl y Regina* (1887).

ARRAEZ DE LLEDÓ (DOÑA DOLORES).—Poetisa granadina, cuyas obras se conservan en numerosos periódicos de la localidad. Murió á principios de Septiembre de 1872. Dió al teatro el juguete cómico andaluz *Mariquilla la Salerosa* (1850).

ARRÓNIZ Y BOSCH (DOÑA TERESA).—En 1862 escribió una *Crónica oficial* de los festejos celebrados en Murcia al visitarla la Reina Doña Isabel II. Se le deben también las novelas: *El testamento de D. Juan I*; *La Condesa de Alba Rosa* (1873); *Julieta* (1874); *Mari-Pérez*, recomendada por la Real Academia Española (1876); *Inés de Villamor* (1879).

ASENSI (DOÑA JULIA DE).—Poetisa y novelista, natural de Madrid. En 1878 dió á la escena, en colaboración

con D. Tomás Asensi, la comedia *El amor y la sotana*; en 1880 la novela *Tres amigas*; en 1885 *Leyendas y tradiciones*, en prosa y verso, y antes y después de estas fechas, numerosos artículos y poesías líricas.

ASÍN DE CARRILLO (DOÑA FELÍCITAS).—Novelista. En 1875 publicó en Valladolid la novela *Rugier de Lauriga*.

ATKINSON (DOÑA FLORENCIA).—Arregló al castellano, en colaboración, la obra de Appleton, *Economía é higiene doméstica* (1888).

AVELLANEDA (V. GÓMEZ DE AVELLANEDA).

AVILÉS (DOÑA CAMILA).—Por los años de 1864 y siguientes publicaba artículos y poesías en *El Correo de la Moda*.

AYESA DE SAN QUÍRICO (DOÑA FRANCISCA).—En 1856 publicó la obra *Estudios geográficos*, dedicados á SS. MM.

B.

BALACIART (DOÑA DOLORES).—Hija del literato D. Daniel; profesora de comercio. Ha traducido novelas y folletines para *El Clamor de la Patria* y otros periódicos.

BALBUENA (DOÑA DOLORES ELVIRA).—Poetisa. Su nombre aparece al pie de algunas composiciones poéticas publicadas en el periódico *Cádiz* (1878).

BALMES (DOÑA CARMEN).—En 1888 se publicaba en Madrid, bajo su dirección, una revista literaria titulada *La Mujer*, y consagrada, como su título indica, al bello sexo.

BARAYBAR (DOÑA MARÍA).—Aparece su firma en el periódico *Flores y Perlas* (1883).

BARRAGÁN DE TOSCANO (DOÑA REFUGIO).—Por el año 1884, la casa editorial de Bastinos, establecida en Barcelona, publicó un poema religioso titulado *La Hija de Nazareth*, dividido en diez y ocho cantos, comprendiendo desde la Concepción de María Santísima hasta su gloriosa Asunción, con la salutación del Ave María, original de la Sra. Barragán de Toscano.

BASCUAS Y COLÓN (DOÑA MARÍA).—Profesora de instrucción primaria y dama de honor del Instituto Humberto de Palermo. Es autora de una *Aritmética* para uso de las escuelas, y de algunas composiciones musicales.

BAUTISTA Y PATIER (DOÑA ELADIA).—Poetisa residente en Mula. En 1870 publicó un volumen de *Poesías*, al que precedía un prólogo de Doña Faustina Sáez de Melgar; en 1876 tomó parte en la polémica de los anotadores del *Quijote* Sres. Acosta y Hartzenbusch. En los Juegos florales de Murcia de 1878 obtuvo un accésit por su composición *La Campana de las monjas*, y en los de 1879 alcanzó el laurel de oro.

BECEIRO DE PATO (DOÑA CARMEN).—En 1887 publicó en Santiago la novela *El Marino*.

BELOSO (DOÑA RITA).—En 1874 han aparecido versos suyos en el periódico *Ecos del Guadalevin*.

BELL-LLOCH (DOÑA MARÍA DE).—Escritora catalana. En 1874 publicó un volumen de poesías con el título de *Salabrugas*. En el certamen barcelonés de Juegos florales de 1875 ganó un accésit por sus composiciones *Narraciones y Leyendas*; en el de 1880 obtuvo una joya artística por su tradición popular denominada *Monseny*.

BENÍTEZ DE ARCE (DOÑA ALEJANDRINA).—Colaboradora de *El Ramillete*, revista literaria de Barcelona (1875).

BENÍTEZ DE GUEVARA (DOÑA CONCEPCIÓN).—En

1855 publicaba artículos y poesías en los periódicos de Valencia.

BEQUER DE DOMENECH (DOÑA CAROLINA).—Es autora de la zarzuela *Una onza de oro* (Alcira, 1888).

BEREA (DOÑA CONSTANZA).—Escritora gallega, cuyas producciones aparecen en diferentes periódicos de aquella región (1885).

BIEDMA (DOÑA PATROCINIO).—Nació en Bejijar, provincia de Jaén, en 13 de Marzo de 1848; antes de cumplir quince años casó con D. José de Quadros y Arellano, hijo del marqués de San Miguel de la Vega, enviudando á los nueve años de matrimonio. Desde entonces buscó consuelo en la literatura, consiguiendo en breve espacio de tiempo hacerse un nombre justamente estimado. Patrocinio de Biedma intentó crear una federación literaria andaluza, y fundó el periódico *Cádiz*, que obtuvo éxito excelente (1877). Ha escrito y publicado las siguientes obras, ya en prosa, ya en verso: *El Héroe de Santa Engracia*, (poema (1874).—*Guirnalda de pensamientos* (1873).—*Recuerdos de un ángel* (1874).—*Dramas íntimos*.—*El mayor castigo*.—*Estudios filosóficos*.—*Problemas sociales*.—*Estudios artísticos*.—*La Catedral de Sevilla*.—*El Alcázar de Sevilla*.—*Estudios heráldicos*.—*La Nobleza española*.—*Blanca* (1871).—*Cadenas del Corazón* (1872).—*El capricho de un lord*.—*Las Almas gemelas*.—*La Botella azul*.—*Sensitiva*.—*La Muerta y la viva*.—*El Odio de una mujer* (1876).—*La Flor del cementerio*.—*El Secreto de un crimen*.—*Desde Cádiz á la Habana*.—*Dos minutos*.—*Fragmento de un álbum*.—*La Sierra de Córdoba*.—*Tiempo perdido* (1881).—*El Testamento de un filósofo* (1880).—*Una historia en el mar*.—*Fragmentos de un álbum*.—*La Sombra de César*, traducción del drama de Balaguer (1878).—*Dramas íntimos*.

—*Dos hermanos* (1884). En 1888 inició y organizó en Cádiz un Congreso proteccionista de la infancia. En 1889 se colocó su retrato en la casa ayuntamiento de Baeza.

BLANCO (DOÑA CARMEN).—Poetisa y escritora granadina. En 1878 publicó en *La Crónica de Cataluña*, periódico de Barcelona, unos *Retratos de perfil, bocetos á vuelapluma*, colección de artículos serios y jocosos, cuya presentación la firma el Sr. Mobellán, quien hace de la señorita Blanco un favorable juicio. En 1879 publicó una novela en el periódico *El Cascabel*. Desde esta época figuró como colaboradora en gran número de publicaciones periódicas.

BLANCO Y RODRIGO (DOÑA JULIA).—En 1883 tradujo del inglés y publicó en la Coruña la novela de Paul Morgán, *Conflictos del orgullo*.

BOHL DE FABER (DOÑA CECILIA).—Ilustre escritora, que ha hecho célebre el seudónimo de *Fernán-Caballero*, con el cual firmaba sus producciones todas: muerta en Sevilla, á la edad de ochenta años, en 7 de Abril de 1877. Nunca había consentido en facilitar el conocimiento de su vida á sus entusiastas biógrafos, grave error, aunque la modestia lo disculpe; pues quien logra fama pública no puede encerrarse estrechamente en los límites de la vida privada. Cuéntase á este propósito, que, habiéndose generalizado en Bélgica la lectura de sus *Narraciones* en las escuelas públicas, el rey Leopoldo concedió á la escritora la condecoración de *caballero* de la orden creada por dicho Monarca, distinción que hubo de renunciar en razón de su sexo. Cecilia Bohl de Faber, hija de un cónsul de Hamburgo en Cádiz, nació en Morges (Suiza), en 25 de Diciembre de 1796, residió desde su primera niñez en aquella capital, donde, siendo aún muy joven, contrajo matrimonio con el marqués de Arco Hermoso; muerto

éste, se unió en segundas nupcias con D. Antonio Arrom, cónsul de Australia. Cecilia Bohl dominaba la lengua latina, así como las italiana, francesa y alemana; era muy docta en los estudios menos familiares al bello sexo, y así se explica el encanto con que sus producciones eran leídas dentro y fuera de España. El catálogo de las obras de *Fernán-Caballero* es extensísimo: las que recuerdo en este momento, fiadas á mi memoria, son: *La Gaviota*, *La Estrella de Vandalia*, *Lágrimas*, *Don Judas Tadeo Barbo*, *Con mal ó con bien....*, *Mas largo es el tiempo que la fortuna*, *Un verano en Bornos*, *La Hija del sol*, *Vulgaridad y nobleza*, *Flores de los campos*, *El Ex-voto*, *La Familia de Alvareda*, *Clemencia*, *¡Pobre Dolores!*, *Lucas García*, *Un servilón y un liberalito*, *Los dos amigos*, *Justa y Rufina*, *Mas honor que honores*, *Á los niños*, *El Alcázar de Sevilla*, *Una en otra*, *Elía ó la España en 1814*, *Relaciones*, *El Último consuelo*, *La Noche de Navidad*, *El Día de Reyes*, *Dicha y suerte*, *Cuadros de costumbres*, *La Farisea*, *Las dos gracias*, *La Maldición paterna*, *Lady Virginia*, *La Corruptora y la buena maestra*, *La Mitología contada á los niños*, *Cuentos y poesías populares*, *Colección de artículos religiosos y morales*, *Estar de más*, *Magdalena*, *Cuentos*, *oraciones*, *adivinas y refranes populares*. En 1862 se publicó una colección de sus obras completas; pero ni en aquella se comprendió todo cuanto llevaba publicado, ni menos podían figurar los trabajos en que á la sazón se ocupaba. Justo y patriótico sería, por lo tanto, rendir un tributo de aprecio á la autora, publicando una colección completa ó siquiera escogida de sus obras. Algunas líneas de otro escritor ilustre, fallecido recientemente, de Francisco Tubino, harán el retrato moral de *Fernán-Caballero*.

«No pidamos á Fernán que razone con la fría calma

del filósofo ; pidámosle sentimientos generosos y humanos, y nos los ofrecerá á raudales. Fernán, que era la distinción personificada en el decir y en el obrar, como en el pensar ; Fernán, que sin preocuparse de artificiales distinciones revelábase como modelo de aristocráticas conveniencias, siendo su aristocracia la aristocracia de la discreción y de la elegancia, de la exactitud y precisión en el pensamiento y en la obra, de la seriedad en el juicio, de la elegante franqueza de la gente bien educada, de la amabilidad y finura del trato culto, sentía una aversión terrible hacia lo vulgar y grosero, hacia lo artificioso é hinchado, hacia todo lo que con el sello de la espontaneidad no viniera sancionado por las leyes del gusto y de lo correcto. Cuando, gracias á sus méritos, más notorios por empeñarse ella en velarlos con mayor cuidado, Doña Isabel II la brindó con habitaciones en el regio Alcázar sevillano, sus amigos pudieron convencerse de que Fernán-Caballero era una criatura superior. Su casa era la casa española ; sencilla, modesta, silenciosa, clara, con las paredes blanquísimas y los suelos brillantes de limpieza ; flores por todas partes y alguno que otro objeto artístico, libros, fotografías ; periódicos de España, pocos ; revistas nacionales y extranjeras, muchas ; muebles, los necesarios : he aquí cómo vivía la apuesta dama, cuyo frugalísimo alimento parecería escaso al menos pretencioso. Ni grandes reuniones, ni banquetes, ni exhibiciones de títulos al obligado y ajeno aplauso tenían puesto en aquel teatro de la modestia y del apartamiento. Fernán-Caballero no buscaba la gloria, ni siquiera el encomio ; escribía unas veces para destinar el producto de sus obras á socorrer menesterosos ; otras, por compromisos de amistad ; muchas, buscando en el estudio y en la meditación lenitivo á las penas morales que

con resignación sobrellevaba. ¡Cuánto podríamos decir si nos propusiéramos retratar el lado moral de Cecilia; cuánto si historiáramos sus rasgos de caridad y de filantropía!».....

«En más de una ocasión, á pesar de sus años, la sorprendimos cruzando la asolada Alameda de Hércules, para dirigirse á San Benito de Alcántara á iniciar en los secretos de la lectura y la escritura á las niñas desaharrapadas de la gente pobre; otras, sus excursiones eran á Triana; cuándo á la Macarena, cuándo al Pozo Santo, cuándo á San Bernardo, y siempre para llevar el consuelo á los desvalidos, para socorrer á los que á ella acudían como á segura Providencia en sus cuitas y necesidades. Si la inteligencia de Fernán era privilegiada, nosotros podemos decir que su corazón era de finísimo diamante, por lo puro, transparente y hermosísimo.»

Uno de sus biógrafos hace la estadística de sus trabajos en esta forma: doce novelas, diez y seis relaciones sobre diferentes asuntos, catorce cuadros de costumbres y treinta y cuatro escritos de miscelánea; pero, por lo menos en este último guarismo, hay error, pues sus artículos en periódicos y revistas, por su excesivo número son imposibles de precisar.

BORAO (DOÑA MARÍA DE LA CRUZ).—Poetisa zaragozana, muerta muy joven, en 25 de Septiembre de 1879. Había obtenido premios en diferentes certámenes literarios; publicado muchos escritos en los periódicos de la localidad, y contribuido en 1877 á la corona fúnebre de otra inspirada poetisa, la señorita Estevarena.

BORBÓN (DOÑA PAZ DE).—Infanta de España, hermana del Rey D. Alfonso XII. Ha cultivado la poesía y la pintura. En el primer concepto publicó en Madrid, en 1883, una colección de sus *Poesías*.

BORIS DE FERRANT (DOÑA NATALIA).—Escribía por el año de 1853 en *El Correo de la Moda*.

BOSS (DOÑA CAROLINA DEL).—V. RÍOS (*Doña Blanca*).

BRABO Y MACÍAS (DOÑA RAFAELA).—Escritora y poetisa rondeña. En 1874 figuraba como colaboradora en *El Correo de la Moda*, y en 1876 publicó trabajos en la *Revista Compostelana*. En 1877, la Academia Bibliográfico-Mariana, de Lérida, abrió un certamen literario-musical-pictórico, en el cual obtuvo la señorita Brabo el premio del «Lirio de plata» por una composición titulada *El Amor de María y la paz de nuestros corazones*. En 1882 logró otro premio análogo.

BRIDOUX Y MAZZINI (DOÑA VICTORINA).—Poetisa residente en Canarias, y cuyas composiciones se leían hace treinta años en los periódicos de aquellas islas.

BUENO (DOÑA JOSEFA).—En 1880 publicó en Granada un volumen de poesías con el título de *Lágrimas y pensamientos*.

BUSTAMANTE (DOÑA SOFÍA).—Colaboradora de *El Correo de la Moda* (1877).

BUTLER Y MENDIETA (DOÑA ROSA).—Poetisa. Nació en Jaén en 18 de Julio de 1821; quedó huérfana siendo muy niña, y á los pocos años se dió á conocer por sus trabajos poéticos. Contando veinte, dió á la estampa el poema titulado *La Noche y la Religión*, y desde entonces escribió numerosas poesías que se insertaron en los periódicos de España y América. Su obra más notable es el ensayo titulado *La Creación del mundo*, teniendo inéditas otras muchas producciones. Desgracias y pesadumbres le hicieron abandonar las letras hace ya muchos años.

C

CABALLERO INFANTE DE ANDERICA (DOÑA CONSOLACIÓN).—Publicó en Sevilla un volumen de *Poesías* (1879).

CABEDA Y SOLARES (DOÑA RITA).—La única noticia que tengo de esta escritora es su libro *Cartas selectas de una señora á una sobrina suya, entresacadas de una obra inglesa impresa en Filadelfia* (1801).

CABRERA Y HEREDIA (DOÑA DOLORES).—Nació en Tamarite de Litera en 15 de Septiembre de 1829, y muy joven aún publicó inspiradas poesías en los periódicos *La Esperanza, El Trono y la Nobleza, La Reforma, Las hijas de Eva* y otros. Á los veinte años publicó una colección con el título de *Las Violetas*, y más tarde *Una perla y una lágrima, Quien bien ama nunca olvidada*, novela, y un drama histórico.

CABRERIZO (DOÑA ANA).—Escritora. Nació en Gandía en 1839, y á la edad de quince años, educándose en el colegio de Loreto de Valencia, publicó las obras *Cartilla ó silabario para uso de las escuelas y Alfabeto religioso ó libro de primera lectura para la infancia*.

CABRERO Y MARTÍNEZ (DOÑA PAULINA).—En *El Museo de las familias*, publicado en Madrid por los años 1840 al 50, figuran algunas poesías de esta señora.

CAIMARI DE BAULO (DOÑA MARGARITA).—Poetisa mallorquina, cuya firma aparece en el año 1872 en la *Revista Balear de Literatura* y en otros periódicos, y en 1874 en la *Corona poética* dedicada á la beata Catalina Tomás.

CALDERÓN (DOÑA CAMILA).—Escritora. En dife-

rentes periódicos de Madrid aparece la firma de la misma al pie de varios trabajos ligeros y de la novela *El Corazón de un hombre*. También ha cultivado la poesía dramática, dando al teatro las obras *Marido y mujer* (1878); *La viuda y la niña* (1879); *A media noche* (1880); *El peor consejero* (1882), y *Me voy al cuartel* (1882).

CALÉ Y TORRES DE QUINTERO (DOÑA EMILIA).—Escritora gallega. Ha publicado numerosos trabajos en *La Revista Compostelana*, *El Correo de la Moda* y otros periódicos. En 1878 dió á la estampa el libro de poesías titulado *Horas de inspiración*, y en 1884 dió al teatro en la Coruña, con éxito extraordinario, el drama *Lazos rotos*. También ha publicado una obra con el título de *Cuadros sociales*.

CAMBRONERO DE LA PEÑA (DOÑA MANUELA MARÍA).—Escritora vallisoletana, autora de numerosas poesías, publicadas en un volumen, y del drama en 5 actos y en prosa, llamado *Safira* (1836).

CANTERO (DOÑA ÁNGELES).—En 1882 residía en Baena, y fué premiada por una composición poética al celebrarse la fiesta del centenario de Santa Teresa de Jesús.

CARBONELL Y SÁNCHEZ (DOÑA MARÍA).—Profesora de instrucción primaria, natural de Valencia. En periódicos políticos y profesionales ha publicado artículos, y en Barcelona dió á la estampa en 1888 el libro *Los pequeños defectos: Ligeros apuntes sobre la educación de la juventud*.

CÁRDENAS DE SALCEDO (DOÑA ELOÍSA).—Tradujo en 1877, y publicó en la *Revista Contemporánea*, el drama francés *Stiller*.

CARVAJAL DEL CASTILLO (DOÑA JULIA).—Hemos visto trabajos de su pluma en periódicos y almanaques (1878).

CASABLANCA (DOÑA ELVIRA DE).—Redactora de *La Correspondencia de los Niños* y otros periódicos (1877).

CASANOVA (DOÑA SOFÍA).—Publicó en Madrid en 1885 un volumen de *Poesías*.

CASANOVAS (DOÑA ANTONIA).—Hemos leído en el periódico *La Patria*, en 1877, un artículo de esta señora dedicado á *La Virgen del Pilar*.

CASAS VIGO (DOÑA ELISA).—Con ocasión de la inundación sufrida por las provincias de Levante (1879), publicó una poesía titulada *La Caridad*. Es el único trabajo que de su pluma conocemos.

CASTELL (DOÑA MARTINA).—Se recibió de doctora en medicina en 1881, y ejerció su profesión poco tiempo, por haber muerto muy joven aún en Barcelona. Conocemos de su pluma diferentes artículos sobre educación é higiene.

CASTILLO (BARONESA DEL).—V. *Muguiro*.

CASTILLO DE GONZÁLEZ (DOÑA AURELIA).—Escritora que se dió á conocer publicando numerosas poesías en los periódicos de Almería, Cádiz, Oviedo y otras poblaciones. En 1880 dió á la estampa en Cádiz una colección de *Fábulas*, á las que precedía un prólogo de Doña Patrocinio de Biedma. En 1885 fué premiada en un certamen de la Habana por su monólogo en verso *Despedida de Víctor Hugo á la Francia de 1852*. Reside actualmente en la Habana.

CASTRO DE MURGUÍA (DOÑA ROSALÍA).—Insigne poetisa gallega, á quien Castelar calificó con razón de astro de primera magnitud en el Parnaso moderno: nació en Santiago, en 23 de Febrero de 1837, y murió en 15 de Julio de 1885. La nostalgia que le causaba el alejamiento de su país natal determinó sus aficiones poéticas; pero el cultivo de las mismas obedece á otras causas.

La escritora que tantos y tan justos aplausos ha conquistado con sus creaciones, vivía consagrada en absoluto á su familia. En el hogar doméstico, querida y respetada de sus hijos, presidiendo á su educación y formando sus corazones, el hada de la poesía encontraba siempre momentos, robados al sueño y al descanso, que consagrar al arte: en ellos su poderosa imaginación transformaba á la buena esposa y excelente madre en poeta de altos vuelos, y la hacía producir las hermosas composiciones que hoy son gloria de la región gallega y honroso patrimonio de sus hijos.

¿Qué móviles impulsaban á Rosalía? Ella misma nos ha dicho que no era el vano aplauso:

«Glorias hay que deslumbran, cual deslumbra
El vivo resplandor de los relámpagos,
Y que como él se apagan en la sombra,
Sin dejar de su luz huella ni rastro.
Yo prefiero á ese brillo de un instante
La triste soledad donde batallo,
Y donde nunca á perturbar mi espíritu
Llega el vano rumor de los aplausos.»

El impulso que ponía la pluma en manos de Rosalía Castro, es, por triste que sea confesarlo, la necesidad de concurrir con su esposo Murguía á arbitrar recursos para el hogar. El historiador de Galicia, que ha consagrado toda su vida al país que le vió nacer, no ganaba lo bastante para vivir con la desahogada medianía á que cualquier vulgaridad adocenada puede aspirar, y que tan fácilmente se logra fuera de los caminos literarios. Esta necesidad dió vida á las creaciones novelescas de Rosalía: *El caballero de las botas azules*, *Ruinas* y *El primer loco*, á sus *Cantares gallegos*, á las *Follas novas* y á la

colección *En las orillas del Sar*. Muy notables son las novelas de la Sra. Castro; pero la representación principal de ésta se encuentra en sus poesías, revelación de ansiedades, meditaciones, agitados sueños ó tranquilos recuerdos; *saudades* de un alma, —y me permito acudir á esta voz portuguesa, ya que tantas suelen tomarse de idiomas más á la moda, por lo gráficamente que retrata el carácter de muchas de las composiciones de Rosalía Castro. Poesías subjetivas, muchas veces recuerdan involuntariamente las de Heine entre los extranjeros, y las de Becquer entre nuestros compatriotas. La muerte de Rosalía Castro fué llorada por toda la nación y consagrada por los cantos elegíacos de grandes poetas. Citemos entre estos últimos un soneto de autor anónimo, publicado en la Habana, y que dice así:

¡Es mal de muerte el corazón ahora!
 «Ese mal levarám'-á sepultura»,
 Dijiste: «Teño un mal que, non ten cura,
 »Meu propio corazón que sufre é chora».
 Te mató el corazón, dulce cantora;
 Tu amor á tus hermanos; tu ternura;
 El dolor de tu patria; la amargura
 De esa pobre Galicia que te adora.
 «¡Olvidemo-l-os mortos!», exclamaste....
 Muerta estaba tu tierra, y se alzó un día
 Al mágico conjuro de tus trovas.
 La arrancaste al sepulcro, la animaste,
 Y mientras ella aliente, Rosalía,
 Brotarán en tu tumba «follas novas».

CASTROTERREÑO (CONDESA DE).—En 1801 dió á la estampa en la Imprenta Real un *Elogio de la Reina Nuestra Señora*.

CATURLA (DOÑA CAROLINA).—Hemos leído sentidos versos de esta escritora, fechados en Puerto Rico en 1875.

CAVIA (DOÑA PILAR DE).—En 1879 se leyó con gran aplauso en el Centro mercantil de Zaragoza una poesía de esta señorita, con el título de *El rayo de sol*.

CEPERO (DOÑA BELÉN).—Poetisa cubana, más conocida por el pseudónimo de la *Hija del Yumury*. En 1863 publicó: *Suspiros del alma: Poesías de la Hija del Yumury*.

CERDÁ (DOÑA CLOTILDE).—Conocida en el mundo artístico bajo el pseudónimo de *Esmeralda Cervantes*. Aunque esta profesora música tiene asignado lugar propio entre las notabilidades musicales, en cuyo concepto es arpista de imperiales y reales cámaras, presidenta y socia de honor de innumerables sociedades, de los Reales Conservatorios de Roma, Barcelona y Lisboa, como escritora se le debe también una *Historia del arpa* (1887).

CERVANTES (ESMERALDA).—Véase Cerdá.

CERVERÓ Y CORTÉS (DOÑA ROSARIO).—En *La Moda Elegante* y otros periódicos se han publicado poesías de esta señorita (1876).

CÉSPEDES DE ESCANAVERINO (DOÑA ÚRSULA).—Poetisa. Nació en Santiago de Cuba en 1830. Se consagró á los estudios literarios, y publicó varias composiciones en los periódicos de la Habana y Méjico.

CIAÑO (DOÑA MARÍA TERESA).—Distinguida escritora asturiana, muerta en la Habana en Septiembre de 1883. En los periódicos de Oviedo y de la isla de Cuba hay numerosos trabajos de su pluma.

CIEGA DEL MANZANARES.—V. DÍAZ CARRALERO.

COBO (DOÑA CARLOTA).—Hija de la célebre heroína de la guerra de la Independencia Agustina Zaragoza. En 1859 publicó en Madrid la novela histórica *La ilustre heroína de Zaragoza ó la célebre amazona en la guerra de la Independencia*.

COCIÑA DE LLANSÓ (DOÑA CAMILA).—En un certamen celebrado en Pamplona en 1883 fué premiada su poesía *La tradición de San Fermín*; en 1887 fué también premiada en la Asociación Literaria de Gerona por otra de sus poesías. En los periódicos de Mallorca se leen también numerosas composiciones suyas, especialmente de carácter religioso. Obtuvo otro premio en certamen del Ateneo Igualadino, celebrado en 1883.

CODORNÍU (DOÑA JULIA).—Escritora, natural de Manila. Ha dirigido los periódicos *La Semana Literaria* y *Crónica de la Moda*; ha traducido gran número de novelas para *La Correspondencia de España*, y es autora de *El Crimen de Belchite*, novela, 1883; *Los pecados capitales* (1884), poesía; *Los Mandamientos del Señor* (inédito), y *Los Dominadores* (ídem).

COLL (DOÑA ELOÍSA).—En 1877, contando doce años de edad, escribió una *Poesía* al rey D. Alfonso XII, que se distribuyó en una función de gala dada en el teatro de Córdoba.

CONROTTE (DOÑA AMPARO).—Hemos visto la firma de esta señora al pie de diferentes artículos literarios (1875).

CORONADO DE PERRY (DOÑA CAROLINA).—Poetisa contemporánea: nació en Almendralejo, provincia de Badajoz, en 23 de Diciembre de 1823. Desde muy niña estudió asiduamente á nuestros clásicos, á costa de vigili-
as y aun disgustos, y dió á conocer sus felicísimas disposiciones con algunas poesías sobre asuntos fútiles, como la muerte de un pajarillo de su propiedad, *La Palma*, *El castillo de Salvatierra*, y otras. Espronceda saludaba la aparición de la mujer y de la poetisa, en una composición justamente célebre, y que empieza:

« Dicen que tienes trece primaveras,
Y eres portento de hermosura ya....»

En 1843, trasladada á Madrid, publicó su primera colección de *Poesías*, precedida de un prólogo del ilustre Hartzenbusch. Poco después, en el Liceo de esta capital, en pública sesión, en que fué premiada con corona de laurel, leyó su poema *Se va mi sombra; pero yo me quedo*, y representó su *Cuadro de la Esperanza*, obra dramática. Ha escrito después las novelas *Paquita*, *La luz del Tajo*, *Jarilla*, *La Sigea*, *Adoración*, y otras de menores dimensiones; los dramas *Alfonso IV de Aragón* y *Petrarca*; un *Paralelo entre Saffo y Santa Teresa de Jesús*, *Un paseo desde el Tajo al Rhin*, y otras obras. Casó con D. Horacio Perry, secretario que fué de la legación americana en Madrid, y desde hace algunos años reside en Lisboa.

CORONADO DE RONQUILLO (DOÑA TERESA). — Autora de unos *Alfabetos ideológicos* publicados en Barcelona por la casa Bastinos.

CORRADI (DOÑA AMELIA). — Hemos visto, firmados por esta señora, algunos artículos de crítica artística y la traducción de la novela de Federico Soulié *Eulalia Pontois* (Madrid, 1843).

CORRAL (DOÑA CLARA). — Poetisa gallega. Ha publicado numerosas composiciones en los años de 1876 al 80 en *La Revista Compostelana*, *La Ilustración Gallega y Asturiana*, y otros periódicos.

CORTADA (DOÑA CONCEPCIÓN). — Ha traducido para el folletín de *La Correspondencia* «*La idea de Juan Teterol*» y otras novelas.

CORTES (BARONESA DE). — Véase PAULÍN.

CORTÉS Y AVILÉS (DOÑA CRISTINA). — Ha publicado composiciones poéticas en *El Correo de la Moda* y en la *Corona fúnebre* consagrada á Alejandrina Toral.

CRESPO (DOÑA JOSEFA). — Poetisa cordobesa, que

ha colaborado durante largos años en *El Correo de la Moda*.

CRUZ SOLÍS (DOÑA MARÍA DEL PINO DE LA).—Es autora de *Lágrimas y flores*, colección de poesías (Havana, 1880).

CUESTA (DOÑA MERCEDES).—Ha publicado poesías en *El Correo de la Moda* (1874).

CH

CHEIX Y MARTÍNEZ (DOÑA ISABEL).—Escritora, nacida en Málaga y criada en Almería y en Sevilla. En 1868 concurrió al certamen abierto por la Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida, obteniendo la cítara de plata y oro por la leyenda *El caballero de Nápoles*. En otros concursos de la misma Academia alcanzó otra cítara por *La ofrenda milagrosa*, y accésits por *El Áncora de salvación* y *Nuestra Señora de la Cinta*. También en Murcia obtuvo en los Juegos florales de 1876 la Rosa de plata por su romance *La romería del rocío*, y en los de 1877, la Englantina de oro por la novelita *Las memorias de un plato de China*, y accésit por el artículo *¿Debe ó no ilustrarse á la mujer?* La Academia de Buenas Letras de Sevilla premió su leyenda *El Rey Martín* y sus romances *El cautivo* y *La muerte de Cervantes*, y el Liceo de Málaga le adjudicó diploma de socia de mérito por *El incendio de Astapa* y *Roger de Flor* (1876). Ha publicado la obra *Estrella del Mar: Historia de la Virgen María* (1873); *Clemencia*, novela; *El Amatistero*, y otros trabajos.

CHERNER (DOÑA MATILDE).—Distinguida escritora, muerta en Madrid en 15 de Agosto de 1880. Con el pseudónimo de *Rafael Luna*, publicó las novelas *Las tres le-*

yes, *Ocaso y aurora* (1878), *María Magdalena*, *Novelas que parecen dramas* (1878), así como gran número de trabajos críticos. Para el teatro escribió también algunas obras, motivando los titulados *Don Carlos de Austria* y *La Cruz* comunicados y polémicas, por asegurar la autora que habían sido rechazados para poner en escena *El haz de leña* del Sr. Núñez de Arce y *Don Rodrigo* del Sr. Laserna, de análogos asuntos á los tratados por ella en sus obras. También es autora de un notable *Juicio crítico* sobre las novelas ejemplares de Cervantes.

M. OSSORIO Y BERNARD.

(Continuará.)

BIBLIOGRAFÍA (1)

Tabaré, por JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN, miembro correspondiente de la Academia Española. Un tomo de xx-300 páginas en 4.º; Montevideo: Barreiro y Ramos, editor: 1888.

DEBO á la galantería del Sr. D. Pedro B. Casamayou, cónsul general de la república del Uruguay, la fortuna, para mí muy preciada, de poseer un ejemplar del poema TABARÉ, que corresponde, según indica la portada, á la *Biblioteca de Autores Uruguayos*; biblioteca de la cual, lo declaro ingenuamente, si bien ruborizándome, sólo conozco el poema á que me refiero; y en verdad que si, como dice el vulgo, por la muestra se conoce el paño, después de haber leído, y, ¿por qué no decirlo con franqueza?, admirado el poema de Zorrilla San Martín, siento deseos vivísimos de conocer los tomos restantes.

Si el insigne literato y excelente crítico D. Juan Valera no hubiera publicado la primera serie de sus *Cartas Americanas*, y anunciado el propósito de dar á la estampa otra serie ú otras, algo diría yo de lo que acerca de TABARÉ me ocurre; pero cuando el maestro está en el uso de la palabra, sería en mí imperdonable falta de res-

(1) Dos meses hace que tenemos compuesta esta nota bibliográfica, que no hemos publicado antes por exceso de original. (N. de la D.)

peto tomar iniciativas que de derecho corresponden, por muchos y muy poderosos motivos, al celebrado autor de *Pepita Jiménez*.

Me limitaré, por consiguiente, á dar escueta y monda y lironda la noticia de la publicación del poema, al propio tiempo que acuso recibo del ejemplar y envío al autor público testimonio de mi agradecimiento.

Es posible, y aun me parece muy probable, que el título de TABARÉ sorprenda al lector, y para que sepa lo que significa, voy á reproducir textualmente las palabras que el poeta escribe en una de las notas de un índice alfabético de algunas voces indígenas empleadas en el texto, colocado á la conclusión del libro.

«El nombre de TABARÉ (dice el Sr. Zorrilla San Martín) se encuentra en el *Viaje al Río de la Plata y Paraguay*, de Ulderico Schmidel, aventurero alemán que acompañó al bravo y honesto Alvar Núñez en su memorable expedición al Paraguay.

»También Rui Díaz de Guzmán, en su *Historia Argentina*, nos da á conocer ese nombre, aunque en distinta acepción que Schmidel.

»Éste nos presenta á un cacique, TABARÉ, que hizo sudar el hopo, como decía Cervantes, á los bizarros expedicionarios de Alvar Núñez, en las inmediaciones de la Asunción, que los indios llamaban *Lambaré*.

»No es ese, sin embargo, el protagonista de mi poema.»

¿Cuál es, entonces? Otro, y para explicaciones basta y sobra con lo dicho.

«Quede sólo sentado que *Tabaré* es el nombre de un cacique que un día existió, y que la voz *tabaré* es genuina y muy característica de la lengua *Tupi*. Lo cual, unido al sonido eufónico de esa voz, me indujo á adoptarla

para designar con ella á mi protagonista ; y , por fin , que la palabra *tabaré* está compuesta de las voces *taba*, pueblo ó caserío , y *ré*, después , es decir , el que vive solo , lejos ó retirado del pueblo. (Anotaciones de Angelis á la historia de Rui Díaz.)»

Explicada ya por el autor mismo , con el testimonio de los historiadores , la significación del vocablo *tabaré*, que da nombre al poema , réstame solamente , para cumplir mis obligaciones de noticiero , decir al lector algo sobre lo que el libro contiene y sobre el desarrollo de la acción del poema.

Al tomo , que está admirablemente impreso en papel inmejorable , acompaña un magnífico retrato del autor.

Éste escribe al frente de su trabajo una sentida dedicatoria á su señora esposa , Doña Elvira Blanco de Zorri-lla. Después de escrita esta dedicatoria , que lleva la fecha de 19 de Agosto de 1886 , el poeta tuvo la desgracia de perder á la compañera de su vida , y á la dedicatoria agregó entonces el autor de *Tabaré* las siguientes líneas :

«Después de escrita esta página , que respeto hasta en sus incorrecciones , y antes de darla á la prensa , mi esposa ha muerto.... He bendecido la voluntad de Dios , que me la dió y me la quitó ; he ofrecido á Dios , como holocausto propiciatorio , los pedazos de mi corazón que Él destrozó. Con la absoluta evidencia de la fe , sólo veo en el dolor el nuncio de las divinas misericordias. Sea.»

Á la carta-dedicatoria , tan amargamente y con tanto dolor terminada , sigue la *Introducción* del poema ; es una especie de invocación , en que se adivina la grandeza del asunto , lo vago , lo indefinido de la inspiración , que flota abrasando la mente del poeta en los instantes que preceden á la fiebre de la producción ; véase cómo principia :

«Levantaré la losa de una tumba ;
É internándome en ella ,
Encenderé en el fondo el pensamiento
Que alumbrará la soledad inmensa.

—
Dadme la lira y vamos ; la de hierro ,
La más pesada y negra ;
Esa , la de apoyarse en las rodillas
Y sostenerse con la mano trémula ;

—
Mientras la azota el viento temeroso
Que silba en las tormentas ,
Y al golpe del granizo centellando
Sus acordes difunde en las tinieblas ,

—
La de cantar sentado en las rüinas
Como el ave agorera ;
La que , arrojada al fondo del abismo ,
Del fondo del abismo nos contesta.

—
Al desgranarse las potentes notas
De sus heridas cuerdas ,
Despertarán los ecos que han dormido
Sueño de siglos en la oscura huesa.

—
Y formará la estrofa que revele
Lo que la muerte piensa ,
Resurrección de voces extinguidas,
Extraño ruido que en mi mente suena. »

Y prosigue la introducción :

« Vosotros , los que amáis los imposibles ,
Los que vivís la vida de la idea ,
Los que sabéis de ignotas muchedumbres
Que los espacios infinitos pueblan ,

—
Y de esos seres que entran en las almas ,
Y mensajes oscuros les revelan ,

Desabrochan las flores en el campo
Y encienden en el cielo las estrellas.

—
Los que escucháis quejidos y palabras
En el triste rumor de la hoja seca,

.....
.....

—
Seguidme juntos á escuchar las notas
De ese elogio que á la patria nuestra
El bosque entona cuando queda solo
Y todo duerme entre sus ramas quietas.

—
Crecen laureles, hijos de la noche,
Que esperan liras para asirse á ellas
Allá en la oscuridad en que aun palpita
El grito del desierto y de la selva.»

Principia el poema con una descripción del *Uruguay* y el *Plata*: cuando vivía su salvaje primavera; sus auroras y sus crepúsculos, sus calmas y sus tormentas, sus ríos caudalosos y sus árboles gigantescos, aparecen sucesivamente en el espacioso lienzo en cuyo fondo, lleno de luz y de colores, presenta así el autor las figuras:

«Y al grito temeroso
Que lanzan en el aire sus tormentas,
Contesta el grito de una raza humana
Que aparece desnuda en las riberas.

—
Es la raza *Charrúa*,
De la que el nombre apenas
Han guardado las ondas y los bosques
Para entregarlo virgen al poema.

—
Nombre que aun reproduce
La tempestad lejana, que se acerca,
Formando los fanales del relámpago
En las pesadas nubes cenicientas.

Es la raza indomable
 Que alentó en esa tierra,
 Patria de los amores y las glorias
 Que al Uruguay y al Plata se recuesta.

—
 La patria, cuyo nombre
 Es canción en el arpa del poeta,
 Grito en el corazón, luz en la aurora,
 Fuego en la mente y en el cielo estrella.»

Aparece en escena *Caracé*, feroz cacique, en cuyo
 cuerpo

«Las heridas se cuentan
 Como las manchas en la piel del tigre»,

y que por medio de hogueras encendidas sobre las lomas, convoca á las tribus lejanas. El motivo de esta llamada no es otro que la aproximación á la playa de una nave extraña, en que el jefe *Charrúa* adivina el peligro. De la llegada de los indios y del desembarque de los expedicionarios se da clara idea en las siguientes estrofas, en que hay, á mi modo de ver, asunto para un hermoso cuadro:

.....
 «Los ojos de los indios
 Fosforecen, al ver sobre la arena
 Cómo descienden de la extraña nave
 Los hombres blancos de la raza nueva,

—
 Y cómo dando al viento,
 Y clavando en el suelo su bandera,
 Se agrupan en su torno, y con sus voces
 La sorprendida soledad atruenan.

—
 ¡Extraños seres! Brillan
 A los rayos del sol. Nada recelan,

Y las lomas los miran y el barranco,
Y el Uruguay se empina y los observa.

—
Y los indios ocultos
Mutuamente se muestran
Con los brazos desnudos extendidos,
El grupo extraño que al jaral se acerca.»

entonces comienza el combate entre los indígenas y los invasores.

«Entre inmenso alarido,
Una lluvia rabiosa de saetas
Parte del matorral, y de salvajes
Un enjambre fantástico tras ellas.

—
La bola arrojadiza
Silba, y choca del blanco en la cabeza;
Cae al sepulcro el español herido,
Amortajado en su armadura negra.

—
Y los guerreros blancos
Huyen despavoridos por las breñas,
Dejando sangre en la salvaje playa
Y una mujer en la sangrienta arena.»

Aquella mujer es Magdalena; *Caracé* el cacique se apodera de ella y la conduce á su *toldo*.... En ella engendra el jefe salvaje á *Tabaré*, el protagonista del poema del Sr. Zorrilla San Martín. Con la muerte de Magdalena, la española cautiva, madre de *Tabaré*, termina el libro primero, que contiene los dos primeros cantos.

Cuando comienza el libro segundo han transcurrido algunos años, y el poeta nos presenta un *villorrio* español fundado

«En la desierta margen, donde el río
San Salvador, hermoso tributario

Del Uruguay, derrama en éste
Su caudal entre sauces y guayabos.»

La guerra entre uruguayos y españoles ha seguido y sigue, sin tregua, sin cuartel, espantosa, horrible :

«En los cobrizos pechos
De indios muertos luchando en la batalla,
Las escamas grabadas y arabescos
Se hallaron de las cotas y corazas
»De los guerreros blancos,
Que el *charrúa*, con fuerza extraordinaria,
Estrujaba en el nudo de sus brazos,
Que la muerte tan sólo desataba.

»En los dientes de algunos,
Ó en sus manos crispadas,
Trozos sangrientos de enemiga carne,
Con vestigios de vida, palpitaban.»

La existencia de la raza *charrúa* toca á su término ;
en el villorrio ó castillo español viven : D. Gonzalo de
Orgaz, *joven bizarro*, que

«Manda en jefe la plaza» ;

su esposa Doña Luz ; Blanca, hermana de D. Gonzalo y
hermosa niña de ojos negros,

«Profundos hasta el alma,
Y en que la luz del sol de Andalucía
Brillo de estrellas presta á las miradas».

También vive en el pueblo el P. Esteban,

.....
«Encarnación de aquellos misioneros,
Que del reguero de su sangre hacían
La primer senda en medio del desierto ;
Y marcaban el sitio,

Hasta el cual penetraba el Evangelio,
Con el cadáver sólo y mutilado
De algún mártir sin nombre y sin recuerdo».

En una excursión que, al mando de D. Gonzalo, hacen los soldados españoles, consiguen una gran victoria sobre los salvajes, dan muerte á muchos, y tornan á la fortaleza trayendo algunos prisioneros, entre los cuales viene Tabaré, el hijo de *Caracé* el cacique, y de la española Magdalena.

Blanca y *Tabaré* se miran...., y se aman.... Este amor, que no llega á ser expresado nunca, es el asunto principal de esta parte del poema. Las idas y venidas de *Tabaré*, su perenne melancolía, su silencio obstinado, su empeño en rondar, hosco siempre, y siempre huraño y mustio, la casa donde *Blanca* se alberga, y al propio tiempo el temor de los soldados, á quienes inspira desconfianza, hacen que D. Gonzalo, que había concedido al cacique prisionero que tuviese el pueblo por cárcel, le despida de allí y le obligue á tornar á las madrigueras de sus bosques.

Con la partida conmovedora de *Tabaré* concluye el segundo libro.

El tercero es uno de los más ricos en descripciones animadas y llenas de colorido. Vemos primeramente á *Tabaré* regresando á sus bosques; después sobreviene la muerte de un jefe de los *charrúas* y las extrañas ceremonias con que sus subordinados le honran; luego aparece el que aspira á sustituirle, y alega los méritos que en él concurren para obtener tanta honra.

Los salvajes intentan apoderarse de la fortaleza española; hallan desapercibida á la guarnición, y penetran en el castillo á sangre y fuego; en la confusión de la ba-

talla, el jefe recién nombrado se apodera de Blanca y huye con ella.

«Blanca, la pobre Blanca....»

Lleva tan sólo de su lecho aún tibio
Las desceñidas ropas :
Entre los brazos negros del *Charrúa*
Se ven alas de un nido de palomas.

—
Y entre el pecho nervioso
Y la mano callosa,
La cabeza de Blanca va oprimida,
Inmóvil y encajada entre dos rocas.»

Cuando D. Gonzalo, rechazados los salvajes, sabe que Blanca ha sido arrebatada, su cólera no reconoce límites; atribuye el infame rapto á Tabaré, y á perseguirle se lanza, gritando :

« Yo juro á Dios que vadearé el infierno
Si el infierno se opone ante mi paso ».

En tanto el jefe se llevaba á su tienda á Blanca, y cuando allí, sin defensa posible, sin humano auxilio, iba á ser víctima del brutal deseo, Tabaré, que providencialmente se presenta, da muerte al *charrúa*, y tomando á Blanca dulcemente sobre sus hombros, se encamina á la playa para devolverla á los suyos. Cuando se hallaba cerca del castillo, D. Gonzalo, que desesperaba ya de encontrar á su hermana, y que en su frenesí se había entregado á toda clase de excesos, arrójase sobre Tabaré y hunde la espada en el pecho del que había salvado á Blanca de la deshonra y de la muerte.... Consumado el asesinato,

.....
«.....Pálido, trémulo,
Inmóvil, Don Gonzalo,

Que aún oprimía el sanguinoso acero,
 Miraba á Blanca, que, poblando el aire
 De gritos de dolor, entre su seno

Estrechaba al charrúa,

Que dulce la miró ; pero de nuevo
 Tristemente cerró, para no abrirlos,
 Los apagados ojos en silencio.

—

El indio oyó su nombre
 Al derrumbarse en el instante eterno :
 Blanca desde la tierra lo llamaba :
 Lo llamaba por fin, pero de lejos.

—

Ya Tabaré, á los hombres
 Ese postrero ensueño
 No contará jamás.... Está callado,
 Callado para siempre, como el tiempo,
 Como su raza,
 Como el desierto,
 Como tumba que el muerto ha abandonado,
 ¡Boca sin lengua, eternidad sin cielo!»

Y poco después, cuando el mundo *está en la densa oscuridad envuelto*, brotan del bosque de vez en cuando ruidos distintos, choques metálicos de armaduras,

«Ya un sollozo de Blanca, aún abrazada
 De Tabaré con el inmóvil cuerpo,
 Ó una palabra trémula y solemne
 De la oración del monje por los muertos.»

Y así termina el poema, al cual sigue, como antes he indicado, un *Índice alfabético* de algunas voces indígenas empleadas en el texto.

Cumpliendo lo ofrecido, me he limitado, según se usa en las oficinas, á *extractar* el poema como quien hace el extracto de un expediente, para que se entere de lo

sustancial de él, el jefe del negociado. No he de ocultar, ni hay razón para que lo oculte, que á mí el poema del Sr. Zorrilla San Martín me ha parecido en muchas de sus partes real y verdaderamente admirable, y es claro que si no me lo hubiera parecido, no me habría tomado la molestia de intentar esta especie de inventario de su contenido.

Pero ni de las muchas bellezas que en *Tabaré* me ha parecido hallar, ni de algunos reparos que me han ocurrido, tanto en lo que respecta al fondo, cuanto en lo que á la forma se refiere, quiero decir una palabra, hasta que D. Juan Valera, de quien sé que conoce ya la obra, haya emitido su opinión; y no para modificar yo la mía, pues en tesis general la tengo ya manifestada, sino porque, como indiqué para comenzar y repito para concluir, el autor de las *Cartas Americanas* tiene en este asunto, como en otros muchos,—pero en este más que en otros,—incontestable derecho de iniciativa.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

INDICE

	Páginas.
<i>Un Waterlío</i> , por Luís Cánovas.....	5
<i>Niñerías</i> , por A. Palacio Valdés.....	57
<i>Tabaré</i> , por Juan Valera.....	69
<i>El Instituto geográfico</i> , por Antonio de Valbuena.....	99
<i>Cartas sobre la Exposición</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	119
<i>Sección Hispano-ultramarina</i> , por V. Barrantes.....	133
<i>Una embajada española en Marruecos en 1559</i> , por F. Guillén Robles.	149
<i>Apuntes para un diccionario de escritoras españolas del siglo XIX</i> , por M. Ossorio Bernard.....	169
BIBLIOGRAFÍA.— <i>Tabaré</i> , por Juan Zorrilla de San Martín, de J. Valera.	195

101127